

III.
DOS GUAYAS.

TOMO VII.

MEDICINA.

DEL

BIBLIOTECA

DOS CUÑADAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

M. ARMAUD,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

U. R. del G.

TOMO III.

Setiembre 30 de 1846.

—o—o—o—o—o—

Málaga: Imp. y librería de D. Antonio Benigno
Cabrera, editor, calle de Granada, núm. 74.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MAL



6104856990



I.

El lobo y el cordero.

La señorita de Clavieres había nacido con los instintos violentos y perversos que forman de la existencia de algunas mujeres primero una novela apasionada, cuyas escenas, animadas y encantadoras en un principio, se van oscureciendo gradualmente, y luego un drama, del que cada acto presenta una triste peripecia y cuyo desenlace es mu-

chas veces siniestro y siempre desgraciado. Pero habiéndola preservado la atroz fealdad de su rostro, habia sentido fermentar en cierto modo dentro de su pecho sus inclinaciones comprimidas, y cambiarse en sentimientos amargos. La ilusion en que vivió durante algunos meses habia hasta cierto punto modificado su carácter y dulcificado su alma; mas el golpe que acababa de recibir produjo una reaccion terrible. Devorada por unos rabiosos celos y por un odio feroz, no halló otro consuelo á su desgracia que las lentas venganzas que podia ir tomando contra la pobre Felicia. Era necesario no obstante una monstruosa hipocresía para sujetar á la víctima de manera que no se escapase de las manos crueles que la retenian y se aprestaban á hierirla en todas las partes mas sensibles de

no ser. La señorita de Clavieres tuvo aquella cruel habilidad, y se vio además auxiliada por Dorotea que, sin necesidad de esplicacion, habia comprendido sus intenciones y coadyuvaba facilmente á la ejecucion de sus proyectos.

Serafina, pretestando la muerte todavía reciente de su hermano y su falta de salud, anunció que no recibiría tertulia en el invierno inmediato. Como tenia una multitud de conocidos, pero ningun amigo, se halló, según lo deseaba, enteramente aislada. Entonces principió para la jóven viuda una vida mas triste y monótona que la de aquellas reclusas que, renunciando al mundo, acababan en otro tiempo su existencia entre las cuatro paredes de una celda excavada en los cimientos de una iglesia. La mayor parte del dia lo

pasaba sola en aquella suntuosa habitación, en la que no oía el mas leve ruido, ni aun, casi el de su propia voz, pues solo podía hablar por señas á su pobre muda.

El ama de llaves habia cumplido esactamente las órdenes que recibió, y jamás salia Rosita del cuarto de su ama. Confinada en un pequeño aposento, que daba á la escalera interior, hacia en él sus comidas, y nunca se atrevia á infringir los mandatos de la terrible carcelera, que la tenia prohibido pasar de la última grada de la escalera. A veces Felicia, compadecida de la melancolia que esta absoluta soledad causaba á la pobre muchacha, procuraba distraerla; pero no era cosa tan fácil. Tenia que valerse de una pantomima animada para reemplazar á la palabra, y de juegos infantiles para suplir á la conversacion;

y no dejaba de ser una escena bastante tierna el ver á aquella hermosa jóven emplear entretenimientos de pensionista para arrancar por un momento de su tristeza á aquella criatura, á quien veia sufrir y decaer de dia en dia. Otras veces lo hacia entender que podia disponer libremente de su persona y volver al lado de sus padres; pero entonces la muda, sentándose á sus pies, la miraba con lágrimas en los ojos y le decia por señas que no queria abandonarla. Tambien habia intentado pedir á Dorotea que permitiese salir de vez en cuando á Rosita y reunirse con las otras criadas; mas el ama de gobierno la respondió sercamente:

—No puede ser: la señorita lo llevaria á mal.

Felicia no insistió mas.

Por la noche se reunían las dos cuñadas en el salón, al que no tardaba en llegar el conde de Albys. Serafina lo había admitido con mucha intimidad, y desde la ausencia de M. de Ramsay comía casi todos los días en la casa.

Estraño y triste espectáculo ofrecía la pequeña reunion perdida, por decirlo así, en medio de aquellos inmensos salones, que todas las noches se iluminaban como para una gran tertulia. La señorita de Clavieres, sepultada en su sillón, con la cabeza baja y las manos juntas sobre las rodillas, pretestaba su mal estado de salud para no tomar parte en la conversacion y dejar hablar al conde que, sentado en frente de ella en el sitio que solia ocupar anteriormente M. de Ramsay, contaba historias interminables de

los tiempos pasados, ó forjaba planes para lo futuro, como si todavía le quedaran mas de cien años de vida.

Entre aquellas dos figuras, la una triste, taciturna y todavía mas repugnante por la espresion de su fisonomía que por la fealdad de sus facciones, y la otra procurando remedar bajo sus arrugas la viveza y animacion de la juventud, el dulce y melancólico semblante de Felicia descollaba como una delicada rosa de Bengala entre dos ásperos cardos.

Durante aquellas pesadas conversaciones habia intentado la viuda algunas veces ver si podia hacer hablar al conde de sus sobrinos; pero este era un asunto que le desagradaba evidentemente y sobre el cual guardaba un obstinado silencio.

Tambien callaba cuando se le dirijian preguntas sobre su difunta mujer, y no parecia sinó que habia tomado el partido de recordar solo los lejanos tiempos de su juventud, considerando lo demás como si no hubiese ecsistido.

Felicia se moria de fastidio en aquellas eternas noches, que pasaba en la mas completa ociosidad, pues Serafina le habia dado á entender que no parecia bien que durante la visita del conde se ocupara de ninguna labor. Con los mejores modos y con espresiones incapaces de herir su susceptibilidad, la señorita de Clavieres le hacia una guerra sorda y encarnizada, teniendo el arte de entristecerla, de sobresaltarla y de sumerjirla en el mayor abatimiento sin dejar traslucir sus intenciones: reducíala casi á la de-

sesperacion con alusiones, consejos indirectos y pérfidas insinuaciones.

De este modo le hacia sentir mil veces, valiéndose de espresiones jenerales, su pobreza, su dependencia y su asoluta falta de apoyo y proteccion en el mundo. Por un cálculo odioso la colmaba al mismo tiempo de regalos, y ponía cierta ostentacion en darle con profusion los adornos y alhajas que eran compatibles con el luto; mas siempre á condicion de que habia de hacer uso de ellos, y la pobre Felicia se vió frecuentemente obligada á quitarse suspirando su sencillo traje de lana, para sentarse á la mesa entre Sraфина y el conde de Albys con un vestido negro de encaje, adornado de cintas y flores del mismo color.

La joven viuda tenia un alma demasiado pura y leal para penetrar el fin oculto de todas aquellas maniobras, ni aun para sospechar mala intencion de parte de Serafina. Disculpábala de lo que la hacia sufrir, considerando que seria una falta involuntaria y el efecto de una torpeza inherente á la singularidad de su carácter. Trató valerosamente de acostumbrarse á aquella vida ociosa, aislada y llena por consiguiente de ocultas contrariedades; pero carecia de la suficiente fuerza para resistir á las influencias que incessantemente estaban pesando sobre ella, y no tardó en caer en la dolorosa apatía que sucede á los esfuerzos impotentes de nuestra voluntad. Aun cuando no comprendiese claramente lo hostil que le era todo cuanto la rodeaba, su alma tierna y candoro-

sa se habia en cierto sentido cerrado á las personas que tenia á su lado. No profesaba afecto ni cariño mas que á la mudita, y fijando á veces sobre ella su mirada, turbia por las lágrimas, le decia como si pudiese oirlo:

—Ay! ¡pobre muchacha! ¡tan sola estoy yo como tu!

El doctor le habia escrito únicamente una vez, y su carta, fechada en Ramsay, era lacónica y revelaba una tristeza resignada. Anunciábale su próxima partida para la Suiza, y le rogaba le escribiese á Jinebra, en donde pensaba permanecer algunos dias.

La contestacion de Felicia fué afectuosa, pero reservada. ¿Cómo habria podido hablarle de las penas cada vez mayores de su situacion y explicar cosas que ella misma no

acertaba á comprender. Sentia además cierto escrúpulo, que le impedía el hablar, pues si bien se creía desgraciada, no queria acusar á Serafina de la vida tan triste, tan solitaria y tan aburrida que pasaba.

De vez en cuando, en el melancólico silencio de su cuarto, levantaba estremeciéndose la cabeza y prestaba atencion; pero todo callaba en derredor suyo, ninguna voz se oia detrás de la dama del antifaz de terciopelo, y únicamente las hojas de los álamos susurraban debajo del balcon. Entonces recordaba aquellas voces misteriosas que la habian iniciado en el conocimiento de las terribles pasiones, ignoradas de los corazones jóvenes y puros como el suyo.

Entretanto el tiempo se iba pa-

sando: los nebulosos dias del otoño despojaron de sus hojas á los árboles y bosquecillos del jardin, cuya perspectiva distraia á Felicia, y en seguida vino el triste invierno, envuelto en nieve y en heladas escarchas. La jóven viuda se puso entonces tan desmejorada, que un dia Dorotea no pudo menos de decir á su ama con aire alijido y en tono hipócrita:

—No sé si habreis notado como yo, señorita, que la señora se va poniendo cada vez peor.

—De ningun modo; antes me parece que está muy buena, respondió Serafina. Puede ser que se aburra algun tanto, pero nada mas.

—Bien! ¡sin duda lo quiere así! se dijo el ama de llaves. En lo sucesivo, aun cuando la señora

so encuentre en la agonía, diré siempre que tiene muy buen semblante.

Por este tiempo dió el conde de Albys un paso decisivo con la señorita de Clavieres. Después de haberle escrito para solicitar una entrevista, fué introducido en el cuarto de ella una mañana por Dorotea, que no pudo menos de sonreirse al ver al antiguo paje de la reina sentado en el mismo sitio que M. de Ramsay ocupó en la última noche que estuvo en Paris, y al ver que con una seña le mandó su ama que se colocara de centinela á la puerta.

—Señorita, dijo el conde con un aplomo increíble, recostándose sobre uno de los brazos del sillón que ocupaba, como en los tiempos en que hacia su visita matutina á las

cortesanas que en la noche anterior habian bailado con él la Trenitz en los salones del emperador, teneis en vuestra presen- cia á un hombre enamorado perdido..... Acaso esto os admire despues de lo que tuve el honor de manifestaros relativamente al enlace proyectado... Entonces, lo confieso, era por aversion á mis sobrinos por lo que yo queria volverme á casar; pero no me he podido aprovechar impunemente del permiso que me habeis dado para tributar mis obsequios á vuestra encantadora hermana.... y no es ya un casamiento por conviccion el que desearia hacer.

—Muy bien, señor conde; contraeréis un matrimonio por amor, se aventuró á decir Serafina con la mayor seriedad.

—Pero á medida que mi corazon

ha ido tomando alas, mi razon se ha alarmado, continuó M. de Albys, y me hallo atormentado de terribles angustias: mi imaginacion se ha creado mil fantasmas, y temo....

—Señor conde, repuso con altivez Serafina, si temeis no encontrar vuestra felicidad en este enlace, es preciso que retireis la proposicion que me habeis hecho el honor de anunciar... Ah! decis que temeis.....

—Sí, señorita, temo que no acepte, repuso el conde con una sencillez bastante cómica.

—Como! ¿eso es lo único que os inquieta? Tranquilizaos, señor conde, que yo os respondo del consentimiento de Felicia.

—Oh, señorita! ¡me haceis el mas feliz de los hombres! exclamó M. de Albys, besándole la mano.

Despues añadió con ecsaltacion:

—Únicamente desearia hacerle comprender que si ella quiere, será la mujer mas dichosa del mundo... mi amor nada sabrá rehusarle.... la adoraré como á mi ídolo, y su voluntad, su capricho, será para mi una ley..... Le aseguraré además en nuestro contrato de matrimonio todo mi caudal, que me produce cien mil libras de renta anual.

—Mi hermana no titubeará en aceptar, contestó con frialdad Serafina; pero es inútil el consultar por ahora sus disposiciones. ¿De qué os serviría, señor conde, hablarle del asunto antes de que se pase el año del luto? Esto no seria, á mi modo de ver, ni cuerdo, ni conveniente.

—¿De modo, preguntó tranquilizado el conde, qué no preveis ningun obstáculo, ninguna resistencia?

—Todo se podrá arreglar, respondió

con dureza la señorita de Clavieres. Dejadlo á mi cargo, señor conde, que cuando llegue la ocasion, yo sabré como decidirla... Ricibid desde ahora mi palabra... Verdad es que no tengo sobre mi cuñada los derechos de una madre; pero si su autoridad, puesto que lo recibe todo de mí: mi casa es su único asilo, y mi proteccion el solo apoyo con que puede contar.... Juzgad ahora si podrá rehusar.

—Bien! ¡eso es! se dijo á sí misma Dorotea, que estaba escuchando desde la puerta: de aquí al dia en que ese viejo Casandro venga á hacer su petition en regla, tanto se hará sufrir á la jóven viuda y tanto se lo atormentará, que tendrá que decir que sí, aun cuando no sea mas que por salir de esta galora.

Mientras que pasaba esto en el cuarto de la señorita de Clavieres, Felicia

se ocupaba en el suyo en llenar un deber de sociedad y de cariño al mismo tiempo. Acercábase el día de año nuevo y, según su costumbre, estaba escribiendo á su anciana abuela. En un principio su pluma no habia sabido trazar mas que espresiones de ternura y de respeto; pero poco á poco y casi sin advertirlo se habia dejado llevar de injenuas y dolorosas efusiones, que aliviaban su corazón.

«Querida abuela mia, le escribia: si Dios da oídos á mis preces, en el año que va á principiar derramará sobre vos todas las felicidades, y veréis cumplidos todos los deseos que acierte á formar vuestro corazón. Mucho me acuerdo de vos, mi buena abuela, y es un consuelo para mí el considerar lo apacible de vuestra vida doméstica y los cuidados y atenciones que os prodigarán las hon-

radas personas que os rodean. Mil veces me represento á Magdalena y á Verónica hilando alrededor de la mesa, mientras que vos leéis el *Año cristiano* ó el *Robinson Crusoe*. Aquí nos sirven los criados con mucho respeto, y no se atreverían á sentarse en nuestra presencia; pero es lo cierto que ni nos profesan grande afecto, ni mucha estimacion. Esto que os digo se hace extensivo á las demás relaciones: aquí se vive al parecer en la mejor armonía; todos los dias se ven unos á otros, y sin embargo no saben amarse ni hacerse mutuamente dichosos. Yo vivo en medio de una opulencia, de la que no acertaríais á formaros la menor idea, y á pesar de todo me encuentro mas pobre todavía que vuestra Magdalena, pues todo lo que tengo es, sí, para mí

uso, pero nada puedo dar.

»Por otra parte, querida abuela, se llega una á acostumbrar tan fácilmente á este lujo, que bien pronto se olvida el valor de todos estos bellos objetos que cuestan tan caros. Lo que es yo, bien puedo aseguraros que estimaría y apreciaría mucho mas uno de los ramos de jazmin silvestre que cojia en los sotos de Flambiers, que las perlas con que me adornaré esta noche. Tambien me acuerdo de vuestros paseos á la mitad del dia y bajo la benéfica influencia de un sol que templaba la atmósfera y hace brotar las margaritas á los lados de la vereda en que pascais. Aquí el cielo está casi siempre pardo y sombrío: el frio ha secado nuestros céspedes, y todavía se pasarán bastantes dias antes de que un rayo del astro

del día venga á distraer mi alma abatida.

» Mi cuñada vive enteramente separada del mundo, y no recibimos otras visitas que las de un anciano caballero, vecino nuestro, que me manifiesta mucho afecto. Yo soy quizá bastante ingrata para no corresponder á sus muestras de amistad acaso como debiera; pero á pesar mio no puedo profesarle aquellos sentimientos de veneracion y de respeto que parece ecsijir su edad... y hasta, si es preciso confesarlo, experimento hacia él una especie de repugnancia... Ay! yo misma me reprendo estas faltas involuntarias en que incurro para con las personas que me rodean, y la obstinacion de mi corazon, que no puede amar á nadie mas que á los antiguos objetos de su cariño... Abuela mia, ¡soy

en extremo desgraciada!... Rogad á Dios por vuestra nieta, y pedidle que le dé resignacion y tranquilidad.

»De gran consuelo me serviria el veros, aun cuando no fuese sinó por cortos dias, por breves horas... pero solo la propuesta del viaje incomodaria, á lo que pienso, á mi cuñada, y debo, en recompensa de las bondades que conmigo usa, someterme en un todo á su voluntad.

»Querida abuela mia, me pongo á vuestros pies para recibir vuestra bendicion, y beso vuestras venerables manos. Rogad á Dios por vuestra

»FELICIA.»

Ocho dias despues le entregó Dorothea á la viuda una abultada car-

ta, cuyo sobre, de letra desigual y mano temblona, podia muy bien leerse á veinte pasos de distancia.

—Ah! exclamó la jóven con alegría, ¡carta de mi abuela!.....

Abrióla precipitadamente, y leyó, primero para sí y despues en voz alta, lo que sigue:

«Flambiers 2 de enero de 18...

«Mi muy querida y amadísima nieta:

»Aumentándose de dia en dia mis achaques, conozco la necesidad de arreglar los asuntos de familia, en los cuales estás tú tambien interesada, puesto que la totalidad de mi escaso caudal debe ir á tí despues de mi muerte. Te ruego, pues, y en caso de necesidad te lo mando, que te pongas cuanto antes en camino, y

vengas á verme á Flambiers.

»Ofrece mis respetos á tu cuñada, y discúlpame con ella de no haberle participado mi deseo de tenerte á mi lado por algunos dias; pero mi vista, sumamente debilitada, no me permite escribir sinó con gran dificultad.

»Tu abuela, que te ama y te bendice de todo corazon,

V. DALANGE.»

—Oh, Dios mio! exclamó Doro-tea, ¡es posible!

Y corrió á avisar á Serafina.

La viuda, pálida y con el corazon oprimido de alegría, apretaba la carta contra su pecho, gritando:

—Voy á marchar!... ¡Oh, mi buena abuela! ¡cómo ha sabido hacer posible este viaje! ¡cómo me dice

terminantemente: te lo mando! Será preciso, pues, obedecerla.

Mientras que la jóven lloraba y reia á un mismo tiempo, Rosita la miraba con aire sobresaltado. Esplicóle su ama que iban á partir ambas á paises lejanos, y entonces la muda se puso á danzar alrededor del cuarto y á brincar como una cabra.

Un momento despues entró la señorita de Clavieres, la cual se habia quedado aterrada del golpe; pero conocia que no habia resistencia posible y que nada podia impedir aquel viaje. Consolábase sin embargo con la esperanza de recuperar pronto su víctima, y con este objeto se mostró muy complaciente en facilitar los preparativos para la marcha. Cuando el conde de Albys acudió consternado al saber aque-

lla noticia, que le habia sido anunciada por medio de Dorotea, le habló Serafina un momento en particular, y le dijo con tono de confianza:

—No tengais cuidado, caballero, que no se ausenta para siempre, y yo os respondo de que estará de vuelta dentro de poco tiempo. Es una felicidad al presente que no haya sospechado vuestras intenciones y que yo no me haya declarado abiertamente en vuestro favor, pues de este modo volverá con toda confianza. Tened, pues, buenas esperanzas, señor conde, y procurad no descubrirnos al despediros de ella.

El dia de la marcha le dijo la viuda á su cuñada con alguna turbacion, y mostrándole una llave que tenia en la mano:

—Aquí tienes la llave del gabi-

nete, que he convertido en mi taller de pintura: he colocado allí una multitud de objetos, y desearia que nadie entrara en él durante mi ausencia.

—Muy bien, hija mia, llévate esa llave, respondió Serafina, pues como muy pronto, á lo que espero, volverás á tomar posesion de tu cuarto, no hay necesidad de tocar á lo que en él quieras dejar.

Dos horas despues la crédula y buena Felicia se despedia con lágrimas en los ojos de la señorita de Clavieres, y decia, abrazándola:

—Sí, hasta dentro de breve tiempo, hermana mia, yo te lo prometo... Sé dichosa... y acuérdate alguna vez de mí.

Subió en seguida con la muda á una silla de posta, parada al pie de la escalera, y haciendo una última

señal de despedida á Serafina, ocultó su rostro en el pañuelo y dejóse caer en el asiento del carruaje, que partió en seguida.

—¡Así es como he visto ausentarse á M. de Ramsay! exclamó Serafina: él no volverá... pero ella... Oh! ¡ya nos encontraremos!





II.

Flambieres.

Iban á dar las ocho de la noche y un profundo silencio reinaba en el campo, que la luna bañaba con su pálida claridad. La transparencia de la atmósfera permitía distinguir la estension de una vasta llanura terminada por áridas montañas y atravesada en línea recta por un camino real. Este paisaje se asemejaba en aquel momento á un cuadro, sobre

cuyo fondo ceniciento los árboles, despojados de sus hojas, se reproducían en débiles perfiles sobre el suelo plateado por la luna, y en donde las herizadas cercas que marcaban los límites de los diversos terrenos formaban negras sinuosidades sobre la llanura blanquecina.

Una silla de posta corría por el camino, y el postillon, con la cabeza levantada y la mano sobre la cadera, iba cantando un aria de una opera francesa; pero unos oídos parisienses no habrían seguramente conocido la música ni la letra.

Felicia, asomada á la portezuela, buscaba entre las casitas diseminadas en la llanura el techo encarnado, coronado de una veleta, y el palomar que se elevaba en el ángulo del edificio principal de Flambiers.

Bien pronto el postillon abandonó

el camino real, conteniendo prudentemente el paso de sus caballos, y entró en otro profundo, costeadado de árboles desiguales y lleno de surcos, que formaban de trecho en trecho unos verdaderos precipicios.

—Ya estamos cerca! exclamó la viuda, reconociendo aquel camino, poco menos que impracticable, que en su entrada se veía en una pequeña hermita la estatua mutilada de la Virgen, á cuyos pies colocaban las jóvenes ramilletes de flores, y á la que los mozos apedreaban diariamente, no por impiedad, sinó por ese espíritu de destruccion que anima á la jente del campo contra toda obra de la bellas artes.

—¡Mira allí la casa de mi abuela! ¡mira á Flambiers! exclamó Felicia llena de alegría, señalando á la muda un edificio medio oculto de-

trás de un cortinaje de cipreses y laureles.

La silla de posta atravesó un trecho empedrado del camino, y el postillon, haciendo crujir su látigo por encima de su cabeza, detuvo los caballos delante de una casa bastante grande, cuya puerta habian abierto al oír el ruido del empolvado carruaje y los furiosos ladridos de los perros, encadenados á la entrada.

—Abuela! gritó la jóven, precipitándose fuera del coche y arrojándose en brazos de la anciana señora que habia salido á recibirla.

—Entra pronto, hija mía, dijo madama Dalange, besando las mejillas frescas y descoloridas de la vinda, que estás helada. ¡Un viaje tan largo en una estacion tan cruda!...

—Oh! esto no es nada, no tengo frío... no estoy cansada, repuso Felicia, dejándose llevar dulcemente á una sala situada en el piso bajo y á uno de los lados del vestíbulo.

Seguramente que el contraste que formaba la magnificencia que acababa de dejar con la rústica sencillez que reinaba en aquella casa era de los mas chocantes. Cuando, despues de haber abrazado y besado por segunda vez á su abuela, á quien encontraba de buen semblante y casi rejuvenecida, dirigió la viuda una mirada en torno suyo, se sonrió al recordar los salones de Serafina.

La sala era bastante grande y de una construcción que anunciaba mayores precauciones contra los ardores del estio que contra los rigo-

res del invierno: el suelo estaba cubierto de losas barnizadas, cuyo contacto era frío en extremo; las ventanas, de gran tamaño y cerradas con vidrios pequeños, estaban colgadas con sencillas cortinas blancas, y la chimenea, de jambas y dintel tallados en madera, tenía un inmenso hogar en el que ardía un escaso fuego, que esparcía su calor en una zona bastante reducida.

Un papel, donde se veían figurones de la misma época sobre poco más ó menos de los verdes años del conde de Albys, entapizaba las paredes, y sobre la chimenea había dos vasijas de vidrio azul, cuyas bocas tapaban dos calabacitas redondas, amarillas como el oro y enteramente parecidas á dos naranjas. Un reló bastante liado, que M. de Clavieres había traído en otro tiem-

po de París á la buena abuela, ocupaba el punto medio entre dos candeleros de cobre, que formaban juego con las vasijas de vidrio. El mueblaje del salon se componia de un gran canapé forrado en tela de dos colores, de doce sillas correspondientes, de una mesita de nogal con tabla de mármol y de una larga mesa, muy limpia y lustrosa, alrededor de la cual se trabajaba durante la semana, cubriéndose el domingo con un tapete para jugar á los naipes.

—Ay, abuela! ¡qué bien se está aquí! dijo la jóven, respirando profundamente y colocando sus pies de niño sobre los grandes morillos de la chimenea: ¡cuánto me agrada este rincon, este asilo que me dais á vuestro lado!

Reparando despues en las dos an-

tiguas criadas, que la miraban con aire regocijado y no se atrevían á acercársele, gritó, tendiéndoles las manos:

Buenos días, Verónica! ¡buenos días, Magdalena! ¡buenos días, hijas mías!.... ¡Qué placer tengo en veros!

—Qué linda es! exclamó Verónica, dirijiéndose á la otra criada, que apretaba cordialmente la mano de Felicia. Me parece que está mas crecida.

—¡Qué el cielo conserve por muchos años á este ángel de Dios! añadió Magdalena.

—Esta niña tendrá ganas de tomar alguna cosa, dijo madama Dalange: corro á la cocina, Verónica.

—Todo está dispuesto á la lumbré, y voy á servir la mesa al mo-

mento, pues desde esta mañana he tenido ese cuidado.

—¿Quién es la jovencita que está ahí fuera sentada sobre los baules? Preguntó Magdalena, poniendo el cubierto en la mesa. No se atreve á entrar, y aunque la he hablado, no me responde ¿No entenderá acaso el provenzal?

—Ay! no entiende ningun idioma, respondió Felicia, pues la pobre jóven es sordo-muda de nacimiento.

—Jesus! ¿es posible?... Ya cuidaremos mucho de ella, y al fin llegará á comprendernos.

Entonces la anciana criada fué á buscar á Rosita, y la colocó sin cumplimiento en un rincon de la sala, detrás de su ama.

—No estaba segura de que llegases tan pronto, y ya he comi-

do, dijo madama Dalange, ayudando á poner la mesa; pero me sentaré á tu lado para hacerte compañía.

—;Qué contenta estoy de veros tan ágil y con tan buena salud! exclamó la viuda, quitándole dulcemente de las manos los platos de fruta que habia tomado del aparador; pero dejadme á mí hacer, que ahora me corresponde ayudar á Magdalena.

—Como quieras, hija mia, contestó la anciana; siempre lo harás mejor que yo, porque aun cuando tengo la mano bastante segura todavía y los pies bastante ágiles, la vista la voy perdiendo por momentos: ya no puedo leer por la noche á estas chicas las vidas de los santos, y ni aun distingo casi las cartas cuando jugamos los domingos.

Con efecto, la buena señora tenía ya esa mirada vaga que anuncia un principio de ceguera; pero este achaque daba á su fisonomía una espresion inefable de serenidad.

—Mi buena abuela, añadió Felicia, conduciéndola á su sitio, junto á la lumbre, no tenéis necesidad de moveros de aquí, pues ahora estoy yo para remplazaros. Por la noche leeré en voz alta, y el domingo iré con vos á medias en el juego: me parece que entre las dos podremos ver bien las cartas.

—¡Dulce consuelo de mis ancianos días! exclamó la buena señora, besando los hermosos cabellos castaños de la jóven, que estaba arrodillada delante de ella. No me atrevia á llamarte á mi lado, pues me parecia que era un egoismo el

tenerte en esta soledad.....

—Ay, abuela! mucho mas sola estoy allá.

Madama Dalange era una de esas ancianas, cuyo aspecto nada tiene de repugnante. Una esquisita limpieza realzaba la sencillez de su anticuado traje, que no habia variado hacia cincuenta años. Llevaba, como en los tiempos de su juventud, un vestido de indiana, ramado, y un delantal listado, de percal; una gran pañoleta de linon le cubria el pecho, cayéndole por detrás hasta las faldetas de la cotilla que ajustaba su cuerpo, bastante derecho todavía. Su cruz de oro, pendiente al cuello de una cinta de terciopelo negro, resplandecia sobre la blanca pañoleta, cuyos pliegues, bien cojidos y aplastados, estaban sujetos á la cintura con largos al-

fileros de cabeza de cristal; tenía cubierta la cabeza con una papalina plegada y con un pañuelo de muselina, cuyas puntas, cruzadas por debajo de la barba, formaban una especie de nudo en la parte superior de la cabeza. Al aspecto de aquel semblante, en quien la edad no había destruido todavía enteramente las señales de una apacible hermosura, no podía menos de experimentarse un sentimiento de respeto y de afecto: una vida entera de buenas obras y de modestas virtudes se revelaba bajo las arrugas de aquella noble frente y en la dulce gravedad de aquella agradable fisonomía.

Felicia, al ver á madama Dalange, recordó involuntariamente la peluca rubia, los chalecos extravagantes y los modales juveniles del con-

de de Albys. Esta idea la hizo sonreír.

—Ay, abuela mía! dijo, arrugando las puntas de la pañoleta de lino de la buena señora, ¡qué bien estáis así! Debía cada cual conservar siempre las modas de su juventud; pero figuraos que en el país de donde vengo ahora se visten los viejos del mismo modo que los jóvenes. Conozco á uno principalmente, que todas las noches se acicala como si fuese de baile.

—¿Ese anciano caballero que va todos los días á casa de tu cuñada? preguntó madama Dalange.

—El mismo, querida mamá.

—Acaso no lo haga sin intencion: si tu cuñada le recibè de esa manera, será porque se lleve sus miras y piense quizá en casarte.....

—Con el conde de Albys! esclama

mó Felicia, riendo. Vamos, abuela, se conoce que no le habeis visto... Estoy segura de que vos misma, si llegara á ofreceros su mano, le encontraríais demasiado viejo.

—Entonces, hija mia, no comprendo á tu cuñada, respondió con gravedad la anciana señora: cualquiera que sea la edad de un hombre, nunca se le debe recibir exclusivamente y con tanta frecuencia, si no se lleva en ello alguna idea.

—Si: es una inconsecuencia de parte de Serafina, contestó la jóven; mas afortunadamente no puede comprometer la tranquilidad de nadie.

Verónica trajo la comida, verdadera obra maestra de una cocinera campesina, servida en platos de loza amarilla. Magdalena habia puesto

debajo de la servilleta una buena rebanada de pan moreno, y colocado, según las sobrias costumbres del país, una jarra de agua clara delante de Felicia.

Esta comida era bien diferente de las que se servían en la suntuosa casa de la señorita de Clavieres; pero la joven viuda se encontraba dichosa entre aquella modesta medianía; y recordando el terrible fastidio que la consumía cuando se sentaba á la espléndida mesa de Serafina, entre esta y el conde de Albys, se decía interiormente, dirigiendo una mirada de satisfacción á su alrededor:

—Dios mío! ¿de qué sirve entonces el dinero? ¿puede hacernos dichosos por ventura?

Cuando el reló dió las diez, se miraron las dos criadas, admiradas

de haber velado hasta tan tarde, y madama Dalange dijo, tomando una luz:

—Vamos, hija mia, que quiero conducirte á tu cuarto y acostarte yo misma.

La casa no tenia mas que piso principal, al que se subia por una rampa de piedra, que terminaba en un corredor, al cual daban las puertas de todas las habitaciones. La de Felicia estaba situada en un ángulo del edificio con vistas á la fachada y á un jardinito, en el que Verónica cultivaba indistintamente varias flores y algunas plantas útiles para la cocina. Este cuarto tenia el aspecto de una celda, y sus blancas paredes se hallaban adornadas con imágenes colocadas entre listones de madera negra. Una mesa, un armario, unas cuantas sillas de paja y un es-

de haber velado hasta tan tarde, y madama Dalange dijo, tomando una luz:

—Vamos, hija mia, que quiero conducirte á tu cuarto y acostarte yo misma.

La casa no tenia mas que piso principal, al que se subia por una rampa de piedra, que terminaba en un corredor, al cual daban las puertas de todas la habitaciones. La de Felicia estaba situada en un ángulo del edificio con vistas á la fachada y á un jardinito, en el que Verónica cultivaba indistintamente varias flores y algunas plantas útiles para la cocina. Este cuarto tenia el aspecto de una celda, y sus blancas paredes se hallaban adornadas con imágenes colocadas entre listones de madera negra. Una mesa, un armario, unas cuantas sillas de paja y un es-

tante, en el que habria una media docena de libros, componian sobre poco mas ó menos todo el mueblaje; y la cama, blanca enteramente y adornada de cenefas festoneadas en otro tiempo por la abuela, estaba mullida con mucho esmero.

Felicia recorrió esta piecесita como para tomar posesion de ella, y en seguida entró en el gabinete, que constituia parte de su habitacion. Era aquel una especie de oratorio, en el que habia un reclinatorio y un gran cuadro oscuro, que representaba á Santa Teresa en éstasis, teniendo entre sus manos descoloridas un corazon atravesado con flechas de amor divino. Al ver esta pintura, se detuvo Felicia por un instante pensativa, pues le traia á la memoria la dama del antifaz de terciopelo y los recuerdos mas vivos que le ha-

bia dejado la casa de Serafina.

—¿Y bien, hija mía, le preguntó dulcemente madama Dalange, te quieres quedar en el oratorio? Vamos, y harás tus devociones en la cama, que esto bien puede permitirse á una viajera.

Á la mañana siguiente, un rayo de sol, que penetraba por entre las cortinas, despertó á Felicia: incorporóse sobre las blancas almohadas, iluminadas por aquel vivo resplandor, y paseó en torno suyo una mirada turbia todavía por efecto del sueño. Arrojándose en seguida del lecho, se echó un peinador sobre los hombros y corrió á abrir la ventana. Eran muy cerca de las nueve de la mañana: una niebla poco densa, que vagaba aun por las rejiones inferiores de la atmósfera, se iba disipando rápidamente, y un dia hermoso sucedia

á una noche serena; pero en el vasto paisaje que se ofrecia á la vista de la viuda, ninguna belleza se notaba, sinó un cielo de azul purísimo y un lejano horizonte medio velado entre nubes. El aspecto de la llanura era monotonó y árido: ningun rio la cortaba, ni se descubrían árboles frondosos y elevados; los secos vástagos de las viñas se arrastraban por entre los surcos, en donde principiaban á reverdecer los trigos nuevos y en que se veían hileras de olivos de amarillas hojas.

La hacienda de Flambiers era un terreno de no grande estension, situado en el centro de aquella vasta llanura, y que nada ofrecia de pintoresco. Todo él estaba sembrado de hortalizas, y el huertecillo que cultivaba Verónica, representaba á la vez el jardin, la huerta y el parque. Algunos morales, plantados alrededor

de la casa, daban sombra durante el verano; pero en la primavera parecían árboles secos, puesto que los despojaban de sus hojas para que estas sirviesen de alimento á los gusanos de seda. Sin embargo, al extremo del empedrado que separaba la casa de aquel camino casi impracticable, que llamaban la alameda, había una frondosa espesura, impene-trable en todas estaciones á los rayos del sol, y era un paseo de laureles y ciprises, cuyas cimas espesas formaban una bóveda deliciosa. Aquellos hermosos árboles habían visto multitud de jeneraciones, y por una tradicion, perpetuada entre los individuos de la familia Dalange, se sabía que habían sido plantados al mismo tiempo que los antiquísimos morales, que databan desde los primitivos reglamentos sobre la in-

industria serícola, y que se llaman todavía en Provenza de los Sullys.

—Qué agradable es vivir aquí! exclamó Felicia, recorriendo con la vista el tranquilo campo.

En aquel momento entró la muda con Magdalena: ya venia la primera de pasear los campos, y traia á su ama una hermosa sarta de madroños y un ramo de flores, que parecian rosas verdes.

—Esta jóven se ha acostumbrado ya á nosotras, dijo Magdalena: la he llevado esta mañana al horno cuando he ido á cocer el pan, y era un gusto el verla saltar como una perdiz en una verde pradera.

La muda procuró entonces hacer comprender á su ama por una pantomima cómica que habia visto á unos aldeanos muy negros y muy feos,

que estaban arando, y á unas mujeres no menos feas, que trabajaban la tierra. Despues se puso muy derecha, y haciendo la accion de echarse una escopeta al brazo, empezó á pasear orgullosamente por el cuarto.

—Quiere dar á entender que ha encontrado al cazador verde, dijo Magdalena, riendo á mas no poder. Así es como va en efecto, silbando á sus perros y llevando la escopeta de ese modo.

—Y quién es ese cazador verde? preguntó Felicia, sentándose delante de la ventana para que la peinassen al sol mientras miraba la campiña.

—Es un parisien.

—Un parisien! exclamó la jóven, admirada.

—Sin duda ninguna, añadió Magda-

lena, pues no habla mas que francés.

—Ah! ya comprendo, repuso la viuda, que sabia que para las buenas mujeres de la Provenza todas las personas que hablaban el francés puro eran parisienses. Y al cazador verde ¿cómo le llamais? ¿es vecino nuestro?

—Vive á una media legua escasa, en aquella casa grande que se distingue en medio de la aldea: allí es á donde vamos á misa los domingos.

—¿Y cómo se llama ese edificio?

—El castillo de Maussane, contestó la criada.

En aquel momento tocó ligeramente la muda el brazo de su ama, y le señaló con el dedo á uno que subia por la arboleda.

—Ahí teneis al cazador verde, dijo Magdalena. Es buen mozo, ¿no es verdad?

Era en efecto un joven de buena presencia y de estatura elevada. Su talle, airoso y esbelto, se ballaba ajustado en su traje de caza, cuya parte principal la constituia una levita verde con botones de metal; una pequeña gorra, tambien verde, dejaba ver los espesos bucles que formaban sus cabellos castaños; su tez era algo descolorida, y un fino bigote negro dividia su rostro, perfectamente ovalado. Felicia pudo examinarle detenidamente mientras que se adelantaba con lentitud por la alameda. Cuando llegó al empedrado, tomó un sendero que conducia á otro camino, y saludó al edificio sin alzar la vista á las ventanas, como dando gracias con esta mues-

tra tácita de cortesanía al propietario que le permitía atravesar por su terreno.

—Esta es la primera vez que pasa tan cerca de la casa, dijo Magdalena; pero caza en nuestras tierras sin el menor escrúpulo.

—¿Y no se toman los vecinos igual libertad en las suyas? preguntó la jóven.

—En las suyas!... Si no tiene ningunas, al menos en el pais, contestó Magdalena. El castillo de Mausane no le pertenece; únicamente lo habita en clase de transeunte y, como suele decirse, para mudar de aires.....

De pronto se interrumpió á sí misma, y mirando á su alrededor, añadió en tono misterioso:

—Aseguran que está de oculto y que tiene miedo á los jendarmes.

—Y quién dice eso? preguntó Felicia.

—La jente de Maussane. Se sabe que no trae documento alguno, y que ha llegado á aquí como un vagabundo.

—¿Pues entonces cómo los dueños del castillo no han tenido reparo en admitirle?

—No está el amo ahí, respondió Magdalena, pues solo viene todos los años á hacer la recoleccion. Cuando llegó el cazador, se hicieron muchos misterios; pero al fin todo se ha llegado á saber, escepto su nombre. Se oculta, por que es realista, y los jendarmes le andan persiguiendo porque se ha batido contra el gobierno.

—Vamos, ya comprendo, repuso la viuda: será algun caballero comprometido en los últimos acontecimientos de la Vendée... Un conspirador! ¡un rebelde!... ¡pobre jóven!



III.

Los días tranquilos.

La vida de los habitantes de Flam-biers, si bien uniforme y monoto-na, no por eso dejaba de ser agra-dable: el empleo del tiempo se ha-llaba naturalmente arreglado por los que haceres domésticos, á los cuales se dedicaban indistintamente todos los de la casa. Las criadas, madru-gadoras, no necesitaban que el can-to del gallo les anunciase la hora

de principiar el trabajo; levantábanse con el alba para arreglar y limpiar la sala con grande esmero y minuciosa curiosidad. Madama Dalange bajaba de su cuarto algo mas tarde y daba sus órdenes para los trabajos del dia: despues, como la mujer fuerte, cojia su rueca é hilada el lino para la ropa blanca de la familia. Felicia era la última que se asociaba á estas humildes ocupaciones. Antes de desayunarse iba á hacer alegremente una visita al palomar y al corral en compañía de su abuela, para dar de comer á una multitud de aves, que seguian tras ella piando. Lo restante del dia se pasaba en los quehaceres activos y uniformes de la vida rural. La viuda acompañaba á madama Dalange, que todas las tardes salia á recorrer el campo, á fin de inspeccionar el tra-

bajo de sus criados. Por las noches se reunian en la sala alrededor de la mesa: las dos criadas hacian labor; Rosita, sentada un poco detrás, recosia las ropas de su ama, y Felicia, inclinada sobre algun *in-folio*, leia las antiguas leyendas recopiladas por los Bolandistas, ó la historia del pueblo de Dios.

Este cambio completo de vida, tuvo una gran influencia sobre la situacion moral de madama de Clavieres: la agitacion de su ánimo se disipó enteramente; los vagos padecimientos de su corazón se amortiguaron; pero conservó una predisposicion cavilosa, que la arrastraba frecuentemente á recuerdos peligrosos. Triste, y sin embargo dichosa, se complacia en salir un momento por la tarde á la hora en que el cielo, de un azul oscuro, se teñia al declinar

el sol de color de púrpura y violeta. Sola entonces y con la mirada perdida en el espacio, evocaba las fantasmas que ni aun siquiera había columbrado, y le parecía que una voz misteriosa se mezclaba al susurro del viento, repitiendo una canción amorosa.

Uno ó dos días después de su llegada condujo madama Dalange una mañana á Felicia á su cuarto, y haciéndola sentar delante de una mesa que le servia para guardar los papeles, le dijo, poniéndose los anteojos y sacando un cuaderuo con tapas de pergamino:

—Querida hija mia, hoy vamos á hablar de negocios... No te asustes, que no será por mucho tiempo, aun cuando tenga que explicarte cosas que han sido el tormento de mi vida durante veinte años. Estas

cuentas que aquí ves...

—¿Queréis hacérmelas comprobar, abuela? preguntó alegremente la viuda. Verémos que tal maña me doy.

Dirigió al decir esto la vista sobre la primera página del cuaderno abierto delante de ella, y añadió con sorpresa:

—¿Habiais empeñado vuestros bienes, abuela?

—Sí, hija mía, respondió la anciana señora; hace veinte años, y aquí tengo, en el fondo de este cajón, la última cantidad que debo entregar para la total estincion de esa enorme deuda: tu patrimonio es el que acabo de liquidar.

—Madre mía, dijo Felicia, cuyos ojos se iban anegando en lágrimas á medida que recorría el cuaderno, no comprendo...

—Es una cosa muy sencilla, aña-

dió la anciana con sonrisa mezclada de tristeza y de satisfaccion: bará unos veinte años, ó muy cerca, que tu padre, mi hijo único, despues de haber disipado los bienes de su mujer, intentó reponer el estado de su caudal por medio del comercio; mas sus especulaciones le salieron fallidas. Llegó un dia en que tenia que verse arruinado, perdido sin recurso y deshonrado, si no se proporcionaba en veinticuatro horas 50,000 francos. Este es sobre poco mas ó menos el valor de la mitad de Flam-biers, y presentando una hipoteca, podia encontrarse aquella suma. No vacilé un momento. Tu padre pagó á sus acreedores, y poco despues murió; pero su honor quedó ileso. Yo habria podido desempeñarme al punto, vendiendo la hacienda; mas tenia sumo cariño á este terreno, adqui-

rido por uno de nuestros antepasados, rico labrador, y traté valerosamente de recobrar el capital con las rentas. De este modo formaba tu dote, Felicia.

—¡Y por mí os habeis impuesto tantas privaciones y condenado á pasar una vida tan laboriosa! exclamó la jóven, arrojándose en los brazos de su abuela. Ah, mi buena mamá! ¡si yo lo hubiera sabido!....

—Te aseguro, hija mia, que puede muy bien vivirse en el campo con trescientas libras de renta líquida, respondió madama Dalange; y aun todavía hubiera aborrado algo, si hubiese podido resolverme á despedir á una de esas chicas, cuyo salario es de veinte escudos anuales. En fin, segun te decia, he pagado mi deuda: capital é intereses, todo está satisfecho. Ahora puedo darte las ren-

tas de Flambiers, y no solo eso, pues acabo de tener una herencia con la cual no contaba, y me corresponde por ella la cuarta parte de los bienes dejados por un primo mio, muerto en el extranjero. Mi parte podrá valer unos cien mil francos, y estos son tambien para tí, hija mia.

—Ob, mi buena abuelal exclamó la viuda, es mas de lo que necesito.

—Este corto caudal te pertenezco desde ahora, añadió la anciana; y si te vuelves á casar, no será sin dote.

—Yo volverme á casar! replicó la jóven. Ay!

—¡Una viuda de diez y ocho años!... seria cosa muy estrañal dijo la buena señora con acento de amable ironía. Pero es igual; arreglemos el artículo de la dote. Esa

suma de cien mil francos, colocada en los fondos públicos, te asegurará una subsistencia independiente, bien te cases ó bien quieras permanecer en libertad. Con que ya ves aquí puestos en regla los negocios, hija mia: ahora cerremos nuestro libro de cuenta y razon, y vamos á ver lo que hacen nuestros trabajadores en las viñas.

El dia siguiente entró madama Dange muy temprano en el cuarto de Felicia: era domingo, y debian ir á misa á Maussane. La jóven se puso un chal negro sobre su vestido de luto y se cubrió la cabeza con una capota de crespon, tambien negra; pero este lúgubre traje en nada perjudicaba á su belleza: se mostraba tan pura y radiante como una estrella en medio de la oscuridad de la noche.

Cruzaron por las sendas que atravesaban los campos, á fin de llegar mas pronto al castillo. La muda iba delante, saltando como una cervatilla; despues seguia madama Dalange, apoyada en el brazo de su nieta, y las dos criadas, vestidas con el traje de los dias de fiesta, cerraban la marcha.

Este paseo matutino agradaba sobremanera á la viuda, que iba recorriendo con sus miradas aquellos agrestes terrenos, iluminados por el sol naciente, cuyo benéfico calor templaba ya la atmósfera. La senda que seguian estaba cubierta de una fina yerba, entre la que descollaban algunas matas de joráncico de rosa; y á pesar del rigor de la estacion, se divisaban en las copas de los almendros algunas ramas floridas. Los campos estaban silenciosos y desiertos,

y solo se oía á lo léjos el sonido apagado de la campana, que daba lentos y acompasados golpes en el campanario de la capilla de Maussane.

—Este es ya el segundo toque, dijo madama Dalange, apresurando el paso: nos hemos retrasado un poco. Vamos, hija mia... por nada de este mundo querria faltar á misa el primer domingo despues de tu llegada: me pareceria que iba á sucederte alguna desgracia.

Repentinamente la muda, que iba siempre delante, se detuvo con aire contrariado, para reconocer el terreno, é hizo seña en seguida á su ama de que era preciso retroceder.

—¡Sin duda es la lluvia de la otra noche la que así ha cortado la senda! exclamó madama Dalange.

Con efecto, veinte pasos mas allá estaba cortado el camino por un profundo barranco, por el cual corría un arroyo de agua cenagosa, y cuyo cauce, recientemente abierto, era bastante ancho. Habíase no obstante restablecido la comunicacion de una parte á otra por medio de un tronco de árbol atravesado en forma de puente; pero en aquella misma mañana, algun caminante, de mal humor sin duda, había empujado con el pié aquel puente rústico, arrojándole á la opuesta orilla.

—Mirad que mala intencion! exclamó Verónica. Por fuerza algun bribon se ha entretenido en cortar el paso, para impedir que las buenas almas vayan á misa. Oh! si tuviese el tiempo preciso para volver á casa por una tabla.....

—Ya están dando el último toque, dijo madama Dalange, consternada. Vamos, no hay remedio, no llegaremos á tiempo, á menos que algun caritativo caminante venga en nuestro auxilio.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando apareció el cazador verde, que salia por detrás de una cerca, á unos veinte pasos de distancia, y el cual á un golpe de vista pareció conocer el apuro en que se hallaban las mujeres detenidas en la orilla opuesta. Acercóse, tirando al suelo su gorra, y colocó un extremo del tronco en el otro lado: en seguida, adelantándose por aquel puente improvisado, ofreció su mano á las mujeres para ayudarlas á que lo pasaran á su vez. Rosita saltó lijeramente; pero la miedosa Felicia se acercó temblando, y cuando

su pie tocó aquel madero inseguro, se apresuró á aceptar el apoyo que le ofrecia el jóven, á quien dijo á media voz, conforme iba caminando agarrada de su brazo:

—Os ruego, caballero, que pongais el mayor cuidado al pasar á mi abuelita, pues el puente no está muy firme.

El cazador verde, sin contestar una palabra, arrojó la escopeta sobre la yerba, y apoyándose atrevidamente en la orilla escarpada y resbaladiza, sostuvo con las dos manos á la anciana señora, y la fué llevando, por decirlo así, al lado opuesto. En seguida, sin esperar á que le diesen las gracias, saludó á las mujeres con gravedad, y tomó un sendero, bastante escabroso, que conducia tambien á Maussane.

Esta escena habia pasado en me-

nos de dos minutos; de modo que Felicia ni aun siquiera habia tenido tiempo de mirar al que acababa de prestarle aquel servicio: advirtió no obstante que el cazador tenia la mano pequeña y delicada, y que su persona despedia ese suave aroma que anuncia el esmerado gusto de un jóven elegante.

—Muy político es ese hombre, aun cuando no nos haya dicho una palabra, observó madama Dalange. Vamos, hija mia, gracias á él podremos llegar todavía al primer evangelio, y valernos la misa.

Siete ú ocho casas, diseminadas sobre un terreno inculto, formaban la aldea de Maussane, y en segundo término se elevaba un edificio cuadrado, de mediana apariencia, que los aldeanos llamaban el castillo. Es-

La antigua casa habia decaido notablemente de su primitivo esplendor: la muralla que la rodeaba en otro tiempo no era ya mas que un conjunto de escombros, en donde hacia cuarenta años iban los aldeanos á cojer materiales para reparar y edificar sus casuchos; la única torre que habia quedado en pié, servia desde mucho tiempo atrás de palomar, y las aves anidaban en el patio principal, donde el arrendatario guardaba tambien su ganado. Un solo distintivo señorial se conservaba en aquella mansion abandonada, un solo vestigio habia quedado de las antiguas prerogativas feudales, y era la capilla, cuyo campanario se elevaba en uno de los ángulos del mencionado patio. No habia ya señor; pero los aldeanos iban todos los domingos y dias de fies-

ta á oír misa al castillo.

—Qué decadencia! ¡qué abandono! esciamó Felicia, dirijiendo una mirada contristada á aquellas ruinas y escombros.

Los Maussanes han ido siendo de padres en hijos unos dilapidadores, repuso madama Dalange; no es la desgracia de los tiempos la que ha hecho desaparecer su caudal, sinó que este se ha desmoronado por sí mismo, como las viejas murallas que no se reparan.

—Los Maussanes! dijo para sí la viuda, como herida por un súbito recuerdo. ¿No es así como se llamaba el primer amante de miss Diana Nevil, y no fué en Provenza donde sucedió aquella aventura?... Si fuese aquí mismo en donde el anciano lord encontró á su hija robada por un Maussane!....

¡qué extraña casualidad!

Entró la joven pensativa en la capilla, y fué á arrodillarse en compañía de su abuela junto al antiguo banco señorial. Este sitio de honor, desocupado hacia mucho tiempo por la ausencia de los dueños del castillo, habia sido concedido tácitamente á madama Dalange. Los aldeanos se prosternaban á cierta distancia sobre las baldosas, para oír la misa que celebraba un pobre cura, emigrado español, el cual, por la limosna de quince sueldos hacia todos los domingos dos leguas a pie para aquel objeto. La anciana señora era la que sufragaba en casi su totalidad este gasto: en las fiestas solemnes de pascuas y Navidad, el mozo que ayudaba la misa pasaba por entre la asamblea con una bandeja de estaño en la mano, pidiendo en alta voz

para el sostenimiento del culto: la generalidad de los fieles se contentaba con echar alguno que otro sueldo; pero madama Dalange sacaba de su faltriquera un luis de oro y lo confundía entre aquella calderilla, que apenas podría representar en junto un escudo de tres francos. Esta munificencia le daba una gran consideración: los aldeanos, naturalmente económicos y hasta tacaños cuando gozan de medianas conveniencias, se decían entre sí:

—Preciso es que esa buena señora tenga muchos francos guardados en sus cofres, puesto que da de vez en cuando un luis de oro sin tener obligación de hacerlo. Ya se conoce que ha sabido manejar su hacienda y que es mujer de disposición. A pesar de su jenerosidad, bien seguro es que dejará

á sus herederos buenos sacos, que no estarán llenos de espinacas.

Estas habladurías, repetidas con frecuencia, habían pasado al estado de verdad incontestable: así es que cuando Felicia se presentó en la capilla, todos los ojos se volvieron hácia, ella y no se oía otra cosa que frases como estas:

—Esa es la nieta de madama Dalange y su única heredera... Esa sí que llegará á ser rica..... De esa será todo Flambier y cuanto se encierre en los arcones de la señora.

Madama de Clavieres, prosternada con los ojos bajos, había ido siguiendo la misa en su devocionario, sin distraccion; pero al levantarse al último evangelio, volvió maquinalmente la cabeza y divisó algo separado al jóven que había llegado tan á

tiempo al barranco para ofrecerle la mano, y que tan discretamente se habia ausentado despues de hecho aquel servicio. De pie y junto á un extremo del banco señorial, en el que parecia no haberse querido sentar, sin embargo de tener sitio desocupado, asistia á la misa con grave continente, aunque sin haer ninguna demostracion piadosa. La jóven viuda le ecsaminó entonces con rapidez. Llevaba el mismo traje verde á que debia el apodo con que le llamaban las criadas de madama Dalange y los demás habitantes de la aldea; sus grandes botines de cuero aleonado, abrochados por los lados y sujetos á las rodillas con cintas de seda de un color vivo, se asemejaban en un todo á los de la jente del pais, cuyo tosco calzado y calzones de pana habia adoptado.

No obstante, á través de aquel sencillo traje se traslucía al hombre elegante, al hombre de buen tono, y era evidente que el cazador verde no era ni un señorito de provincia, ni un noble campesino.

Con arte innato en las mujeres de ver sin mirar examinaba Felicia á aquel forastero con la mayor atención, y le pareció de rostro bastante agraciado y de muy buena presencia; pero lo que mas sorpresa le causaba, era la idea de que estuviese hospedado en la casa de ese Maussane, cuyo nombre habia oido pronunciar una vez en una ocasion bien extraordinaria, y de que acaso sabria algo de la aventura que habia costado primero el honor y despues la vida á miss Diana Névil. En seguida, recordando las suposiciones de Magdalena, reflexionó con cier-

to interés sobre la posición de aquel joven, á quien los acontecimientos políticos y la derrota de su partido obligaban á ocultarse en un oscuro lugar, bajo el traje de un simple aldeano, y á cazar como por pasatiempo en las tierras de los demás.

—Cuánto debe aburrirse aquí! se decía á sí misma. En el campo son muy comunes las relaciones de vecindad, y él podría visitarnos alguna vez, si no se hubiese batido en la Vendée... Pero la abuela tiene también sus preocupaciones: no quiere á los nobles, y detesta á los realistas... Qué lástima!.....





IV.

Una tarde de tempestad.

Segun la costumbre que tenia establecida madama Dalange, convidó al cura que habia dicho la misa á que fuese á desayunarse á Flamhiers antes de regresar á la ciudad. Era aquel padre un trinitario español, proscrito por su liberalismo eclesiástico. Á título de tal tenia en su favor todas las simpatías de la anciana señora, la cual, sin curarse en

lo mas mínimo de la política, era en extremo adicta á los principios revolucionarios, que habia oido proclamar en su juventud. Las criadas se adelantaron para preparar el desayuno, mientras que la anciana, su nieta y el padre Antonio se encaminaban lentamente hácia la casa.

Al llegar cerca del barranco, divisó Felicia al cazador verde detenido á veinte pasos de allí, y figurándose que habria ido con la intencion de presentarse en caso de que hubiese necesidad por segunda vez de su auxilio, le agradeció esta discreta muestra de interés; pero no se ofreció ocasion de aceptar sus servicios, pues el padre Antonio se colocó denodadamente á un extremo del puente y prestó á madama Dalange el apoyo de su robusto brazo: la viuda, mas atrevida esta vez, ha-

bia pasado con pie lijero al lado opuesto. En su agradecimiento sencillo por una señal de interés, que nada tenia por otra parte de extraña, hubiera dirigido de buen grado un gracioso saludo al jóven; pero este se mantuvo siempre á cierta distancia, y tomando muy luego otra direccion, desapareció por entre los cercados.

En aquella misma noche decia Magdalena, barajando las cartas:

—Todavía no habiamos visto en misa á ese gallardo jóven, que tan á tiempo se nos apareció esta mañana junto al barranco, y mucho me alegro de haberle encontrado allí. El viejo Bayon, que tiene una lengua de víbora, dice que era hombre sin fé y sin ley, y añade que si él fuese el dueño del castillo de Mausane, haria de la capilla una sala de juego de villar.

—¡Qué mal hace en hablar así de un pobre forastero! exclamó Felicia con viveza. ¿Sabeis algo de su triste situacion, abuela? Parece que se oculta, que está pros-crito.....

—Sí, sí; Magdalena me ha dado ya á conocer varias veces sus con-jeturas, respondió la anciana señora, meneando la cabeza: parece que ese jóven se ha mezclado en alguna conspiracion que ha abortado, y ha venido á ocultarse á Maussane pa-rra evitar las persecuciones de la justicia... ¡Dios me libre de descar-le el menor mal!... pero no quie-ro relaciones con él... Ya sabes, hija mia, lo orgullosos é insolentes que son todos esos nobles para con nosotros los aldeanos... Nosotros!..... he dicho mal, hija mia, pues tu eres una gran señora.

—Qué estais hablando, abuela? preguntó alegremente Felicia. Yo soy, como vos, una Dalange, hija, nieta y viznieta de labradores.....

—Ay! ¡cuál seria mi placer si algun día te casaras con lo que el mundo llama un hombre sin nombre! exclamó la anciana, cuyo orgullo plebeyo tuvo mucho que sufrir con la alianza de su hijo con una jóven de la noble familia de Clavieres.

—De modo, abuela, dijo riendo la jóven, que, segun veo, no dariais vuestro consentimiento para mi enlace con el conde de Albys, hombre que tiene en su escudo de armas tantos cuarteles como años ha vivido, lo cual debe hacer que se remonte su jencalójia hasta los tiempos del diluvio.

—Aun cuando no fuese mas que

un simple aldeano; tampoco por mi gusto te casarias con él, repuso riendo tambien madama Dalange. ¿Habia yo de poner en el mismo ramo la rosa mas bella de mi jardin y un áspero cardo, todo herizado de puas?

Pasáronse algunos dias mas con aquella monotoná rapidez que nos arrastra sin casi sentirlo cuando nos dejamos llevar de las corrientes tranquilas de la vida. La existencia de Felicia era tan dulcemente uniforme, que no advertia, por decirlo así, el curso del tiempo. Habia recuperado la paz interior que se alejó de ella por un momento cuando, sin perder la inocencia de su corazon, habia sentido disiparse la ignorancia de su entendimiento, y daba gracias al cielo de que la hubiese conducido á aquella serena mansion, don-

de podia recordar sin temor ni sobresalto las tormentas que en otro tiempo tronaron en torno suyo.

Al recibir carta de la señorita de Clavieres era cuando dirijia mas especialmente la vista á lo pasado y se ocupaba tambien del porvenir. Serafina le escribia lacónicamente; pero con frecuencia, y aun cuando sus cartas eran amistosas, se traslucia una amargura profunda y algo de violento y terrible en sus afectadas muestras de cariño y de interés. Empleaba cuantos medios le sugeria su imaginacion para apoderarse de su víctima, y trataba de atraerla y enredarla con tanta mayor fuerza, cuanto mas débiles é insuficientes eran los lazos que le podia tender. Cuando Felicia le participó las jenerosas intenciones de su abuela, anunciándole que iba á

entrar en posesion de un módico caudal, el que le aseguraba su independencia, la horrible Meguera sintió un momento de desesperacion, temiendo que su inocente rival se le escapara sin remedio. Pero recobrando luego su ánimo, resolvió triunfar del obstáculo imprevisto que echaba por tierra sus designios: calculó que era preciso hacer olvidar á la jóven viuda la vida solitaria que habia pasado en su casa, y atraerla con el lazo de las seducciones del mundo. Con este objeto le manifestó el cambio que meditaba, y la invitó á que fuese á tomar parte en su nuevo método de vida.

«Corazon mio, le escribia, mi salud va mejorando de dia en dia y la predisposicion melancólica en que me vistes por tanto tiempo se ha disipado completamente. Empiezo

á conocer que la soledad es una compañera fastidiosa, y quiero abrir mis salones á la elegante sociedad que recibia en otro tiempo. Tendrémos, pues, magnificas reuniones, y prometo proporcionarte todo cuanto puede inventar el gusto mas refinado y esquisito. No puedes formarte una idea, querida Felicia, de semejantes goces, y ya me estoy figurando tu sorpresa y admiracion cuando te veas arrastrada por ese torbellino de fiestas y placeres. Tu posicion, tu edad, tu belleza, todo te convida á entrar en el mundo, en donde ocuparás un puesto tan brillante y codiciado. Vuelve, pues, cuando los deberes que te detienen al lado de tu abuela queden cumplidos; te espero, querida hermana, para que me ayudes á hacer los honores de mis salones.»

En otra ocasion le decia:

«Ya sabes que he procurado se sirvan en mi casa las comidas á la moda antigua: ahora me ha ocurrido otra idea, y quiero resucitar en medio del verano las diversiones del Carnaval. El jardin quedará trasformado en un magnífico salon de baile, y tendremos fiestas campestres y espléndidas. Preparate, pues, á regresar para la primavera, á fin de arreglar conmigo los programas.

»El señor conde de Albys me encarga que te haga presente sus respetos. Tambien se halla este señor en disposiciones enteramente mundanas, y tiene el proyecto de celebrar tu regreso con una fiesta: estos últimos dias ha presentado en mi casa á uno de sus sobrinos, el conde Luciano de Froidesaigues.»

Felicia se estremeci6 al leer esto

nombre: por la primera vez desde que habia abandonado la casa de Clavieres experimentó un vago deseo de encontrarse en aquel vasto salon en que Serafina recibia sus visitas y en donde habia pasado noches tan largas y tristes.

—Ah! ¡el conde Luciano se ve nuevamente agasajado por su tio! se dijo á sí misma; ¡vuelve á ocupar su casa!... ¡Cuánto desearia conocerle!... Con tal de que no se haya marchado cuando vuelva yo á París.....

Debemos manifestar que hasta aquel momento nunca se le habia pasado por la imaginacion la idea de regresar á la capital: las fiestas á que la convidaba la señorita de Clavieres la incitaban muy poco; pero Serafina habia tocado un resorte que excitaba su curiosidad y su interés, y

que á despecho suyo modificaba en gran manera sus disposiciones. Por otra parte, madama Dalange favorecía este proyecto de regreso.

—Hija mia, solia decirle á la jóven viuda, esta vida sencilla y uniforme, que ahora parece agradarte, llegaria por fin á causarte fastidio si te tuviese por mucho mas tiempo á mi lado. La juventud necesita movimiento y distracciones, y despues de pasar algunos meses en París, volverás el invierno próximo mas contenta á Flambiers. No alcanzo á comprender el gusto que tiene tu cuñada por los bailes y fiestas, pues la pobre jóven, á pesar de todos sus diamantes y adornos, debe hacer en ellos un triste papel; pero tú, ángel mio, debes agradar y sorprender, aun cuando no te presentes en medio de todas aquellas

señoras, cubiertas de joyas, más que con un simple vestido de lino y una flor en tus cabellos... ¡Cuánto me alegraría de verte allí desde mi rincón! Eso me recordaría los tiempos de mis verdes años. También yo estaba bellísima con vestido blanco y mi cucarda tricolor en el pelo cuando asistí al baile que la municipalidad dió al jeneral Carteaux hará unos cuarentas años... Pero perdóname, hija mía... yo estoy soñando siempre con mis fiestas republicanas, y debes hacerme callar, pues ahora no es oportuno hablar de eso.

—Ay, abuela! ¡abuclita mía! ¡cuánto os quiero! exclamaba entonces Felicia con aire jovial y enternecido, y besando las manos de la buena señora.

El gran acontecimiento semanal

que interrumpia la monotonía de la vida que se pasaba en Flambiers, era la misa. Todos los domingos se dirijian por la mañana temprano á Maussane los habitantes de la hacienda, y sucedió una vez que aguardando á que la campana diese el último toque, madama Dalange y su nieta se detuvieron en el patio del castillo con la familia del arrendatario. Magdalena no perdió una ocasion tan buena para charlar acerca del misterioso personaje que tanto le daba en que pensar, y casi sin advertirlo prestó Felicia atencion al diálogo de las dos mujeres.

—Seguramente que no está aqui por gusto suyo ese gallardo jóven, decia la arrendataria: en cuanto á sus asuntos, puede muy bien que los tenga; pero es muy cierto que á nadie ha dado cuenta de ellos, por-

que yo misma no los sé... No obstante, me ha dado á entender que ha sufrido desgracias y que se ve precisado á mantenerse oculto.....

—Claro es que se halla perseguido por sus opiniones, interrumpió Magdalena en tono de convicción. Ya sabemos lo que son asuntos políticos: la señora nos solia leer algo de eso en un periódico, durante las veladas; ¡pero nos daba un sueño!... Volviendo á nuestro hombre, se conocen muy bien los motivos porque se oculta, que son el librarse de las garras de la justicia; mas para eso no tenia necesidad de vivir como un hermitaño, pues las jentes honradas no le denunciarían porque les hubiese dado los buenos dias.....

—Qué le hemos de hacer! replicó la arrendataria, encojiéndose de hombros: es de un carácter agreste, nun-

ca habla á nadie, jamás recibe carta alguna; y yo misma, yo, que le estoy sirviendo, no sé su nombre todavía. ¡Pues no digo nada de la vida que lleva!... Todo el día se lo pasa rascando una mala guitarra que ha encontrado en los graneros del castillo, y por las mañanas y á la caída de la tarde sale con su escopeta al hombro, recorriendo los campos á veces hasta media noche. Dice que estos paseos le refrescan la sangre... Los domingos oye su misa como un buen cristiano. Esto es lo único que puedo decir con respecto á él.

La compasiva Felicia suspiró al escuchar semejantes comentarios. La posición de aquel jóven le inspiraba una profunda conmiseración, y se le representaba arriacorado en uno de los salones desmantelados del cas-

Ulló de Maussane, con su guitarra vieja en la mano, reducido á cantar romances á los ecos de aquellas ruinosas paredes. En aquel día observó con mayor atención durante la misa su aspecto y fisonomía; pero al mismo tiempo que notaba su palidez y falta de carnes, conoció que no era tan grande su recojimiento, puesto que muchas veces la miraba á ella á hurtadillas.

No tardaron en llegar los días hermosos. Á pesar de que no corrían todavía mas que los últimos de febrero, el campo principiaba á reverdecer, y se aspiraba en la inmediacion de los vallados el aroma de las violetas. Ya la flor temprana del almendro esparcía en la atmósfera templada sus amargos perfumes, y si bien no habia llegado aun la primavera, tampoco podia

decirse que fuese invierno.

Felicia principió entonces á dar largos paseos por el campo, para devolver las visitas que habia recibido durante el invierno de las familias de los propietarios que vivian en el radio de una legua de Flambers, y que eran todos parientes y deudos de su familia en grados que solo un buen jencalojista hubiera podido definir. La jóven era encantadora en gracias y en amabilidad para todos aquellos primos y primas que sucesivamente habian venido á cumplimentarla; y ella á su vez les fué devolviendo una por una sus visitas. Madama Dalange no podia acompañarla en todas aquellas escursiones, y Rosita era la que ordinariamente la seguia. Una y otra se internaban por la multitud de senderos que atravesaban los desiertos

campos, y caminaban casi á la aventura, deteniéndose en cada encrucijada para aguardar á que algun caminante les indicara el camino. Tal es el respeto que los aldeanos, jente por otra parte no muy morigerada, profesan á las mujeres de cierta condicion, que madama de Clavieres podia recorrer sin temor, así de dia como de noche, aquella solitaria comarca, segura de que el mozo mas descarado no se habria atrevido á hablarla el primero, y si la encontrara por casualidad en su camino, la habria saludado á cierta distancia, guardándose bien de pasar al lado suyo.

Una tarde se habia detenido Felicia mas de lo regular en casa de una buena familia, que vivia á una legua de Flambiers, y cuando se despidió, el sol caminaba ya á su

ocaso y un viento de tempestad principiaba á amontonar espesas y negras nubes. Las dos jóvenes apresuraban el paso, observando con inquieta mirada el nublado que se iba formando sobre sus cabezas, nuncio de la tempestad, que caminaba mas aprisa que ellas todavía. Apenas llegaron á la mitad del camino de Flambers, principió á rujir el trueno, y gruesas gotas de agua cayeron sobre la tierra, templada aun por los últimos rayos del sol.

—Ay, Dios mio! ¡vamos á llegar caladas! exclamó la viuda, mirando en torno suyo para buscar un asilo: pero no habia por aquellas inmediaciones ninguna habitacion, ninguna choza abandonada. Distinguió no obstante á veinte pasos del camino y en medio de un terreno inculto, una de las que los campe-

sinos de aquel departamento construyen con pedernales, y que se asemejan á grandes colmenas: el techo, en figura de cono, no tiene mas que una abertura, por la cual se escapa el humo; y otra abertura mayor, pero sin puertas, al propio tiempo que de ventana sirve para dar entrada á la rústica habitacion, cuyo mueblaje suele componerse de una piedra grande para sentarse, de dos guijarros colocados á la entrada á modo de morillos, y á veces de un cántaro desportillado y lleno de agua.

—Eh! ¡pronto! ¡pronto! ¡allí tenemos un abrigo! exclamó Felicia.

Y haciendo seña á la muda para que la siguiese, echó á correr hácia la choza.

Pero en el momento de penetrar

en ella, se detuvo sorprendida en la puerta. Ya se habia anticipado otra persona á tomar posesion de aquel albergue, y era el cazador verde, que al ver á madama de Clavieres, habia dejado el banco de piedra en que estaba sentado y se arrimaba á la pared despues de haber invitado á la jóven á entrar con un jesto lleno del mas profundo respeto.





V.

La hora fatal.

La viuda se habia quedado inmóvil en el umbral de la choza, titubeando en participar con un extraño de aquel rústico asilo, y miraba á su alrededor con aire inquieto, como si tratara de buscar otro refugio contra la tempestad. La lluvia principiaba no obstante á caer á torrentes, y vivos y prolongados relámpagos hendian las nubes. El

jóven conoció al parecer la turbacion y la indecision en que se hallaba madama de Clavieres; pero en vez de dirigirla la palabra para tranquilizarla y determinarla á que entrara en la choza, tomó su escopeta, que habia dejado contra la pared, dió un silbido á sus perros, que estaban tendidos junto á las piedras de la puerta, y se dirigió á esta. Felicia se retiró para dejar el paso libre, y miró al forastero con alguna sorpresa.

—Veo que mi presencia aquí os incomoda, dijo aquel; y así, señora, me retiro con vuestro permiso.

—No, no, caballero; os suplico que os quedeis, repuso con viveza Felicia: nunca me perdonaria que por mi culpa sufrieseis en campo raso un temporal tan cruel.

—Y yo, señora, jamás me consolaría de haberos impedido con mi presencia el buscar aquí un abrigo contra semejante diluvio, repuso el cazador verde, saludando á la viuda como para irse.

—Pero aun cuando yo me quede, caballero, no por eso creo que tengais necesidad de incomodaros, replicó la encantadora jóven, cuya reserva y timidez habian desaparecido en vista de tan noble proceder: esperarémos aquí á que pase la tempestad.

Al pronunciar estas palabras, hizo seña á la muda de que se acercase, y ambas se sentaron sobre el banco de piedra que estaba en el fondo de la choza. Mientras tenian lugar aquellas contestaciones, que duraron muy pocos minutos, Felicia se hallaba espuesta al agua, que

caía en abundancia sobre el umbral, y su empapada ropa la hacía tiritar.

—Teneis mucho frio, señora, le dijo el cazador, mirándola con aire de tierna solicitud. Afortunadamente en esta miserable cabaña, en donde se carece de todo, podemos todavía encender lumbre.

La muda le comprendió, y se apresuró á reunir en el hogar algunas ramas de pino y de olivo, que habia en un rincon: encendió fuego el jóven con la llave de su escopeta, y muy pronto una fuerte llama iluminó las paredes de la choza.

Felicia se fué reanimando con aquel suave calor; la fresca palidez de sus mejillas habia tomado un ligero tinte encarnado, y sus pupilas negras brillaban con mayor viveza bajo sus largas pestañas. Habíase qui-

tado el sombrero, y su hermosa cabellera caía en espirales húmedas alrededor de su cuello blanco y delicadamente torneado. Parecía en aquel momento una bella diosa, y acaso ella misma conocía la admiración que inspiraba á aquel jóven, que en pie delante de ella la contemplaba en silencio, porque se ruborizó ligeramente y bajó la cabeza con un movimiento encantador de turbación y de confusión. Despues rompió el silencio la primera, y dijo, volviendo los ojos hácia la puerta.

—¡Qué tempestad tan horrorosa. Dios mío! ¡y parece que va en aumento!

—El viento ha cesado, y la lluvia es mayor con efecto, contestó el jóven; pero tranquilizaos, señora, pues su misma violencia anuncia que será de corta duración.

—¡Con qué cuidado estará mi pobre abuela! exclamó Felicia, suspirando.

—Ya supondrá que os habeis refugiado en casa de algun aldeano, y que esperaréis en ella á que cese este chaparron. Es muy regular que en menos de una hora esteis de vuelta en Flambiers, y entretanto encontraréis aquí un abrigo mas seguro que el que pueden ofrecer esas miserables casuchas, llenas de goteras, y cuyas paredes curteadas parecen próximas á desplomarse.

Estas palabras recordaron naturalmente á la viuda las tapias ruinosas del edificio en donde el cazador verde se hallaba hospedado, y le dijo sonriéndose:

—¿Estariais tranquilo en los salones del castillo de Maussane con un tiempo como este?

—Sí, señora; pero prefiero hallarme aquí, respondió el cazador en un tono que atenuaba el sentido que Felicia hubiera podido dar á sus palabras; y despues de un momento de silencio, añadió:

—No estoy muy seguro de si al retirarme esta noche encontraré el cuarto que habito del mismo modo que lo dejé, pues podría muy bien suceder que el viento se hubiese llevado la ventana y la lluvia haya desplomado el techo.

—¿Y el actual propietario del edificio, no piensa en reparar esas ruinas?

—Raimundo de Maussane es un jóven, como tantos otros, que se ocupa con mas preferencia de sus placeres que de sus intereses respondió con gravedad el cazador verde.



Después de un momento, Felicia, que titubeaba y buscaba el modo de hacer naturalmente una pregunta indirecta, se aventuró á decir:

—M. de Maussane ha estado á punto de restablecer su fortuna por medio de un buen casamiento: tengo entendido que debía enlazarse con una rica heredera, una inglesa.....

—Teneis noticia de eso, señora! exclamó el jóven con grande sorpresa. ¿Con qué entonces conocéis á Raimundo de Maussane?

—No, señor; respondió la viuda, ruborizándose, porque en su candorosa sencillez le parecia que iba á ser cojida en una mentira, no: la jente del pais es la que me ha hablado del asunto.

—Pues yo, señora, jamás he sabido nada sobre ese particular, re-

puso con frialdad el cazador verde: verdad es que nunca he tenido derecho á semejantes confianzas, pues solo soy camarada, y no amigo, de Raimundo de Maussane.

Esta contestacion agradó á Madama de Clavieres, que no hubiera podido conceder su estimacion á un hombre que fuese amigo del que habia especulado con el deshonor de miss Diana Névil, y cuya fatal influencia habia perseguido á su deplorable victima hasta la muerte.

Entretanto bramaba la tempestad con desusada furia, y densas nubes entoldaban el cielo, que se presentaba negro y amenazador en todos los puntos del horizonte. Felicia, distraida por un momento con la conversacion del forastero, sintió renacer su inquietud, y adelantándose hácia el umbral de la choza, con-

templó en silencio la lucha de los elementos, en la que parecía iba á perecer la creacion entera.

—El sol ha debido ponerse hace tiempo, pues ya es enteramente de noche, dijo. ¡Sabe Dios á que hora podrémos llegar á Flambiers!..... Ahora me pesa no haber arrostrado el temporal y continuado mi camino mientras era de dia.

Quedóse por un momento pensativa, y en seguida añadió con súbita resolucion:

—Tal vez durará la tempestad toda la noche, y en ese caso no habrá mas remedio que decidirse... Aun cuando quizá los caminos estarán anegados por la lluvia, no será imposible llegar á Flambiers.

—En eso pensais, señora? preguntó el jóven. ¿No veis que de ese

modo os esponéis á un peligro casi seguro? Todas las sendas se han convertido en torrentes, y sería punto menos que imposible el hallar el camino en medio de la oscuridad, á través del viento y de la lluvia. Estoy cierto de que por muchos sitios las aguas podrían llevarse á un hombre; y no es este el único el peligro: frecuentemente suelen caer rayos sobre esa elevada llanura, y hay mayor esposición en campo raso que bajo esta choza de piedra.

Al decir estas palabras, un livi-
do relámpago abrazó el horizonte,
y retumbó el trueno en los aires
con un ruido semejante á la deto-
nacion de una batería.

Felicia retrocedió asustada hasta el fondo de la choza, y la muda, advertida por el sobresalto de su ama y deslumbrada por la claridad

de los relámpago, se arrodilló y se puso á orar.

—Pobre alma inocente! exclamó Felicia, contemplándola. ¡No encuentra palabras para pedir á Dios que nos liberte de este peligro, y sin embargo hace oracion!.....

Un segundo trueno, que pareció descargar encima de la choza, cortó la palabra á madama de Clavieres, y sentándose esta toda trémula sobre el banco, cerró los ojos. El jóven arrojó entonces en la hoguera algunas ramas de olivo, cuya llama chispeante empezó á luchar con la lúgubre luz de los relámpagos, y en seguida, sentándose junto á Felicia, le dijo con acento singular:

—Qué terrible noche, señora!

—Sí, barbotó la jóven, ¡me infunde miedo!

Procurando después tranquilizar-

se y vencer la especie de terror de que se hallaba poseida, añadió, dirijiendo al jóven una mirada dulce y tranquila:

—Mucho me alegro, caballero, de que bayais tenido la bondad de quedaros, pues me habria muerto de miedo aquí sola con esa muchacha. Sin duda es la Providencia la que os envia á mi lado en los momentos de peligro: esta es la segunda vez que acudis en mi auxilio. No he olvidado que una mañana mi abuela y yo nos habriamos quedado á la mitad del camino de la capilla de Mausane, si no nos hubieseis ayudado con tanta jenerosidad á pasar el barranco.

—Ah, señora! me hallo sobradamente recompensado, puesto que os dignais recordar que os he prestado aquel lijero servicio, repuso

el cazador con animacion.

Despues añadió con timidez:

—Desde aquel dia, señora; comprendí que la soledad en que vivo podria hacerse menos triste, y he formado mil ilusiones, las ilusiones de un pobre hermitaño que ha creído ver atravesar por el desierto á una celeste aparicion.

Como Felicia callara, turbada y desconcertada con aquella metáfora, prosiguió él diciendo con voz mas serena:

—Por muy dichoso me habria tenido, señora, en ir alguna que otra vez á ofreceros mis respetos: mi título de vecino creo que podía autorizar unas relaciones que habrian sido para mí tan apreciables; pero he temido que mi presencia incomodara á vuestra señora madre; no porque tenga alguna prevencion personal en contra mia, sinó porque soy noble

y profeso opiniones que esa señora detesta... He debido respetar sus preocupaciones, y me he abstenido por lo tanto de presentarme en Flam-biers.

—Así es la verdad, caballero, repuso Felicia, algo sorprendida de que aquel forastero conociese las opiniones políticas de madama Dalange: mi buena abuela tiene prevenciones algo injustas á mi parecer, y no me atrevería á responder de que hiciese una cordial acogida á un hombre que ha peleado recientemente bajo las banderas de la antigua monarquía. Mi querida mamá es una antigua republicana, y no recibiría tal vez de buen grado vuestras visitas; pero si estuvieseis en peligro, si vuestra libertad ó vuestra vida se hallasen amenazadas, estoy cierta de que os abriría las puertas

de su casa, os ocultaría y os salvaría.

—Me guardaré pues de visitarla, dijo el jóven, sonriéndose; mas si me viese perseguido, no titubearía en irle á pedir un asilo.

—Pero supongo que por ahora al menos no correreis el menor peligro, repuso Felicia, titubeando por el temor de cometer alguna indiscrecion. Vuestra presencia ha despertado á la verdad las sospechas y la curiosidad de los habitantes de Maussane, y suponen que sois un realista, un proscrito; pero nada saben de positivo.

—Ni aun siquiera mi nombre, añadió el cazador.

Y despues de un momento de silencio, dijo sencillamente:

—Me llamo Gaston de Altesfaye.

Felicia agradeció aquella declaración espontánea como la muestra mayor de confianza, y contestó con voz conmovida:

—Guardaré religiosamente ese secreto, caballero; ¿pero no vislumbrais el término de vuestra penosa situación?..... Gracias al cielo vivimos en un tiempo en que los delitos políticos no se castigan con excesivo rigor, y la ley no es incesorable para con los proscritos.

El joven meneó la cabeza.

—Mi destierro no está próximo á concluir, replicó con voz cortada, y hace ya mucho tiempo que estoy aquí.

Después añadió con cierta exaltación mezclada de amargura:

—Qué vida, Dios mío! ¡Ah, señoral no podriais imagináros todo lo que he sufrido en este absoluto aisla-

miento, especialmente durante las eternas noches de invierno que he pasado al lado de la chimenea en la habitacion ruinosa en donde me he refugiado. Cuando el viento azotaba las ventanas y los buhos chillaban en las paredes carcomidas, cuando la trémula claridad del helon que me alumbraba se iba estinguendo, pensaba en el mundo, en sus gozes, en sus fiestas, en mis felices amigos y en todos los que vivian libres y contentos... ¡Qué largas me parecian entonces las horas!... No podeis figuraros, señora, el ardor que consume á las personas de complecion activa condenadas á la inaccion: es un tormento comparable solo al de Prometeo encadenado y devorado vivo por un huitre. Yo me aniquilaba en ese terrible estado, y habria sucumbido sin re-

medio... acaso hubiera hecho una locura, la de entregarme á mis propios enemigos... sí. Ya habia resuelto marchar, cuando divisé por fin un rayo de consuelo, y pude resignarme con mi suerte.....

Mientras que el cazador hablaba de este modo, le escuchaba Felicia como herida de una idea singular. Pareciale que en otra ocasion habia oido aquel metal de voz y que reconocia sus inflexiones; pero su infiel memoria no le recordaba ninguna cosa mas, y las facciones del jóven, lo mismo que su nombre, le eran enteramente desconocidos. Una especie de temor se mezclaba á la simpatía que sentia por su desgracia, y no se atrevia á levantar los ojos, de miedo de encontrar su mirada ardiente y melancólica.

Habiase el cazador levantado, y en pie delante de Felicia, la contemplaba fijamente, absorto en una agitacion sorda y violenta. Una mujer mas experimentada y perspicaz se habria turbado acaso en tal momento; pero la viuda no sospechó siquiera lo que pasaba en el alma de aquel hombre, y no vió la pasion que se retrataba en sus ojos y animaba su fisonomía, naturalmente impassible.

El tiempo, entretanto, iba pasando, y la tempestad cedia lentamente de su violencia; pero por todas partes se oia el ruido de las aguas, que se precipitaban por los barrancos que habian formado.

—Ya va escampando, y es preciso marchar, dijo Felicia, cuya ansiedad se reavivaba por momentos. ¡Qué pesadumbre debe tener mi po-

bre abuela! Estoy segura de que en este instante estará rogando por mí.

—Esperad un poco todavía reposo M. de Altesfaye, pues los caminos están aun intransitables, y no podriamos andar. Si no llueve en un cuarto de hora, ya habrán pasado las aguas.

La viuda se volvió à sentar echando un suspiro de resignacion, y la muda, de pie sobre el umbral de la puerta, contemplaba el cielo. El interior de la choza estaba oscuro, pues el fuego se iba estinguendo, y no se veian en el hogar mas que unos puntos rojizos, que brillaban en las tinieblas. Madama de Clavieres, sentada é inmóvil, escuchaba en el mayor silencio los ruidos lejanos de la tempestad. De repente se estremeció y

se levantó temblando, pues le parecía que un soplo ardiente había pasado como una lluvia invisible por sus cabellos y por su frente inclinada.

—Marchemos! exclamó con voz conmovida y saliendo apresuradamente de la choza.

M. de Altefaye le ofreció en silencio el brazo, y habiéndolo aceptado la joven después de titubear un momento, principiaron á caminar. La mudita iba delante, conduciendo á los desorientados perros. Felicia estaba triste y turbada, y en medio del silencio que guardaba, procuraba adivinar lo que sucedía dentro de su alma cada vez que el joven le apretaba el brazo para sostenerla. El cazador tampoco desplegaba sus labios, y la conducía con el mayor cuidado por el sendero,

cubierto de charcos y cortado por profundos barrancos. Cuando hubieron andado unos cien pasos de aquella manera, dijo M. de Altesfaye en voz baja:

—¿Queréis que os lleve en brazos?

Madama de Clavieres hizo con la cabeza una señal negativa y apresuró el paso. El camino iba siendo menos malo: un fresco viento disipaba las nubes, empujándolas hacia el horizonte, y las aguas corrían ya con débil murmullo sobre la tierra, algo mas firme. Con todo, cerca de Flambiers se oía un ruido como el de una cascada que se precipita sobre una sima, y no tardó la muda en detenerse delante de una sábana de agua, que cubría el prado arrendado en donde pastaban las cabras de madama Dalange.

—El arroyo ha salido de madre! exclamó Felicia, consternada. ¿Cómo hemos de pasar? Dios mío!

El cazador, en vez de contestar, la tomó entre sus robustos brazos, y se entró atrevidamente en el agua.

—Ay! dijo la jóven con voz débil, ¡tengo miedo!

Oprimiéndola entonces el jóven contra su pecho, y la llevo como a un niño. La mudita les fué siguiendo con el agua casi hasta la cintura. En el momento en que Gaston de Altesfaye colocaba á la viuda en la opuesta orilla, dejó oír un gallo su canto en el corral de Flambiers.

—Las doce! exclamó la jóven.

—Estais en vuestra casa, dijo el cazador verde. Adios, adios, señora!

Tomándola una mano, la llevó á sus labios, y luego desapare-

ció como un relámpago.

Felicia echó á correr hácia la casa. La puerta estaba abierta todavía, y los aldeanos, provistos de faroles, tomaban las órdenes de madama Dalange, que los habia enviado ya en todas direcciones.

—Hija mía! ¿en qué cuidado me tenias! exclamó la buena señora. Te han andado buscando por todos lados.

—Aquí me teneis, mamá, contestó Felicia con voz apagada y dejándose caer en los brazos de su abuela. Ah! ¡al fin me encuentro á vuestro lado!

—Dios mío! ¡qué descolorida está! gritó Magdalena con inquietud. ¡No parece sino que se va á desmayar!

—Pobre ángel mío! lo que está es muerta de fatiga, dijo Verónica.

¡Pero mira á la muda que semblante trae, que ojos tan brillantes, que aire tan asustado, y la ropa empapada hasta media espalda! ¿Por donde habrá ido á pasar esa muchacha? Viene hecha una sopa, mientras que su señora apenas se ha mojado los bajos del vestido.

—Eso consiste en el distinto modo de andar, replicó con gravedad Magdalena.

Durante este diálogo, madama Dalance habia conducido á Felicia á su cuarto: la jóven parecia estenuada de cansancio, y se dejó desnudar y acostar sin proferir una palabra.

Antes de retirarse, tomó la anciana una carta que habia sobre la mesa, y se la entregó, diciendo:

—Toma, hija mia; creo que es de Suiza.....

—Una carta de M. de Ramsay! exclamó la viuda, recorriéndola con la vista! Dentro de quince dias puede que se halle aquí... ¡Qué felicidad, Dios mio!





VI.

Los días turbios.

Felicia permaneció en cama el día siguiente, pues sentía una especie de malestar y de aniquilamiento, que la buena madama Dalance consideró como una consecuencia natural del espanto que había debido sufrir durante la tempestad que le asaltó en campo raso, y de la excesiva fatiga que había experimentado para volver á Flambiers

por caminos casi intransitables. La dejó, pues, tranquila y entregada á sí misma, como el mejor remedio, esperando que el reposo moral y físico la repondría muy pronto. La jóven sufría con efecto; pero su ánimo y su imaginacion eran los que estaban realmente enfermos. Continuamente recordaba, no sin una especie de temor y de sorpresa, lo que le habia acontecido en aquella noche tempestuosa, y sentia una turbacion mezclada de vergüenza al recordar las palabras, las miradas y el expresivo silencio que guardaba M. de Altefaye al conducirla por aquellos estraviados senderos, en medio de la tempestad que bramaba aun en torno suyo. Admirábase sobremanera de sus propias impresiones, y se asustaba de haber sentido latir su corazon cuando los brazos

de aquel hombre la sostenian, oprimiéndola tímidamente contra su pecho. Por un instinto, cuya causa no trató de averiguar, no se atrevia á confiar á su abuela, que por su parte tampoco le preguntaba, el auxilio que la Providencia le habia enviado y el modo como habia regresado á Flambiers. Sin dejar por eso de callar, se reprendia fuertemente su reserva y se decidia á contar á madama Dalange aquel encuentro, que nada de particular en sí tenia. Por dos ó tres veces estuvo á punto de hablar; pero las palabras espiraban en sus labios, y turbada y confusa, se apresuraba á buscar otro motivo de conversacion. Ya que trascurrieron algunas horas, le pareció que habia guardado silencio por demasiado tiempo y que habia pasado la ocasion y

la oportunidad de hablar de aquel acontecimiento. La muda, por su parte, se calló también á su modo, y no reveló por jestos la aventura de la tempestad.

La pobre Felicia amaba tiernamente á su abuela; pero no se sentía inclinada á descubrirla lo que pasaba en su alma, y durante todo el dia se mantuvo en la mayor taciturnidad. En medio de su inquietud y de su agitacion, volvió á leer con alegría la carta de M. de Ramsay. El médico le participaba que, llamado á la Provenza por asuntos de grave interés, iba á ponerse muy pronto en camino, y haría por pasar un dia en Flambiers. La jóven viuda pensó entonces que podría confiar á aquel amigo induljente lo que ocultaba á su abuela, y se sintió mas tranquila despues de haber

adoptado esta resolución.

A la mañana siguiente, la buena Magdalena, que fué la primera á ver como seguia madama de Clavieres, exclamó al abrir la ventana:

—Bondad divina! ¿han llovido esta noche ramilletes por ventura? Aquí hay uno que parece caído del cielo.

Al decir esto, mostraba á Felicia un manojito de flores atado con un delgado junco, entre las cuales habia tulipanes, anémonas azules y violetas. La estacion estaba tan poco adelantada, que habia debido necesitarse mucha paciencia para recoger aquel ramo silvestre en los sitios resguardados y en las hondonadas de los valles.

—No comprendo, balbució Felicia, ruberizándose: serán acaso algunas flores que habré dejado ol-

vidadas la otra tarde.

—Eso debe ser, dijo Magdalena: estaban colocadas en los clavos de los postigos, y hubiera sido preciso ser una ardilla para escalar hasta aquí la pared.

—Con efecto, es imposible, contestó la jóven, midiendo con la vista la elevacion de la ventana, que estaba á treinta pies del suelo.

En seguida fijó sus ojos sobre un moral, plantado delante de la casa, y cuyas elevadas ramas podia casi tocar con las manos.

—Bah! exclamó Magdalena, que habia adivinado su pensamiento, ¿quién se atreveria á subir por abí hasta la ventana? Tiston, el mas famoso busca-nidos del país, un bribonzuelo que se encarama sobre la copa de un álamo derecho como una I con la misma facilidad que podria

saltar sobre su cama, si la tuviera, no osaria poneros un ramo de esa manera.

—Tanto peligro hay? preguntó Felicia, algo sobresaltada.

—El de romperse veinte veces la cabeza, respondió tranquilamente la criada.

Madama de Clavieres cojió las flores con mano trémula, y colocándolas en la mesa, se entregó con actividad á sus ocupaciones ordinarias.

Bajó á la sala, y se puso á trabajar con una aplicacion extraordinaria; pero muy luego se cansó de su bordado, y emprendió otra labor. No podia estar quieta en un lado por mucho tiempo. La anciana señora, sin cesar de hilar, la seguia con la vista, sonriéndose.

—Hija mia, le dijo, satisfecha de

verla enteramente restablecida de la indisposicion del dia anterior, ¡qué inquieta estás hoy!

—Vamos á visitar nuestras aves, contestó Felicia, tomando apresuradamente su sombrero de paja.

Del mismo modo que los dias anteriores, distribuyó con sus propias manos el grano que sacaba de su delantal; pero tampoco le distrajo el ver á la tropa voraz picar en torno suyo y disputarse las provisiones que les iba echando.

Por la tarde acompañó á madama Dalange en su paseo ordinario. Al atravesar por el prado, esmaltado de margaritas, sintió que su frente se cubria de un lijero rubor al recordar el modo con que dos dias antes lo habia pasado. Entonces este pensamiento, contra el cual luchaba en vano, triunfó de todas sus

resoluciones, y sin querer ya distraerse de él, prosiguió su camino en silencio y entregada á peligrosas reflexiones. Durante aquel largo paseo tuvo un momento de emocion penosa y agradable á la vez: al dar vuelta á una cerca creyó divisar á lo último de la senda que acababa de dejar, un hombre que la seguia á lo lejos: no pudo distinguir sus facciones; pero reconoció el traje verde y la gorra de cazador de M. de Altefaye. Por la noche, al subir á su cuarto, vió el ramo que habia dejado por la mañana sobre la mesa, el cual estaba algo marchito; tomóle en sus manos, y aspirando su debil aroma, se quedó contemplando por largo rato las anémonas de negro cáliz, cuyos delicados pétalos caian tristemente y se iban ajando sin perder su color azul. Despues

cortó cuidadosamente los tallos y colocó el ramo en un vaso de agua fresca.

En lugar de acostarse, como tenía de costumbre, entró la jóven en la habitacioncita que le servia de oratorio. La actividad y movimiento que habia desplegado durante el dia, no le dejaron, como anteriormente, aquel agradable cansancio que le hacia sonreír apaciblemente: inquieta y pensativa, colocó la luz sobre el reclinatorio y se sentó enfrente de la Santa Teresa, cuya mirada estasiada parecia mostrarle á el cielo. Un jiro singular hácia otras ideas le hizo acordarse entonces de aquella voz encantadora y misteriosa, que fué la primera en hacer latir su corazón y que tan dulcemente modulaba el estribillo de la barcarola en medio del silencio de la noche. Em-

pañáronse sus ojos de lágrimas, y su corazón, si no sus labios, murmuró el nombre de Luciano de Frosdesaigues. Cosa estraña! sentia una especie de remordimiento de ser infiel á aquel ensueño, á aquella imagen apenas columbrada, y que sin embargo habia ocupado por tanto tiempo su corazón.

El gallo habia hecho ya oír su canto, y era mas de media noche cuando Felicia creyó oír á la parte de afuera un ligero ruido. Estremeciósó involuntariamente, y se puso á escuchar inmóvil: un sordo murmullo se percibia en la esquina de la casa entre las ramas del moral. La jóven sintió que un sudor frio corria por su frente; su corazón cesó de latir, y poseida de una terrible angustia, juntó sus manos y levantó sus ojos al cielo en

actitud de súplica, barbotando:

—Va á matarse, Dios mio!

El mismo ruido sordo y lijero continuó por algunos minutos, y despues todo quedó en silencio. Entonces respiró mas libremente Felicia, y pasado un cuarto de hora se decidió á volver á su cuarto. Por una inocente prevision dejó la luz en el oratorio y fué á abrir á tientas las maderas de la ventana: entre ellas, como en el dia anterior, habian colocado un ramo. Tomóle la viuda con furtiva mano, y dirigió una mirada rápida por el campo: todo estaba tranquilo, y solo columbró á la débil claridad de las estrellas una sombra, que se deslizaba á lo largo del paseo de laureles é iba á entrar en la alameda. Cuando la perdió de vista enteramente, volvió á cerrar la ventana, y entrando á

buscar la luz que habia dejado sobre el reclinatorio, colocó en la mesa las flores que aun tenia en la mano. El primer ramillete habia ya recobrado su frescura, y los rojos tulipanes ostentaban sus pétalos en figura de llamas. Tomó entonces las otras flores para colocarlas tambien en el vaso, y al desatar el junco que las sujetaba, sintió que se deslizaba un papel entre sus dedos.

—Ah! exclamó con sorpresa, turbacion y confusion, tiñéndose ligeramente de encarnado su frente, descolorida un momento antes, ¡un billete!

En vez de abrirlo, le hizo un nuevo dobléz y lo metió en el cajon de la mesa, entre una multitud de papeles. Dos minutos despues no pudo resistir á la tenta-

cion, y lo leyó. Era una carta amorosa, la primera que habia recibido en su vida. M. de Altesfaye la escribia lo siguiente:

«No me es permitido, señora, el presentarme en vuestra casa, y no me atrevo á esperar de la casualidad la dicha de encontraros otra vez: perdonadme, pues, que os escriba lo que tal vez no hallaré jamás ocasion de deciros. ¿Pero osaré manifestaros los sentimientos que ocupan mi corazon y todo mi ser desde el momento en que os vi por primera vez?... ¿Os dignariais oirme si os dijese que os amo, y que os amo con respeto, con ternura, con adoracion?.. Mi felicidad, mi vida quizá depende de vos únicamente, y vuestra respuesta decidirá de mi suerte. Bien sé que es demasiada presuncion el aspirar á tanto y el concebir la ambicion de

coamover vuestro corazón y obtener vuestra mano; bien sé que existen motivos que parecen deberme hacer perder las esperanzas de alcanzar tan suprema felicidad: preocupaciones de que yo no participo separan á el baron de Altesfaye de la nieta de madama Dalange; ¿pero será acaso imposible al amor mas ardiente el superar todos estos obstáculos? Ah, señora! aguardo temblando una palabra que me permita peserar, ó que destruya para siempre mi porvenir, ¡una palabra que me salve ó que me pierda!... No olvidéis que os amo, y decidid de mi suerte.»

Felicia leyó de seguido hasta la última palabra de la carta, y dejándola caer despues sobre su falda, ocultó el rostro entre las manos y se puso á reflexionar. La ac-

cion de M. de Altesfaye le parecia bastante atrevida; pero hallaba su billete respetuoso y tierno. No distinguia bien claramente lo que pasaba en su corazon al pensar en las palabras de matrimonio y de amor; mas se sentia fuertemente conmovida, y temblaba solo al recordar que Gaston de Altesfaye habia puesto en riesgo su vida para hacer llegar á sus manos aquella declaracion. Volvió la jóven á leer la carta antes de dormirse, y por la noche vió en sueños al cazador verde, que se adelantaba al través de los valles, regalando su oido con amorosas palabras.

Á la mañana siguiente entró Magdalena, segun costumbre, y exclamó al ver los dos ramos reunidos en un mismo vaso:

—Ah!... ¿qué es esto?... ¿Nacen flo-

res en este cuarto?... ¡He aquí un ramo de madreselvas y de jazmines!... ¡qué lindo es!

Rosita, que había entrado al mismo tiempo, comprendió su exclamación; y después de haber mirado las flores con aire de admiración, empezó á decirle por señas á la criada que en cierta ocasión había visto entre las manos de su ama una hermosa flor, que había caído del cielo. Felicia se ruborizó y suspiró al ver la pantomima por cuyo medio trataba la muda de pintar la magnífica magnolia y describir su perfume trastornador. En seguida dijo á Magdalena:

—Este ramillete lo coji yo en el pasco.

—Allá abajo, detrás de las cercas? preguntó la anciana. Lo que es por la primavera ya sé que parece aquello un jardín; pero el otro día fuí,

y se me figuró que las flores estaban todavía en botones. ¡Virgen Santa! ¡cómo se conoce que no tengo, como vos, ojos de diez y ocho años!

Esta leve mentira costó mucho á la injenuidad de Felicia: sentia infinito tener que guardar un secreto semejante, y por nada del mundo habria confesado á su abuela que le habia escrito M. de Altefaye y lo que pasaba en su corazon. La idea de que el cazador verde volveria quizá á la noche siguiente, para colocar un nuevo ramillete en su ventana, no se apartó un momento de su imaginacion. Temblaba solo al pensar que esta prueba de cariño y de temeridad podia costar la vida al jóven, y por mas de veinte veces levantó durante el dia sus ojos hácia el árbol, de cuyas ra-

mas se suspendia. No parecia sinó que el peso de un pájaro bastaba para hacerlas doblar, y era preciso que el que arriesgaba tan peligrosa ascension estuviese dotado de una ajilidad, de un atrevimiento y de una serenidad poco comunes.

Las mujeres se complacen sobremanera en todo lo que les asusta: así es que Felicia pensaba en la temeridad de Gaston de Altesfaye con una emocion, que no provenia únicamente del peligro que arrostraba. Distraida, pensativa y con los ojos fijos en su labor, no respondia sinó con monosílabos mezclados de una vaga sonrisa á la buena madama Dalange, que estaba hilando á su lado y le contaba historias del tiempo de la república. Pasaron así toda la tarde, porque un chaparron, que no duró mucho tiempo, les ha-

bia impedido dar su paseo acostumbrado, y cuando á la caída de ella abandonaron la labor, dijo la anciana, tomando su rosario:

—Hija mia, ¡qué largo debe haberte parecido el dia de hoy!

—Os aseguro que no, abuela, respondió la jóven con viveza.

—¿Pues en qué has estado pensando?

—Ni yo misma lo sé, abuela, respondió tartamudeando Felicia. ¡He pensado en tantas cosas!...

—Pues bien, ve á dar una vuelta y á tomar un poco de aire mientras rezo el rosario, añadió la buena señora: anda, hija mia; mas como la tarde está fresca, no olvides tu manteleta.

—Voy hasta la alameda, contestó la viuda, abrazando á su abuela.

Iba ya oscureciendo: los últimos

rayos del sol dejaban brillar debidamente algunas estrellas pálidas á través de las nubes, que desaparecian á impulsos de una lijera brisa.

Felicia no se atrevió á llegar hasta la alameda, y en vez de continuar su camino, se sentó en un banco de piedra á corta distancia de la casa. Á sus espaldas se elevaba el frondoso ramaje de los laureles, y por todas parte se divisaba el vasto paisaje, velado á la sazón por un negro crepúsculo. Dirigió sus miradas hacia Maussane, cuyo campanario, en forma de aguja, se distinguia aun, y recordó la descripcion que M. de Altesfaye le habia hecho de aquella ruinosa habitacion, en que velaba por las noches entregado á los pesares, á la tristeza y á los crueles padecimientos del destierro. Su corazon se conmovió de

ternura y de compasion á semejante idea: creyó que, puesto que con una sola palabra podia cambiar la suerte de aquel hombre, debía hacerle dichoso, y se enterneció con este pensamiento. La bondad podia mas que el amor en aquella alma sensible y encantadora. Pasóse el pañuelo por sus ojos humedecidos, y poseida de una melancólica felicidad, barbóto:

—Dichoso el que ama!

—Felicía! exclamó una voz a sus espaldas.

La jóven se volvió, arrojando un débil grito. M. de Altefaye se habia acercado sin que sintiese aquella el ruido de sus pasos, protegido por la espesura de los laureles. La viuda intentó huir; pero el cazador verde la detuvo, diciéndole con voz suplicante:

—Un minuto no mas!... ¡una palabra!

—Caballero! replicó turbada la jóven, en nombre del cielo, retiraos... Si alguien os viese... aqui... á estas horas.....

—Solos estamos, y la noche es oscura..... ¡quedaos por Dios!..... ¡Por este instante daria gustoso mi vida!

Estas palabras recordaron á el punto á Felicia los ramilletes, la carta y la peligrosa tentativa que M. de Altefayo habia hecho por dos veces.

—Caballero, le dijo con voz cortada y abandonándole una mano, que el jóven se atrevió á oprimir contra su corazon y sus labios, si es cierto que me amais, no volvais á esponeros á semejante peligro... Prometedme que no encontraré ni mas

ramilletes, ni mas cartas en mi ventana... No me respondeis?... ¿ignorais acaso el espanto y las terribles angustias que me baceis pasar?.....

—Verdad es, señora, repuso Gaston tranquilamente, que si una rama se rompiese, daria una caída terrible; pero tranquilizaos... aun me quedarian fuerzas para ir á morir léjos de allí... y no os veriais comprometida por mi causa.....

—¿Y creeis que eso me consolara, caballero? preguntó Felicia. Oh! ¡por Dios! antes de dejarme prometmedme que no renovaréis esas locas tentativas... Si me amais, accederéis á mis súplicas..... ¡No me hagais temblar á cada instante por vuestra vida!.....

M. de Altesfaye besó trasportado las manos que la jóven le abando-

naba, y repuso con una expresión indecible de triunfo y de júbilo:

—Os obedeceré, señora; pero permitidme esperar que alguna vez vendréis aquí por la tarde un momento.....

—Sí... alguna vez... respondió la viuda maquinalmente y volviendo la cabeza hacia la casa, cuya puerta acababa de abrirse.

—Adiós!.. exclamó el cazador. Cuenta con vuestra promesa... espero..... y soy feliz.

Al pronunciar estas palabras, desapareció por entre el espeso ramaje de los laureles, y Felicia se volvió á dejar caer casi desfallecida sobre el banco, mientras que Magdalena decia, acercándose:

—¿Han robado por ventura á mi pobre niña, que no vuelve? Vamos, vamos, que está la comida en la mesa.

—Aquí estoy! gritó la jóven, haciendo un esfuerzo para levantarse.

—Jesús! ¡estais temblando! exclamó la buena anciana, tomándola por la mano para conducirla á la casa.

Tengo frio, repuso la viuda con voz apagada.

Al verla entrar en la sala tan descolorida y sobresaltada, le preguntó madama Dalange:

—Qué tienes, hija mia? ;Nadie diria sinó que has pasado un miedo terrible!

—Si, tartamudeó Felicia, reclinando su cabeza sobre el hombro de su abuela: he oido un ruido entre los árboles, que creo lo haya causado el viento... pero me ha sobresaltado mucho.....

Á estas palabras, prorumpió en lágrimas, y apretó las manos de la buena anciana con un estre-

mecimiento involuntario.

—Ha tenido miedo, le dijo madama Dalange á Magdalena. Vamos, no quiero que vuelva á salir sola por la noche: en adelante irémos en su compañía.





VII.

Un viaje.

El día siguiente era domingo, y sin embargo el banco señorial de Maussane estaba desocupado. Madama de Clavieres se encontraba tan mala, que todo el mundo en Flam-biers se dispensó de ir á misa. Madama Dalange no se apartó en todo el día del lado de su nieta, y por la noche se reunió junto á su lecho la tertulia de familia. Aque-

lla indisposicion no tuvo por otra parte consecuencia alguna, y en los dias siguientes pudo Felicia emprender de nuevo los lijeros trabajos y las distracciones monotonas que formaban la ocupacion de su vida. Pero un mal secreto se habia apoderado de lo íntimo de su corazon: melancólica, ajitada y llena de vagos deseos, no buscaba todavía las ocasiones de ver á M. de Altesfaye; pero las esperaba. No hay situacion mas peligrosa para una jóven que la en que se hallaba Felicia, pues no estaba guardada, ni protegida en la especie de aislamiento en que vivia. No obstante que profesaba á su abuela un amor, un respeto y una veneracion sin límites, estos sentimientos no arrastraban consigo la confianza, la cual no puede ecsistir sinó ecsiste confor-

nidad de edad: así es que callaba, sabiendo que no llegaría á ser comprendida, y calculando que sus inquietudes y padecimientos llenarian quizás de una triste admiracion el corazón de aquella buena anciana, que hacia muchos años habia olvidado hasta la palabra amor.

Madama Dalange juzgaba el abatimiento de la jóven como consecuencia del terror pánico que le sobrecojió en el banco de piedra, y en su tierna solicitud de madre, nunca la abandonaba cuando se atrevia á pasar del dintel de la puerta despues de anohecer. En vano estuvo esperando M. de Altefaye junto á los laureles, y en vano se aventuró á dar vueltas alrededor de la casa, pues no pudo acercarse á madama de Clavieres; pero por la noche, cuando la jóven se recojia á su cuarto,

concluida la velada, se asomaba siempre por un instante á la ventana. Por una especie de convencion tácita, se encontraba entonces el cazador verde junto á la cerca del huerto que cultivaba Verónica; los dos amantes ni se hablaban, ni cambiaban entre sí la menor señal; únicamente se miraban al través del frio crepúsculo de la noche.

Estas entrevistas duraron por espacio de quince dias.

Felicia comprendió por fin que le habia llegado su cuarto de hora y que habia entregado su corazon á aquel hombre, á quien no habló sino dos veces y á quien solo conocia realmente de vista y de nombre; pero la generosa confianza de su alma hizo que le juzgase por sus desgracias, y no puso en duda ni la superioridad de su ingenio, ni la no-

bleza de su carácter. La jóven cedía de aquella manera á una de las leyes de su organizacion mas bien que á la seducción que sobre ella podia ejercer M. de Altesfaye. Era uno de esos seres débiles y encantadores, á quienes arrastran sus instintos amorosos mucho mas que sus pasiones; una de esas naturalezas castas y candorosas, que conservan toda su pureza aun en medio de sus debilidades.

Así es que se dejó llevar de sus sentimientos sin sentirse impulsada á manifestarlos, y M. de Altesfaye podia presumir que era correspondido; pero no presentar ni tener la menor prueba de ello. No obstante, Felicia se figuraba que era dichoso con las esperanzas que tácitamente le habia permitido concebir: parecia que del mismo modo que ella, debia aban-

donarse á aquel vago deseo, á aquellos sueños de felicidad, que son por desgracia la dicha mas cierta que proporciona el amor. ¿Pero qué ventura hay durable en este mundo, sobre todo si reposa en bases tan frágiles que una casualidad ó una palabra pueden trastornar?

Una tarde Felicia y madama Dalange habian dejado pasar la hora ordinaria del paseo. La viuda, sentada junto á la ventana, cuyas maderas estaban entornadas, habia dejado caer su labor sobre su falda, y recostada en el respaldo de su silla, con la cabeza apoyada sobre una de sus manos, se hallaba sumergida en esa especie de abatimiento que amortigua las ideas y embota los sentidos. Un poco mas léjos madama Dalange, sentada en su gran sillón, hilaba con la mayor actividad.

—¡Por el amor de Dios, caritativas señoras! ¡dadme un pedazo de pan! gritó desde afuera una voz lastimera y gangosa.

La jóven, interrumpida bruscamente en medio de su cavilacion, divisó al levantar la cabeza á un pobre anciano, que mostraba su escuálido semblante, su blanca barba y su cabeza calva por entre las maderas medio abiertas de la ventana. Levantóse al punto para sacar de la despensa uno de esos panes redondos, que bastarian por sí solos á saciar el hambre de tres mendigos, y dijo, presentándosele:

—Tomad, hermano, y que Dios os asista.

Pero el anciano, en vez de abrir su zurrón, tomó el pan con una mano y puso con la otra un papel en el borde de la ventana, dicién-

do por lo bajo á Felicia:

—Me han encargado que lleve la contestacion.

En seguida, levantando la voz y dirijiendo una mirada hácia el interior de la habitacion, en que se divisaba un bulto, añadió:

—¡Dios os lo pague, caritativa señora!... ¡Una limosna á un pobre enfermo, que hace una semana está con calentura y no tiene para beber mas que el agua de los arroyos!

—Hija mia, anda á traerle algunas monedas, dijo á media voz madama Dalange.

La jóven salió al momento; subió á su cuarto, y desdoblando el papel con mano trémula, leyó las siguientes palabras, escritas con lápiz en una hoja rasgada de un libro de memorias:

«Ha sido descubierto mi retiro,

y de un momento á otro puedo ser preso si permanezco por mas tiempo en él. Hoy mismo debia haber marchado, porque una hora de retraso puede perderme; pero deseo veros... Pensad que espero daros quizá el último adios... No saldré sino á media noche: hasta esa hora estaré en la alameda, á donde tantas veces he ido inútilmente, y os aguardaré... De rodillas os lo ruego... ¡ay! ¿seréis tan bondadosa que os digneis ir?.....»

La jóven recorrió con rapidez esta carta, y en seguida, sin reflexionar y sin titubear, tomó la pluma y escribió:

«Esta noche á las once estaré en la alameda.»

Bajó con una serenidad aparente, entregó su billete al mendigo, haciendo como que le daba algunas

monedas, y volvió á sentarse junto á la ventana. Todo esto sucedió en menos de diez minutos. La viuda habia sido arrastrada por un impulso espontáneo de jenerosidad, de inquietud y de dolor; pero cuando hizo lugar á la reflexion, sintió en su alma una especie de confusion y remordimiento. Hasta entonces no habia ocultado sino las circunstancias fortuitas que la habian aproximado á M. de Altesfaye; mas ahora era un acto de su voluntad, un paso culpable el que trataba de callar y disimular: era preciso mentir, engañar á su abuela; era preciso acudir sin que nadie lo supiese á aquella cita.

La pobre Felicia medía la culpabilidad de su falta por el terror y la vergüenza que le causaba la idea sola de que podia ser descubierta.

Veinte veces estuvo á punto de arrojarse en brazos de madama Dalange y de confesárselo todo; pero la contuvo el pensar que M. de Altesfaye la acusaria quizá de haber querido eludir su promesa. Á medida que la noche se iba acercando, sentia que se aumentaban sus angustias y sus terrores, y cada palabra de su abuela la hacia estremecer y ruborizarse. No se atrevia á mirarla de frente y fijar sus ojos inquietos y á cada instante empañados por lágrimas en los serenos y medio apagados de la anciana señora; mas estaba resuelta á cumplir su promesa.

Eutretanto todo pasaba en torno suyo como ordinariamente: las criadas iban y venian tarareando sus canciones favoritas; la muda hacia labor junto á una esquina de la me-

sa, madama Dalange hablaba, reñía con dulzura, daba órdenes y andaba todavía el camino de la sala á la cocina como una buena ama de casa.

—Calla! exclamó Magdalena, abriendo la despensa para sacar los cuartos, ¡falta un pan grande!

—Se lo hemos dado á un pobre, repuso madama Dalange.

—¡Siempre habrá sido á ese viejo maldiciente de Bayon! replicó la criada en tono de reconvencion. Esc es un hombre que no merece se le dé limosna con perjuicio de los verdaderos necesitados. Se hace el paralítico, y hoy mismo le he visto correr como una liebre á lo largo de la arboleda con su zurrón bien repleto á la espalda. Al pasar por delante del oratorio encontró al cazador verde, y se acercó descaradamente para pedirle limosna. El buen

señor le dió dinero, y probablemente seria una moneda blanca, pues siempre los pícaros tienen fortuna, como dice el adajio.

Sirvióse la comida, frugal como de costumbre, y despues las criadas se sentaron alrededor de la mesa. Mientras que las laboriosas mujeres hablavan á toda prisa, Felicia miraba con espanto al reló, cuya aguja iba á señalar las nueve. Madama D'ange dejó su rueca, y le dijo:

—Tu estas fatigada, hija mia: no velaremos esta noche.

—Escuchad! exclamó repentinamente Magdalena, dirijiendo los ojos hácia la ventana: me parece que se siente ruido en la arboleda.

—Nada oigo, contestó la viuda, perdiendo el color y levantándose para detener á la muda, que habiendo adivinado la exclamacion de la

anciana criada, corria hácia la puerta.

Un corto silencio se siguió y pudo percibirse con claridad el ruido sordo de un carruaje, que caminaba por la alameda. Entonces se levantaron todas las mujeres, y se agolparon á la ventana. La noche estaba oscura, y se divisaban en las tinieblas dos puntos luminosos, que se iban haciendo mayores por momentos: poco despues se oyó crujir el látigo del postillon.

—Ese es M. de Ramsay! gritó Felicia, levantando las manos al cielo con espresion de inesplicable reconocimiento y de doloroso júbilo; ¡al fin cumple su promesa!

El era en efecto. Dos minutos despues se detuvo la silla de posta delante de la puerta de Flambiers, del mismo modo que poco mas de un año antes se habia parado delante

de la quinta de Meudon, y el médico se apeó, tendiendo la mano á la jóven, que esclamaba conmovida:

—Mi buen doctor! Ah! ¡qué dicha la mia la de veros aquí! ¡cuánto me alegro de que hayais venido á visitarnos!

—Tomía incomodaros llegando tan tarde, dijo M. de Ramsay, saludando á madama Dalange, que le alargaba cordialmente la mano: sé que en el campo se recojen temprano las jentes, y casi estuve por pasar la noche en una posada; pero no hallándome mas que á tres leguas de Flambers, me decidí á continuar el camino, en la confianza de que me disimulariais el llegar á una hora tan intempestiva.

—Ah! ¡ha sido una inspiracion del cielo! pensó la viuda.

La llegada de un forastero era un

acontecimiento tan poco frecuente en Flambiers, que debia ocasionar necesariamente un trastorno en la casa. Mientras que madama Dalange y Felicia conducian á M. de Ramsay al salon, corrian las criadas afanadas de un lado á otro: veíase luz y un movimiento desusado en todas las habitaciones, y oíanse grandes voces en la cocina, en donde habia entrado el postillon, mientras que Magdalena con un farol en la mano estaba alumbrando al criado de M. de Ramsay, que descargaba la silla de posta, detenida á la puerta. La viuda imaginó que todo aquel tumulto advertiria á M. de Altesfaye que sucedia alguna cosa extraordinaria en la casa, y que conociendo que no podia ella cumplir su promesa, se alejaria contristado por aquel contratiempo, pero feliz al mismo tiempo, puesto que

tenia la certeza de ser amado y llevaba consigo la prenda y la prueba de sus sentimientos.

Sirviósele á M. de Ramsay una cena frugal, y madama Dalange le hizo los honores de la mesa de una manera afectuosa. Pasados los primeros momentos de alegría y efusion, Felicia y el médico se quedaron tristes y pensativos, mirándose en silencio uno á otro: ambos creyeron notarse una fisonomía diferente. El doctor estaba descolorido, delgado, y cuidados recientes habian surcado de arrugas su hermosa frente. Contempló por un momento á la jóven con cierta emociion, y le dijo á media voz, mientras que madama Dalange se alejó por un momento á dar órdenes:

—Habeis sufrido, Felicia?

—Ya no, respondió la viuda con un suspiro.

En aquel momento dió el reló las diez. Felicia se estremeció involuntariamente, y añadió:

—La Providencia ha velado sobre mí.

—¿Habeis quizá perdido por algun tiempo vuestra tranquilidad, la paz de vuestro corazon? volvió á preguntar el médico con voz alterada. ¿Habeis estado espuesta á conocer los tormentos á que tantas almas fuertes sucumben?

—¿Creéis, segun eso, amigo mio, que el amor no puede hacer á nadie dichoso?

À estas palabras, la miró M. de Ramsay con aire tan dolorido y consternado, que la jóven bajó los ojos, sintiendo haber manifestado su pensamiento con tanta franqueza.

—Insensatal ¿creéis hallar la felicidad en el amor! exclamó el médico con una amargura mezclada de ecsaltacion. Sí, añadió, si encontraseis un hombre digno de vos.....

Calló de pronto, pues volvía madama Dalange.

Al oír aquellas palabras, sintió Felicia que se debilitaba el impulso de confianza que la arrastraba á descubrir su corazón á un amigo tan querido. Temió que juzgase con demasiada severidad sus sentimientos y reprovaso sus esperanzas, y le pareció que jamás se resolvería á pronunciar en su presencia el nombre de M. de Aléfaye. Inquieta y poseída de una tristeza mortal, prestaba atención al menor ruido que se sentía á la parte de afuera, y creía á veces oír los pasos de Gaston en el fondo de la alameda. Asomóse al fin una vez á la ventana; pero á nadie descubrió, y solo oyó el ruido del viento, que azotaba el follage de los laureles.

Entretanto iba entrando la noche, y eran ya mas de las once cuando madama

Dalange, tomando una luz, quiso conducir por sí misma á M. de Ramsay á la habitacion que le habia destinado.

Felicia se retiró entonces á su cuarto, y cuando el silencio que reinaba en la casa le hizo conocer que todos se habian recogido, abrió con precaucion la ventana: M. de Altesfaye estaba al pie de la pared, y encontró en el bordo de aquella el siguiente billete, escrito con lapiz:

«Si una palabra no me asegura de vuestro amor y de vuestra fe, me quedo y me entrego en manos de mis euemigos.»

La jóven tomó la pluma y escribió con mano trémula en el mismo papel:

«En nombre del cielo mirad por vuestra seguridad! Marchaos! ¡huid por Dios! y contad con la promesa que os hago de no pertenecer á otro que á vos.

»FELICIA DE CLAVIERES.»

Atando en seguida el billete á una punta de su pañuelo bordado, lo arrojó á M. de Altefaye, haciéndole al mismo tiempo una señal de despedida. Recojó Gaston el lienzo, y llevándosele á los labios repetidas veces, se alejó con rapidez. La viuda permaneció en la ventana hasta que el canto del gallo le anunció que había pasado ya la media noche.

Al día siguiente, débil y abatida, pero mas tranquila, bajó temprano al cuarto de M. de Ramsay. Hacía una de esas hermosas mañanas, en las que se oye en el campo una multitud de ruidos confusos y agradables; el cielo estaba velado por una niebla poco densa, que templaba el resplandor del sol y se extendía por todo el horizonte como una gasa flotante sobre un cestillo cubierto de flores y ramas. El mé-

dico y la jóven fueron á sentarse sobre el banco de piedra protegido por los laureles y los antiquísimos cipreses que cubrían á Flambers con su eterna sombra. M. de Ramsay estaba sumamente triste.

—Hija mia, dijo con voz afectuosa, pero sin levantar los ojos sobre Felicia, ayer principiasteis á confiarme.....

La viuda se sonrió, meneando la cabeza: era evidente que nada podía ya vencer su reserva y timidez. El doctor conoció quizá que ocultaba alguna cosa en lo íntimo de su corazón; mas no tuvo fuerza para insistir, y añadió, considerándose casi feliz en engañarse á sí mismo:

—Entonces os debí comprender mal, y es una fortuna el que me haya equivocado.

Sucedió un momento de silencio, que interrumpió al fin la jóven, preguntando:

—¿Pasaréis algunos días en nuestra compañía, querido amigo?

—Ay, no! mañana tengo que marchar.

Como Felicia pareciera contristarso con esta respuesta, añadió:

—Pero pasaré todo el verano en Ramsay, y no estarémos separados mas que por veinte leguas. Cuando deseéis verme, me tendréis aquí al momento.

—Oh, mi mejor amigo! exclamó madama de Clavieres, enternecida y tomándole la mano, como otras veces.

Estremecióse el médico al sentir oprimidos sus dedos por los suaves y blandos de la jóven, y permaneció como anonadado en aquella cruel sensacion de felicidad: su fisonomía, no obstante, se mantuvo impassible, y dijo con acento sereno:

—¿Recibis alguna vez noticias de vuestra hermana, hija mia?

Felicia llevaba justamente consigo una de las cartas en que Serafina le daba cuenta de sus magníficos y deslumbradores proyectos, invitándola á que fuese á participar de sus fiestas y placeres. El médico la leyó con un suspiro, y dijo luego:

—Tiene razon, hija mia: tratad de haceros frívola, y volved al mundo, pues en el es donde menos puede temerse á las pasiones.

La llegada de madama Dalange interrumpió aquella conversacion, que si se hubiese prolongado, habria dado márjen acaso á mayor confianza, y no se presentó en todo el dia ocasion para renovarla.

Á la mañana siguiente se marchó M. de Ramsay mas triste y desconsolado, pues llevaba consigo una duda, una secreta y atormentadora pena. El mismo dia escribió la viuda á su

cuñada, contándole la visita que su amigo acababa de hacerle.

La partida de M. de Altefaye habia tranquilizado en cierta manera á Felicia: sin saber á punto fijo los asuntos políticos en que podia hallarse mezclado, presumia que estaba mas bien en una posicion falsa que no en un grave peligro, y esperaba que bien pronto podria volver á ocupar libre y tranquilo el puesto que en el mundo le correspondia. Imaginóse que entonces seria fácil el volverse á encontrar, y que todos los obstáculos que hubiese entre ambos se desvanecerian naturalmente.

Algunos dias despues recibió dos cartas á la vez. La una era de M. de Altefaye, en que le anunciaba que habia llegado á París y que esperaba salir muy pronto de los compromisos y peligros que le rodea-

ban: despues de mil tiernas protestas de amor, la suplicaba encarecidamente que le escribiese, y añadia que hacia mas que esperar, pues contaba con la contestacion. La otra se la dirijia la señorita de Clavieres. Al saber esta que M. de Ramsay habia pasado un dia al lado de Felicia y que vivia á la sazón á pocas leguas de Fiambers, la desgraciada jóven estuvo casi tentada por marchar á la Provenza; pero reflexionándolo despues mas despacio, calculó que le saldria mejor la cuenta tratando de hacer volver inmediatamente á la capital á la viuda. Con esta mira le escribió la carta mas afectuosa del mundo: pintóle las lágrimas que le costaba su separacion; le describió los placeres y brillantes triunfos que la esperaban en las reuniones, y por último

la invitaba con mas instancias que nunca á que regresase, aun cuando no fuese mas que para asistir á una de aquellas magníficas fiestas, á las cuales no faltaba otra cosa que su presencia.

Estas dos cartas causaron á Felicia vivas emociones y suma indecision: parecia que en aquel momento tomaria con placer el camino de París; mas no se atrevia á manifestar á su abuela el deseo que tenia de dejar por algun tiempo su tranquilo retiro. Inquieta y pensativa, guardaba el mas profundo silencio, ó respondia con acento oprimido á las preguntas de madama Dalance. La buena señora estaba triste tambien, y sus palabras eran mas tiernas y afectuosas que de costumbre. De esta manera se pasó aquel dia.

Por la noche, despues de la velada,

cuando Felicia se acercó, como lo hacia diariamente, á abrazar á su abuela, esta la retuvo suavemente á su lado, y haciéndola sentar sobre un taburete á sus pies, le dijo:

—Hija mia, creo que no puedas ya escusarte de ceder á las instancias de tu cuñada. He sido en extremo egoista, y te he tenido á mi lado demasiado tiempo, anjel mio; pero ya es preciso que dejes esta soledad: partirás, pues, dentro de algunos dias.

Y como la jóven, en vez de responder, la abrazara llorando, añadió:

—Ya volverás, hija mia, ya volverás, y acaso no tardes mucho. ;Verás entonces cuanto nos alegramos de vernos de nuevo!

BIBLIOTECA

DEL

MEDIODIA,

TOMO VIII.

DOS CUÑADAS.

IV.

DOS CUÑADAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

M. ARNAUD,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

U. R. del G.

TOMO IV.

Octubre 31 de 1846.

—•••••—
Málaga: Imp. y librería de D. Antonio Benigno
Cabrera, editor, calle de Granada, núm. 74.



I.

**Una representacion de
Roberto el Diablo.**

Diez dias despues estaban por la tarde la señorita de Clavieres y Dorothea Carbonnet sentadas en la galería, cuyas vidrieras daban á un gran balcon corrido, que caia al patio de la casa. Serafina, sentada junto á una de aquellas vidrieras, apoyada la frente sobre una de sus manos y con aire impaciente y ajita-

do, descorria de tiempo en tiempo las cortinas y miraba al patio. El ama de llaves, en pie detrás de su ama, la contemplaba con rostro enojado y burlon. El regreso de Felicia irritaba y consternaba á la malvada hembra, á quien tenia en una extraordinaria ansiedad, pues si bien creia poseer la confianza de la señorita de Clavieres, nada comprendia acerca de sus intenciones. Aquella no habia tenido por conveniente participarle la especie de independencia que á la viuda le habia proporcionado la jenerosidad de su abuela, y esta reticencia hacia su conducta casi inesplicable á los ojos de la sirvienta, la cual se burlaba é indignaba interiormente de lo que llamaba las ideas lunáticas de su ama. Despues de haber dirigido una mirada á un grupo de tapiceros que

atravesaban en aquel momento el patio, cargados, como los comparsas de la ópera, de flores y festones, exclamó:

—¡Qué gusto tan delicado teneis para disponer una fiesta, señorita! La idea de este baile de máscaras y del banquete en el jardín no podía ocurrirse á otra imaginación que á la vuestra... Parecerá seguramente un cuento de las *Mil y una noches*, y estoy cierta de que todos los periódicos se ocuparán de esta fiesta.....

—¡Ya debía estar aquí desde esta mañana! barbotó la señorita de Clavieres, sin hacer caso de lo que decía Dorotea y dirigiendo sus miradas hácia el patio con una expresión de inquietud y de amargura impaciente. ¡Si habrá mudado de idea!... ¡si no querrá ya volver!.....

—¿Estais pensando en la hermosa viajera á quien aguardais, señorita? preguntó el ama de gobierno con una p erlida sonrisa.  Qu e bondad la vuestra!.....

—Habeis ejecutado mis órdenes? dijo Serafina, interrumpi ndola. Es preciso que mi hermana se halle contenta aqu ı, que se distraiga, que se divierta, y sobre todo que se quede... Cuando la traje   esta casa despues de la muerte de su marido, ha debido aburrirse en estremo, pues en todo se veia contrariada; estaba sola y mal servida: en adelante quiero que se haga enteramente su voluntad, que la obedezcan todos y que tenga sus criados.

—Vuestros deseos estan cumplidos, señorita, repuso humildemente Dorotea: madama de Clavieres tendr    sus órdenes dos criadas y un

serviente. Creo que sean bastantes además de la mudita que la acompaña.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

—¡Qué dicha la suya en depender de una persona tan buena y generosa como vos, señorita! Por mi parte no le habria por cierto vaticinado una suerte semejante: parecia que en su posición, su mayor ventura podia ser la de casarse con el conde de Albys.

—Ya he renunciado á esa idea, replicó Serafina con sequedad.

—Y el señor conde tambien, á lo que parece, pues ha vuelto á ponerse su pantalla verde, su gorro negro y su bata parda, prosiguió diciendo el ama de llaves con tono sardónico. ¡Quién sabe si tendrá la ocurrencia de presentarse maña-

na en ese traje? En tal caso traerá el del enfermo de aprension.

Como Serafina, resentida de esta chanzoneta algo familiar, le dirijiese una mirada desdeñosa é irritada, se apresuró á añadir oficiosamente:

—No se habla de otra cosa que del traje que se ha mandado hacer el conde Luciano de Froidesaigues: es de caballero veneciano, con arreglo al modelo de un antiguo retrato que ecsiste en la galería de su señor tio, y aseguran que traerá al cuello una cadena de piedras preciosas, que vale diez mil francos.

—Y qué dicen del conde Luciano? ¿Habeis oído hablar de él á sus criados?

Dorotea se encojió de hombros, y suspiró, medio cerrando los ojos.

—Hablan mal de él? añadió la señorita de Clavieres.

—No mal precisamente. Dios me libre, por otra parte, de repetir los chismes que podrian contar acerca de su conducta. Afirman sus criados que es sumamente orijinal y no fácil figurarse la vida que hace cuando está fuera de la casa de su tio. Ha recorrido la Europa à pie, mezclándose con la jente de baja esfera, con artesanos, y haciendo tambien trabajos de mano. Su carácter es de los mas insociables: le disgusta la alta sociedad, es orgulloso, obstinado, y jamás se ha enamorado de mujer alguna.

—Estais equivocada, repuso Serafina con desden, volviendo la cabeza y recostándose en su sillón.

Un momento despues se levantó

súbitamente, y exclamó, asomándose al balcon:

—Abí está!

No se habia engañado: las dos hojas de la puerta principal acababan de abrirse, y entraba un carruaje en el patio.

La señorita de Clavieres salió entonces á recibir á Felicia, que subia presurosa la escalera. Una y otra se detuvieron con un movimiento de penosa admiracion. Serafina notó que la permanencia en el campo habia prestado á la viuda un realce de belleza y una frescura mas suave, y madama de Clavieres creyó ver á un horrible esqueleto que se adelantaba hácia ella con los brazos abiertos. Serafina estaba en efecto muy cambiada: las pasiones funestas que devoraban su corazon y la agitacion violenta y continua en

que vivia, habian alterado sobremañera su salud, y una estremada falta de carnes aumentaba, si era posible, su fealdad.

—Querida Serafina! exclamó la encantadora viuda, acercando su rostro al horrible de su cuñada. Me aguardabas, ¿no es verdad?

—Desde por la mañana, respondió la señorita de Clavieres, conduciéndola á su cuarto. ¿Sabes que has llegado muy á tiempo? Mañana tenemos baile en celebridad de tu regreso.

—Hermana mia, repuso Felicia, titubeando, me parece que esa vida de disipacion y de placeres te fatiga algun tanto.

—Al contrario; antes me distrae, replicó Serafina con sorda voz.

La viuda atravesó deslumbrada los

salones, en los que se estaban ya haciendo los preparativos para el baile. Al entrar en su habitación, encontró los muebles completamente cambiados; la suntuosidad había reemplazado á la elegancia, y brillaba por donde quiera una riqueza y una magnificencia superiores á todo encarecimiento. Detúvose en el umbral de la sala, entapizada con damasco de color de púrpura, y recorrió con la vista todas aquellas maravillas del arte, murmurando con una sonrisa:

—Querida Serafina, veo que me rodeas de un lujo y un esplendor, al cual no estoy acostumbrada. ¡Si supieses que habitación tan humilde ocupaba yo en Flambiers!.....

—Aspiro á que esta te agrade mas, y por eso he puesto el mayor esmero en embellecerla, repli-

có la señorita de Clavieres. Han comprendido mi intencion: en efecto, todo esto es mejor que el antiguo mueblaje. Mi deseo era que no pudieses reconocer al entrar aquí nada de lo que dejastes al ausentarte, y solo en ese gabinete es donde no se han podido hacer alteraciones, porque te habias llevado la llave.

—Mi taller de pintura, dijo Felicia, algo turbada: no importa, todavía permanecerá cerrado por mucho tiempo.

Serafina se retiró, y un momento despues entró Dorotea y presentó con toda ceremonia á la viuda los criados destinados á su servicio, que eran dos mujeres y un mozo de aire despejado y de mirada atrevida y obsequiosa: un tipo del lacayo, en una palabra.

—Muy bien, les dijo la jóven bon-

dadosamente: retiraos hasta que llame.

Cuando se marcharon, se volvió sonriéndose hácia la muda, que de pie en un rincon estaba llorando: y le gritó, como si la pobre muchacha pudiese oirla:

—No te allijas, que no te separarás de mi lado: solo tú quiero que me sirvas.

El dia iba declinando: Felicia miró suspirando en torno suyo é hizo seña á la muda para que encendiese las bujías. En seguida, antes de vestirse para bajar al salon, tomó una hoja de papel y escribió estas solas palabras:

«Madama de Clavieres ha llegado esta tarde á París.»

Despues de haber cerrado este billete, le puso el sobre que le habia indicado M. de Altesfaye, y tirando de la campanilla, mandó al

criado que llevase al momento aquella carta. Acto continuo hizo que la vistiesen, y bajó al punto al salón.

—Esta noche estaremos solas, le dijo Serafina: no he avisado al conde de Albys tu llegada, y como mañana tendremos en casa á todo París, nadie vendrá hoy. Si no estas muy cansada, podemos ir á pasar un rato en la ópera: ejecutan *Roberto el Diablo*.

—Con mucho gusto, hermana mía, respondió Felicia.

En seguida echó una mirada sobre su sencillo vestido de muselina, arregló el nudo del cinturon que ajustaba su esbelto talle, acercóse á un florero, del cual tomó dos rosas de Alejandría, con que se adornó la cabeza; miróse por un momento en el espejo, atusándose las madejas de cabellos que hacian re-

saltar el óvalo puro y encantador de su rostro, y dijo sonriéndose con sencillez al verse tan bella;

—Ya estoy dispuesta.

La señorita de Clavieres habia llamado tambien á sus criadas para que acabasen de vestirla: una le cubrió los hombros con una mantelita de punto de Inglaterra, y otra la presentó un magnífico adorno para la cabeza. Serafina se dejó arreglar los pliegues del rico encaje, y tomando el adorno sin mirarlo siquiera, se lo puso con el mismo aire con que un trapero podría encaquetarse su gorra de piel de nutria. En seguida dijo, volviéndose hácia su cuñada:

—Vamos.

El teatro estaba sumamente concurrido, y la llegada de la señorita de Clavieres causó, como siem-

pre, alguna sensacion. Aquella fealdad, mas rara todavia que la mas rara belleza, tenia el triste privilejio de ser notada en todas partes. Pero Serafina estaba ya acostumbrada á aquellas miradas, y se sentó intrépidamente junto al antepecho del palco, mientras que Felicia, turbada y sobrecojida, tomó asiento algo detrás y dirigió una tímida mirada hácia la concurrencia.

—Esta noche se ha reunido aquí el gran tono: largo tiempo hacia que no habia visto tanta jente de distincion en la ópera, dijo la señorita de Clavieres, recorriendo con la vista todos los palcos. Muchas personas veo conocidas mias y que estan invitadas para el baile de mañana. Mira allí al sobrino de M. de Albys, el conde Luciano de Freidesaigues.

La viuda volvió la cabeza con alguna emoción, y mirando en la misma dirección que su cuñada, divisó en uno de los palcos bajos á un gallardo jóven, cuyo semblante sério y noble correspondia exactamente á la idea que se habia formado de él: indudablemente era aquel el altivo y melancólico amante de miss Diana. La jóven se atrevió apenas á mirarle, y no obstante esto, sus miradas se encontraron en un movimiento rápido como el pensamiento. Volvió al punto la vista; pero en aquel mismo instante estuvo próxima á dejar escapar una exclamacion de sorpresa: sus ojos, inclinándose hácia las lunetas inmediatas á la orquesta, habian encontrado los de M. de Altelaye, quien habiéndola tambien reconocido, fijó en ella sus pupilas negras y bri-

llantes. La primera impresion que experimentó Felicia, fué una sorpresa mezclada de sobresalto; mas muy pronto se convirtió en una dulce alegría: la presencia de M. de Altefayo en la ópera le hacia creer que nada tendria que temer de sus enemigos políticos y que en adelante no se veria precisado á ocultarse para sustraerse á la proscripcion, que por tanto tiempo le habia amenazado.

Por lo demás, Gaston de Altefaye en nada se parecia al cazador verde: su traje era elegante y esmerado, y si algo pudiera en él criticarse, era un cuidado sumo y minucioso y un gusto en extremo refinado. La jóven viuda se imaginó que deberia haber recibido su billete, y que sin duda al dia siguiente se presentaria en la casa de

Serafina. Por lo tanto creyó deber prevenir á esta de aquella visita, y le dijo, no sin cierta turbacion:

—Tambien distingo allí á un conocido mio, á un jóven, á quien he tenido ocasion de ver algunas veces en la Provenza, al señor baron de Altesfaye.

—Ya te visitará, y me le podrás presentar, repuso la señorita de Clavieres, observando á la viuda. Si pudieses darme las señas de su casa, le mandaria una esquila de convite para mañana.

Felicia no contestó á esta proposicion insidiosa, y preguntó, jugando con el abanico:

—¿No conoces de oidas á M. de Altesfaye?

—No recuerdo ese nombre, respondió Serafina con indiferencia: bien

es verdad que ninguno se me queda en la memoria; pero acaso si le veo pueda recordar su rostro, pues si pertenece á la buena sociedad, debo haberle encontrado alguna vez.

—Creo que pertenezca á la clase mas elevada, dijo la jóven, sonriéndose.

Las dos cuñadas se retiraron antes de concluir la ópera: la señorita de Clavieres luchaba evidentemente contra una especie de dolencia física, y á pesar de su enérgica voluntad de distraerse y divertirse, caía por momentos en una lijera somnolencia, que parecia efecto de la fatiga.

—Dios mio! hermana, no estas buena, le dijo Felicia al entrar en casa; parece que te hallas aniquilada.

—Con efecto, replicó Serafina con amargura, ahora que se ha apoderado de mí el caosancio, me parece que podría conciliar algunos instantes de sueño; pero ¡ay! desde el punto en que pongo la cabeza sobre la almohada, mis ojos permanecen abiertos, y se me pasa la noche en un horrible insomnio... Hace ya meses que no duermo.

—Hermana! ¿y piensas en dar bailes? exclamó la viuda, contristada y conmovida hasta derramar lágrimas.

—Así me distraigo, repuso la señorita de Clavieres.

Felicia se dirigió melancólica á su habitación, y al atravesar la antesala, observó que el criado que habian destinado á su servicio y Dorotea estaban en conversacion muy animada,

—¿Habeis desempeñado mis órdenes? le preguntó al primero.

—Sí, señora, ya está entregada la carta, contestó bajando los ojos y sonriéndose de una manera casi im-preceptible.

La viuda pasó adelante.

La fisonomía de aquel hombre le habia disgustado, y dijo al ama de gobierno, que la seguía:

—¿Quién es ese moceton que habeis admitido en casa? ¿le conocéis vos?

—Podeis estar cierta, señora, de que no habré puesto á vuestro lado á un cualquiera, respondió Dorotea con aire resuelto. Esteban tiene las mejores recomendaciones, y ha servido por muchos años al conde Luciano de Froidesaigues.

—Le servia aun hace un año? preguntó Felicia, acordándose de pron-

to de que el ayuda de cámara que habia introducido furtivamente á miss Diana en el cuarto de su amo se llamaba Esteban.

—Sí, señora, respondió la sirvienta, algo sorprendida de que madama de Clavieres estuviese tan bien enterada del personal de la casa del conde de Albys.

La jóven estuvo reflexionando por un instante: recordó toda la conversacion de aquel hombre con el confidente de miss Diana, y la terrible sangre fria con que ambos habian concertado la especie de asechanza de que escapó la desgraciada jóven dándose la muerte. En seguida, saliendo de su distraccion y levantando la voz, dijo con una decision y una firmeza que no le eran comunes:

—Dorotea, desco que no me sir-

van mas que las mujeres que me habeis presentado: mañana despediréis á ese hombre.

—¿Lo habeis reflexionado bien, señora?

—Sí; que no vuelva ya á ponerse en mi presencia. Podeis retiraros.

—Ya habla como la señorita, murmuró el ama de llaves, saliendo de la pieza, furiosa y consternada. ¡Y es preciso obedecerla!... Ab! ¡quiere que Esteban salga de la casa, y que yo misma le despida!... Pues bien, sé lo que he de hacer... Ya he reunido lo bastante para contar con una renta de mil y doscientos francos, y él no tiene siquiera un sueldo; pero no importa.

Acto continuo fué á buscar al criado, y le dió parte de su desgracia; pero el gran tunante la escuchó con la mayor serenidad.

—¿Y qué me importa que me despidan? preguntó, encojiéndose de hombros. Ya tengo echado el ojo á otra colocacion.

—Y eso basta para consolaros? repuso Dorotea con acento de tierna reconvencion. Ay, Esteban! yo creia que tuvieseis mas ley á vuestros antiguos conocidos.

—¿Á personas que tienen formado mal concepto de mí? ¿á personas que recelan de mi conducta y creen acaso que soy un borracho, un disipado, un calavera?.....

—Y que os quieren bien á pesar de todos vuestros defectos. ¡Ah, buena pieza! ¡al fin acabaréis por obligarme á hacer una locura!

Mientras que pasaba esto en la antesala, la jóven viuda, sola en su cuarto con la muda, se desnudaba lentamente, pensando en los singu-

lares incidentes de aquella noche: se acordaba de M. de Altesfaye, y por un jiro inesplicable que tomaron sus ideas hácia otras impresiones, otra imájen ocupaba tambien su pensamiento. El noble y severo semblante del conde Luciano le habia llamado mucho la atencion, y se decía á sí misma con injénua conviccion:

—Comprendo el porque miss Diana no ha podido sobrevivir á la pérdida de su amor.





II,

Un encuentro inesperado.

Eran escasamente las tres de la tarde, y las dos cuñadas habían bajado al salón para recibir á M. de Albys, que quiso presentar sus respetos á Felicia antes de la hora del baile. Hundido en un sillón, apoyada su barba sobre el bastón y con su pantalla de tafetan verde bajada sobre los ojos, el buen señor había renunciado á sus eleva-

das miras, abjurando la última chispa de amor; y mas sordo y atacado de la gota que nunca, no conservaba de sus ideas de retroceso hácia los años juveniles mas que cierto gusto por la sociedad y por los pensamientos grandiosos. El ejemplo de la señorita de Clavieres le seducia, y queria tambien volver á abrir sus salones, para lo cual se ocupaba á la sazón del programa de una fiesta, cuyos honores debia ayudarle á hacer su sobrino el conde Luciano.

Felicia juzgó que M. de Froidesaigues se habia reconciliado enteramente con su tío, y tuvo en ello una viva satisfaccion, pues la equidad de su alma le habria hecho experimentar el mayor sentimiento si hubiese sido desheredado por una falta que no habia cometido.

La señorita de Clavieres se hallaba sumerjida en alternativas de abatimiento y animacion febril, que eran ya su estado ordinario. De vez en cuándo se levantaba y miraba por entre las persianas á la multitud de obreros que desde por la mañana habian invadido la casa y adornaban las salas de recibo. Ya estaban estas decoradas, y unos veinte jardineros se ocupaban todavía en transformar el terrado, el parterre y los bosquecillos del jardin en un paisaje encantado, en el que crecian el naranjo y la palmera, y en donde descollaban al lado de gruesas matas de rosas y lirios las gigantescas flores de las rejiones del Trópico. Felicia, gozosa y pensativa á la vez, consideraba los contrastes de que se hallaba sembrada su vida, y se acordaba de Flambiers

al mismo tiempo que contemplaba los preparativos del baile.

—Una visita! exclamó de pronto Serafina, que desde el sitio en que á la sazón se hallaba podia ver hasta lo último del primer salon. Es un forastero, á lo que parece.

—El señor baron de Altefaye! anunció un lacayo, adelantándose á levantar la cortina, medio corrida, que habia impedido á la viuda distinguir á la persona que entraba.

Al oir aquel nombre, pronunciado en voz alta, la jóven perdió casi enteramente el color, la señorita de Clavieres meneó la cabeza con una media sonrisa y el conde de Albys se levantó su visera verde, dirigiendo los ojos hácia la puerta con aire de sorpresa.

El jóven entró é hizo un saludo á Felicia, que se lo devolvió rubo-

rizándose; en seguida se volvió hacia la señorita de Clavieres, y se inclinó por segunda vez.

—Hermana mia, dijo entonces la viuda, este es el señor baron de Altefaye, de quien te he hablado ya.....

—Mi sobrino! exclamó el conde.

Al oír aquella voz, dió el jóven un paso atrás y se pintó en su semblante alguna turbacion, inquietud y sorpresa; mas reponiéndose al punto, se acercó á M. de Albys, y le dijo con desembarazo:

—Perdonad, tio: mi afan por saludar á estas señoras ha sido causa de que no os haya visto.

—No habeis incurrido en falta, y por consiguiente estan de mas las disculpas, repuso el viejo con sequedad.

Dirijiéndose á la señorita de Clavieres, añadió:

—Creo que no os habia dicho que tuviese otro sobrino además del conde Luciano de Froidesaigues.

—No sé... creo que no, respondió Serafina, que se acordaba muy bien de que el conde de Albys no le habia hablado de este otro sobrino sinó para decirle que tenia resuelto desheredarle.

—Estaba en la persuasion de que habiais abandonado definitivamente á París, caballero, prosiguió el anciano, dirijiéndose á Gaston, mas sin mirarle.

—Ah, tío! ¿cómo habia de condenarme á mí propio á un perpetuo destierro? replicó M. de Altesfaye con alguna turbacion. Además que hace muy poco que he llegado. Anoche me presenté por primera vez en la ópera, en donde tuve el honor de ver á estas señoras en su

palco. Descaba con impaciencia oír el *Roberto el Diablo*, cuya primera representacion ha tenido lugar durante mi ausencia. ¡Qué ópera tan magnífica! ¡qué cantantes! ¿No es verdad, señorita, que es un placer el oír música tan deliciosa, añadió, dirigiéndose á Serafina, ¿y placer tanto mas vivo, cuanto que no se disfrutan otros en la presente estacion? Por lo demás, París me ha parecido sumamente triste.

—Por eso trato de alegrarlo esta noche con una fiesta, repuso la señorita de Clavieres, y tendria mucho placer en que concurrieseis á nuestro baile, que os recordará las fiestas del carnaval, pues es de máscaras.

El jóven baron se inclinó al punto en señal de aceptacion y de agradecimiento.

—Y vendréis, caballero? le preguntó el conde, clavando en él la vista?

—No pienso, tío, perder una ocasión tan bella para volver á presentarme en el gran mundo, respondió M. de Altefaye con resolución; pero con el aire forzado de un hombre que trata de saltar osadamente un precipicio.

Conociendo despues que era indispensable traer la conversacion á un terreno neutral, añadió, dirijiéndose á Felicia:

—¿Seria demasiada indiscrecion preguntaros el traje que pensais llevar esta noche?

—Aun no me hallo decidida, caballero, balbució la jóven, que desde el principio de aquella conversacion sentia que sus ideas se confundian y se estrayaba su razon en-

tre las conjeturas involuntarias y los descubrimientos que en vano se esforzaba en rechazar.

—Esos misterios no se descubren ordinariamente antes de la hora del baile, dijo entonces Serafina; pero en obsequio vuestro voy á hacer traicion á nuestros secretos, caballero. Madama de Clavieres deberá escoger entre el traje de una dama veneciana del siglo XVI y el vestido corto, el corpiño de terciopelo y el sombrero de fieltro bordado de oro de una aldeana provenzal; M. de Albys vestirá el traje de corte que su bisabuelo llevaba el dia de la consagracion de Luis XV, y el conde Luciano de Froidesaigues se presentará con el disfraz de caballero veneciano. Y vos? ¿tendréis tiempo todavía para proporcionaros traje?

—Espero que sí, señorita, respondió el joven, y aun cuando no será tan magnífico como los de mi tío y de mi primo, creo que tendrá el mérito de ser mas original: me disfrazaré de cazador tirolés...—Y desde ahora pido el favor de bailar el primer rigodon con la aldeana provenzal, añadió, dirigiéndose á Felicia, que aceptó la invitacion con una simple inclinacion de cabeza.

El conde de Albys, para quien toda conversacion en tono regular no era mas que una serie de frases interrumpidas, se volvió hácia M. de Altesfaye, y le dijo con acento medio enojado y medio burlesco:

—Mucho se sorprenderán algunas personas de encontraros esta noche en el baile, baron. El conde Lu-

ciano es bien seguro que no esperaba semejante hallazgo, pues estábamos en la persuasión de que habiais ido á acompañar á vuestro amigo Raimundo de Maussane á Bélgica, en cuyo hospitalario suelo estariais aguardando con paciencia mejores dias.

Por segunda vez conoció M. de Altefaye que era urgente sacar la conversacion fuera de toda cuestion directa y personal: así es que en vez de contestar á la observacion de su tio, se apresuró á decir:

—Mucho placer tendré en ver á mi primo Luciano: mas de un año hace ya que no nos hemos encontrado, que fué cuando el rompimiento de su matrimonio con aquella pobre lady Diana Nevil, que tuvo un fin tan trágico.

—¿La jóven inglesa atacada del es-

plin que se arrojó al Sena hace un año?... preguntó Serafina. ¿La conociais vos, caballero?

—Me atrevo á afirmar que esa jóven me honraba con su amistad, respondió M. de Altefaye con acento contristado, y que al paso que me manifestaba bastante confianza, no desdeñaba tampoco mis consejos. Ay! ¡por mucho rato estuve al lado suyo el dia mismo en que sucedió aquella lamentable desgracia!.....

Pasóse al decir esto la mano por la frente, como para distraerse de aquel funesto recuerdo, y mudando repentinamente de conversacion, añadió con acento animado; pero bajando la voz de modo que no pudiese ser oido ni comprendido por M. de Albys:

—¡Las disensiones políticas son

una terrible desgracia en las familias!

—¿Son ellas las que os han enemistado con vuestro señor tío? preguntó con indiferencia Serafina.

Gaston hizo un movimiento afirmativo de cabeza, y continuó con un suspiro:

—¡El espíritu de partido aboga todos los sentimientos!

Mientras tenia lugar el diálogo precedente, Felicia permanecía inmóvil y silenciosa: ninguna señal de admiracion, de indignacion ó de horror se manifestaba en su frente impasible; pero un sudor frio bañaba sus sienes, un estremecimiento interior conmovia todas las fibras de su cuerpo, y se sentia desfallecer à medida que la verdad se iba presentando ante sus ojos y reconocia en M. de Altefaye al hom-

bre á quien habia oido combinar la traicion mas inícuca, al indigno pariente del conde Luciano, al infame confidente de miss Diana Nevil. Entonces recordó las inflecciones de aquella voz, y hasta el acento vivo y cortado que tanto le habia llamado la atencion, aunque sin despertar, como ahora, sus recuerdos.

Serafina, admirada de la actitud severa que habia tomado la jóven, prosiguió su conversacion con M. de Altesaye, que conservaba toda su serenidad, sin dejar de observar con una secreta inquietud la fisonomía impasible de la viuda. El conde de Albys habia vuelto á tomar su primera postura, y parecia meditar al propio tiempo que se acariciaba la barba con el puño de marfil de su baston.

El baron prolongaba su visita con la esperanza sin duda de que su tio se retirase antes que él; pero el buen señor se mantuvo firme con la tenacidad de un amigo familiar de la casa, y el jóven se vió por fin obligado á abandonar el campo el primero. Saludó al conde con un frio respeto, aseguró á la señorita de Clavieres que no seria de los últimos en acudir á la agradable reunion que proporcionaba á todo lo mas florido de París, y se ausentó despues de haber saludado á Felicia, dirijiéndole una mirada de tristeza y de reconvencion.

—Hermana, no te comprendo, dijo Seralina así que Gaston se alejó: has recibido con mucha frialdad á ese pobre jóven, y estoy segura de que se ha marchado mas satisfecho de mi acogida que de la tuya.

—Es que su conversacion me ha contristado en extremo, repuso la viuda con una sinceridad que era, sin conocerlo ella misma, el medio mejor de disimular: ¡ahora viene á contarnos en un dia de baile que era el amigo y confidente de aquella pobre jóven que se ahogó!..... ¡Me ha causado una impresion tan profunda, que todavía me dura!.....

—Al pronunciar estas palabras, se acercó á una ventana como para respirar mas libremente, y distinguió á M. de Alcefaye, que subia en un elegante tilbury, parado al pie de la escalara. Esteban, el mismo criado que habia sido despedido por la mañana de la casa, se colocó orgullosamente á su lado, y el lijero carruaje partió al galope de un hermoso alazan tostado.

—¡Ha vuelto á encontrar á su cómplice! se dijo Felicia, asustada casi de aquella casualidad, que acababa de iluminarla.

Volviendo á su puesto, oyó que M. de Albys le decia á Serafina:

—Soy su tío, es verdad: su madre era hermana mia carnal; pero hace ya mucho tiempo que he renegado de él. Es una mala cabeza. Si hubiese disipado su patrimonio con nobleza, acaso podría perdonárselo; pero ha hecho mas que locuras: en vez de tomar prestado y portarse como caballero, se dedicó á engañar á los usureros, que concluyeron al fin por encerrarle en la cárcel. Despues de haberse escapado de Santa Pelajia, en donde le habria yo dejado seguramente, fué á ocultarse á no sé que parte, y no se volvió á oír hablar de él. No sé

como ahora se ha atrevido á volver á presentarse en la sociedad y á sus acreedores. Sin duda habrá engañado á esos pobres hombres con algun cuento: acaso se habrá jactado de tener entre manos algun casamiento con el cual pueda salir de sus deudas, las que ascenderán á unos cien mil francos.

—Oh, Dios mio! pensó Felicia: ¡la dote que me ha ofrecido mi abuelita!

—Si encuentra una mujer bastante loca para entregarle su corazón, su mano y su caudal, prosiguió diciendo M. de Albys, tanto mejor para él: en cuanto á mí, por no darle, ni la bendición siquiera.

—¡No teneis entrañas de tío, señor conde! exclamó Serafina, á quien la cólera del viejo ponía de buen humor. Vamos, vamos, la hora se

acercas, y no debemos pensar mas que en el baile.

—Voy á ocuparme de mi traje, dijo la viuda, saliendo precipitadamente de la pieza.

Subió á su habitacion, dió algunas órdenes á sus criadas, y dejándolas en la sala, entró en el gabinete y se encerró en él, dando dos vueltas á la llave. Allí, sofocada por los sollozos, se dejó caer de rodillas, apoyando la cabeza sobre el divan, y lloró con lágrimas de dolor, de pesar y de vergüenza el fatal error de que se habia dejado llevar su corazón. Un momento habia bastado para aniquilar para siempre su pasión y sofocar hasta la última chispa de su amor. El confidente de miss Diana no era para ella el mismo hombre que el cazador verde. Ni siquiera se acordó de aquel ser ideal, crea-

do por su imaginacion, y al cual habia adornado de un alma noble y de un carácter caballeresco, y solo experimentó la indignacion de una mujer ultrajada por las especulaciones y viles intrigas de un seductor interesado. El sentimiento de su propia dignidad lastimada le devolvió la serenidad y el valor. Levantóse triste, pero animada de una tranquila resolucion, y tuvo el suficiente imperio sobre sí misma para ir á escojer entre los trajes que habia en su aloba el que debia ponerse para el baile.

Á las ocho de la noche recorría aun la señorita de Clavieres con un peinador sobre los hombros los salones, abiertos ya ó iluminados. Entró entonces por un momento en su cuarto para que la vistiesen; y, como de costumbre, se dejó adornar sin hacer alto siquiera en lo que ha-

cian sus criadas. Pusiéronle estas un vestido que acababa de enviar la modista de mas fama, adornaron su cabeza con una corona de flores naturales, y anudaron á su huesudo brazo una sorta de perlas, con la que la sultana favorita del principe de los creyentes habria hecho su mas hermoso collar.

—Qué traje tan encantador! exclamó Dorotea, ¡qué linda estais esta noche!

Serafina dirigió á la adúladora sirvienta una mirada tristemente irritada, y en seguida, sin levantar los ojos al espejo, delante del cual la habian vestido, bajó al salon.

Felicia entraba al mismo tiempo. La hermosa viuda vestia el rico traje de dama noble veneciana: una cofia bordada de tisú de oro ocultaba á medias su cabellera, recojida

sobre la frente y salpicada de perlas y piedras preciosas; sus hombros estaban cubiertos de un magnífico cuello de punto de venecia, y su vestido, de un ligero brocado, daba á su persona una majestad y una gracia inesplicables. Pero la jóven estaba descolorida, y humedecidos sus ojos por las lágrimas que habia derramado.

—¿Aun no te llama la atencion el baile? le preguntó Serafina, mirándola fijamente. No tardarás en aficionarte á él.

—Me parece que no, hermana, respondió Felicia con un suspiro y recorriendo con la vista los salones y el jardin, espléndidamente iluminados: esto es hermoso, es deslumbrador; pero te confieso que preferiria mejor una de aquellas noches tranquilas que pasábamos el año últi-

mo con nuestro amigo. Nos hace mucha falta M. de Ramsay.

Este nombre hizo estremecer á la señorita de Clavieres, y recordando la cruel felicidad de que habia gozado, sintió que por un dia, por una hora, por un instante de aquella ilusion daria con gusto toda su opulencia, todo su lujo, todos los vanos plaecres que la ayudaban á soportar su miserable vida.

Los coches principiaban á entrar en el patio, y M. de Albys y el conde Luciano de Froidesaigues llegaron de los primeros: el antiguo cortesano habia seguido esactamente las tradiciones del traje hereditario, y llevaba, como su bisabuelo, una casaca bordada, calzon encarnado y corbata de encaje. El conde Luciano se presentó con ropilla de terciopelo negro cortado, valona bordada y

capa corta; la cadena citada por Dorothea como una alhaja de familia, brillaba en su cuello cual el collar de una órden.

Despues de haber saludado á la señorita de Clavieres, se acercó Luciano de Froidesaígues á Felicia, que estaba de pie en el hueco de una ventana y con los ojos vueltos hácia el jardin. Ya la orquesta tocaba algunos prebudios, y los alegres sonidos de los instrumentos se mezclaban á la algazara de las máscaras, que acendian de todos lados.

—¿Podré lisonjearme de tener el honor de bailar con vos el primer rigodon, señora? preguntó el conde Luciano, ofreciendo la mano á la viuda.

Hechóse á temblar la joven, como si esta invitacion no fuese la cosa mas sencilla del mundo, y no

respondió mas que con una inclinacion de cabeza, equivalente á una señal de agradecimiento y de aceptacion. Ya las tandas se iban formando, y dejando su mano en la de M. de Froidesvignes, le siguió á través de los salones; pero en el momento en que ocupaban su puesto, se acercó á la dama veneciana un cazador tirolés, y le dijo casi al oido:

—Me parece, señora, que esta tarde os habeis comprometido á bailar conmigo el primer rigodon.

—Creo que esteis equivocado, caballero, rapuso ella con frialdad: invitásteis á la aldeana provenzal, y hablais ahora á la dama veneciana.

Diciendo estas palabras, dirigió al conde Luciano hácia otra tanda que se estaba formando en el jardin,

y dejó á M. de Altesfaye atónito é irritado en el salon.

Era evidente que M. de Freidesaigues no habia querido reconocer á Gaston, y que este encuentro le habia causado una penosa impresion. Por dos ó tres veces se volvió hácia él para observale, y le preguntó al fin á Felicia.

—¿Tiene el baron de Altesfaye el honor de conoceros, señora?

—Hoy ha venido aquí por la primera vez, respondió la jóven, eludiendo el contestar categóricamente á aquella pregunta, que le atravesó como un dardo el corazon.

El conde pareció oír estas palabras con una secreta satisfaccion, y sin ocuparse mas de M. de Altesfaye, añadió, mirando en torno suyo con aire de admiracion:

—Hallo aquí recuerdos de todos

los países que he visitado: allí los naranjos de Valencia y las palmeras de Egipto; aquí los cactus que crecen en los barrancos de las islas Baleares, y allá, por entre las ventanas que dan al terrado, distingo una sala semejante á las de la Alhambra: cualquiera podría figurarse que estaba á la entrada del palacio árabe, bailando bajo los limoneros de la ciudad de Granada.

—Habeis viajado mucho, caballero, dijo entonces Felicia, lo que es haber invertido el tiempo bien y agradablemente.

Terminóse el rigodon, y M. de Froidesaigues condujo á la jóven al salon.

—Os ruego, caballero, le dijo esta, inquieta y temerosa de apartarse de él, que me dejéis al lado de M. de Albys: estoy bastante fa-

tigada, y quisiera descansar un rato.

El buen anciano estaba sentado en el bucco de una ventana, gozando así simultáneamente del golpe de vista que ofrecían los salones y el jardín.

—Ya os sentais, señora? le preguntó á Felicia, apartándose un poco para hacerle sitio: en mi tiempo las jóvenes que danzaban la Treuitz habrían pasado tres días con sus tres noches en el baile sin pensar siquiera en sentarse.

—El mundo va dejenerando, repuso la viuda, recostándose negligentemente sobre la ventana.

M. de Altefaye se acercó entonces á esta, y tomando asiento osadamente detrás de madama de Claviers, le dijo á media voz:

—Ahora me toca á mi, señora,

Necesito una explicacion, y podemos hablar con libertad, pues mi tio no nos oirá.





III,

Al maestro, cuchillada.

El conde de Albys estaba sentado delante de la ventana de modo que separaba á la hermosa veneciana y al cazador tirolés de las otras máscaras: miró el viejo al último con aire ceñudo, y pronunciando entredientes las palabras de «osado cavavera» volvió la cabeza con afectacion, como para dar á entender á Mr. de Altesfaye que su presencia

no le era de modo alguno agradable. Madama de Clavieres se estremeció al ver que el atrevido caballero tomaba asiento á su lado y exigía una esplicacion; pero sostenida por la necesidad de declarar el cambio que se habia efectuado tan súbitamente en sus sentimientos y resoluciones, aguardó con firmeza á que Gaston empezase la conversacion.

Contemplóla este por un instante, admirado quizá de la expresion de su fisonomía, y despues le dijo en tono respetuoso, pero en el que se traslucía cierta amargura:

—Me habeis arrebatado la felicidad en que me habiais permitido consentir. Ah, señora! ¿qué poco ha bastado para cambiar vuestro corazón!.....

Felicia no respondió á aquella es-

pecie de reconvencion sinó con una señal, con un movimiento de cabeza, que espresaba mejor que las palabras su secreta indignacion.

—Ay! ¡veo que me sacrificais á injustas prevenciones! añadió M. de Altesfaye; mas si os dignais oirme, no me será difícil justificar mi conducta.

—Caballero, repuso la viuda en tono cortado, es superfluo explicar ciertas situaciones, y no os pido aclaracion ninguna sobre la casualidad que me ha hecho reconocer en M. de Altesfaye al sobrino del señor conde de Albys.

—Ah! veo en esas palabras la influencia de mi tio, dijo Gaston con ironía: ¡que bondad la suya! Estoy agradecido seguramente á un proceder semejante: os habrá debido hablar muy desfavorablemente de mí,

con el objeto sin duda de hacerme un servicio.

Despues añadió con acento menos duro:

—Soy perdido si me juzgáis por lo que de mí pueda decir un viejo que no se acuerda de sus propios errores y á quien personas interesadas en desacreditarme para con él están irritando sin cesar contra mí. Pero, señora, ¿qué falta he cometido contra vos? ¿qué he hecho que pueda merecer vuestra indignacion y vuestra cólera? ¿qué puede echárseme en cara? ¿Locuras propias de los pocos años? Estas, yo mismo os las hubiera confesado. ¿Mi tio os ha hablado de mis disipaciones, de mis deudas, de mis contiendas, de mis desafíos?... Estoy pronto á deponer noblemente ante vos estos defectos..... ¿Qué mujer hay que no perdone

semejantes deslices?... Me arrepiento, pero no me avergüenzo de ellos; y si es preciso decirlo, mejor quiero haber llevado esa vida de hijo pródigo, que me ha hecho perder el cariño de mi tío, que no haber conservado, como otros, su favor, por medio de hipócritas manifestaciones de virtud.

Al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada hácia el conde Luciano, que atravesaba en aquel momento el salon, y añadió en tono sardónico:

—Ciertamente no poseo la rara habilidad de mi primo; pero al menos no tengo motivos para echarme en cara el haber causado tal vez la muerte de una jóven que me amase.....

Al oír esto, madama de Clavieres, cuya fisonomía no habia mani-

festado hasta entonces mas que una penosa atencion, volvió la cabeza con un movimiento de horror tan verdadero, que M. de Altefaye se quedó por un momento cortado, prosiguiendo despues con vehemencia:

—¿Pero qué acusaciones se dirijen contra mí? Qué se presenten á cara descubierta los que se atreven á manchar mi reputacion en las tinieblas, y verán si puede calumniarse impunemente á un hombre como yo en presencia de la mujer á quien ama... Nombradlos, señora; dadme los medios de defenderme y de vengarme.....

En vez de responder, fulminó la jóven viuda sobre M. de Altefaye una mirada tan significativa de desprecio, que se estremeció él, y bajó la vista desanimado: llegó á com-

prender que no conseguiría persuadir á Felicia y que toda su habilidad se estrellaba contra algun obstáculo desconocido; por lo cual, abandonando el papel de suplicante, tomó la ofensiva, y dijo con acento de fria indignación:

—Hay cálculos que yo no sospechaba seguramente existiesen en el corazón de las mujeres, y en el vuestro mucho menos, señora... Era una inocencia de parte mia, lo confieso. Sí; suponía que consentiriais en participar la suerte de un hombre que no puede ofrecer os mas que un corazón puro y amante y un nombre sin mancha. Hoy, mi tío, que conoce muy bien la situación de mis intereses, se ha tomado el cuidado de manifestaros que me hallo poco menos que arruinado, y habeis retrocedido al punto: esto

acredita por lo menos suma prudencia de parte vuestra, y os felicito, señora, de todo corazón por esa fortaleza de alma, que sacrifica sin vacilar el amor al interés.

Al oír una ofensa tan directa, levantó madama de Clavieres la cabeza con altivez, y con la energía que en aquel momento le daba su indignación, repuso con tono firme y seco:

—Yo habría podido asociarme a la suerte de un hombre que solo hubiese tenido que reconvenirse de imprudentes disipaciones de una loca juventud; pero hay faltas que desacreditan para siempre al que las ha cometido ó premeditado... Vos mismo, caballero, que me habláis de cálculos interesados, ¿habeis olvidado los que haciais respecto á una rica heredera? ¿habeis olvidado aquella

noche funesta en que esperasteis oculto en la casa de vuestro tío á una desgraciada jóven, que arrastrada despues á la vuestra, debia salir de ella deshonrada públicamente ó reducida á concederos su mano? La jóven escapó, sin saberlo, de esa cruel alternativa: una muerte voluntaria la salvó; pero fué vuestra mano la que la impulsó á ese extremo recurso..... Vos fuisteis el que la asesinó... vos fuisteis el que, vendiendo un triste secreto, deshicisteis el matrimonio del conde Luciano con lady Diana Névil.

Á medida que Felicia hablaba, iba M. de Altesfaye perdiendo el color; pero no dió ninguna muestra de sorpresa, de confusion, ni de furor; y si la rabia era la que le hacia demudar el semblante, tuvo al me-

nos bastante serenidad para concentrarla en lo interior de su pecho. Cuando Felicia cesó de hablar, pareció reflexionar por un minuto, y añadió despues con frialdad:

—Ah!... ¿sabeis eso?.....

La jóven calló, volviendo á otro lado los ojos, pues le parecia que para lo sucesivo todo habia concluido entre ella y aquel hombre. M. de Altefaye se apoyó contra la ventana, y se puso á mirar hácia el salon con el aire de un espectador indiferente. Madama de Clavieres se asustó mucho mas de su actitud impassible que si se hubiese irritado, pues se figuró que meditaba alguna accion infame, quizá algun crimen; y trémula y espantada casi, se arrepentia ya del valor con que habia arrosrado el resentimiento de aquella al-

ma baja y cruel. En medio de su angustia, seguía maquinalmente con la vista el movimiento de los que bailaban, y marcaba con el dedo el compás de la música sobre el brazo del sillón en que se hallaba sentado M. de Albys. El baile estaba animado, la brillante concurrencia ondulaba por los vastos salones, y mezclaba su alegre algazara á las melodías de la orquesta. El aire, embalsamado de suaves aromas, principiaba á animar con sus ardientes effluvios el cutis de las blancas bailadoras, y por en medio de aquellas olas bulliciosas pasaba continuamente de un lado á otro el horrible semblante de Serafina, semejante á la figura que en los juegos escénicos de la edad media aparecía en todas las fiestas y representaba á la muerte mezclada

en medio del ruidoso bullicio de los vivos.

Después de un largo silencio se volvió M. de Altefaye hacia Felicia, y le dijo en tono más tranquilo:

—Una palabra, señora, antes de que dejéis este sitio, al que probablemente no volveréis en toda la noche. ¿Quereis que hagamos un pacto?

Y como el silencio de madama de Clavieres no indicara aprobación ni desaprobación, añadió:

—Lo que os propongo es la paz, ó por lo menos la suspensión de hostilidades: tenemos armas iguales, y no nos batiríamos sin causarnos mortales heridas... Cesemos, pues, de hacernos la guerra.

—No tengo condiciones que imponeros, caballero, respondió la joven con voz alterada; pero me pa-

rece que en adelante no se presentará ocasion de renovar lo que llamais la guerra.

—Si; en nuestras respectivas líneas, replicó Gaston, pues os prevengo que todos los dias nos encontraremos en un terreno neutral, en el salon de la señorita de Clavieres: firmemos, pues, una tregua, y guardémosla fielmente, puesto que cada cual tenemos nuestros rehenes....

—Nuestros rehenes! repitió Felicia.

—Sin duda alguna: vos sabeis uno de mis secretos, y acaso muchos, aun cuando no concibo como han llegado á vuestra noticia; yo, por mi parte, poseo un precioso recuerdo de vuestros sentimientos. ¿No seria de desear que guardásemos mutuamente para nosotros solos estas pren-

das de una amistosa correspondencia?

—Mi billete! barbotó Felicia, aterrada.

—Vuestros dos billetes, dijo con frialdad el jóven. Yo que vos, no tendria la menor inquietud, porque en vuestra mano está que la cartera en donde los tengo encerrados permanezca muda y silenciosa como la tumba. ¿Firmamos la tregua?

—Caballero, respondió Felicia con dignidad, una palabra debe bastaros: ni en público ni en particular, sea que os elojien, sea que os critiquen, pronunciaré jamás vuestro nombre.

—Eso me basta, dijo M. de Altesfaye.

Un momento despues se levantó y fué á mezclarse en un grupo

que rodeaba á la señorita de Clavieres.

—Así que se alejó, el conde de Albys, que no habia vuelto la cabeza durante aquel diálogo, sacudió su peluca empolvada y dijo á la jóven:

—A la verdad, señora, no he cometido la indiscrecion de escuchar; pero se me ha figurado que ese calavera os estaba haciendo la corte.

Acercóse entonces el conde Luciano, el cual habia observado de léjos la escena que pasaba detrás del sillón de su tío, y á pesar de la actitud tranquila de los dos interlocutores, creyó notar una sorda animacion en aquel diálogo. Al ver á la jóven descolorida y sobresaltada, le dijo con cierta inquietud:

—Me parece que el calor y el ruido os fatigan: ¿quereis pasear un poco, señora?

—Con mucho gusto, respondió ella, sin saber á punto fijo lo que decia: no me siento buena.

Y apoyando su mano trémula en el brazo de M. de Froidesaigues, se dejó conducir al jardin. Todavía no habia acudido allí mucha jente, y solo estaba bailando debajo de los naranjos una tanda, á la entrada de un salon formado de verde ramaje, en donde debia servirse á media noche un espléndido festin. El conde Luciano llevó dulcemente á la señora de Clavieres hácia un banco de césped rodeado de caprichosos arbustos, y le preguntó, haciéndola sentar con las mayores muestras de interés:

—El aire libre os alivia, ¿no es verdad?

—Sí; aquí me siento mejor, respondió la jóven, respirando fuertemente, como para recobrar el vigor y la vida que parecian próximos á desaparecer.

M. de Froidesaigues la estuvo contemplando con cierta ansiedad, y dudó por un momento en preguntarle; pero impulsado al fin por un interés mas vivo que el de una mera curiosidad, le dijo:

—El baron de Altefaye os ha molestado en extremo con su conversacion, ¿no es cierto?

—Así es, contestó Felicia, haciendo un esfuerzo para sonreirse: he oido una historia lúgubre, que me ha causado profunda sensacion.

Por segunda vez usaba hábilmente del disimulo, sin faltar por eso á la verdad. El conde adivinó fácilmente que Gaston de Altefa-

ye le habia hablado de miss Diana, y contestando á su pensamiento mas bien que á sus palabras, añadió con una dolorosa tristeza:

—¡Es posible que mi primo se haya atrevido á recordar tan funesto suceso!

Un largo silencio siguió á aquella especie de esplicacion, durante el cual se fué reponiendo poco á poco madama de Clavieres de su turbacion. Todo cuanto habia pasado en Flambiers, su encuentro con el cazador verde, la imprudente credulidad con que su corazon le habia escuchado, y la cita dada junto al bosquecillo de laureles, se presentaba á su imaginacion como un sueño funesto, del cual acababa de despertar; pero muy luego una nueva impresion dominó sus amargos recuerdos, y la jóven sintió renacer

lo pasado y reanimarse en lo íntimo de su corazón sus primeras emociones, como en aquellas flores marchitas, cuyo brillo, ajado por los ardientes calores del día, se reanima por la influencia pura de la brisa de la tarde. Levantó la cabeza, y aspiró los perfumes que eshalaba la magnolia bajo la cual se hallaba sentada: el hermoso arbusto inclinaba hacia ella sus ramas, cargadas de flores de color blanco mate. Cojió una de ellas, que parecía ocultar en su seno todos los aromas de la flora americana, y dijo, poniéndosela en el pecho:

—¡Cuánto me agrada esta linda flor!.....

En seguida tomó el brazo del conde Luciano, y entró con él en el salón de baile.

Esta vasta pieza, en donde se aji-

taban cien parejas, comunicaba con el salon de verano por una especie de pórtico, á través de cuyas columnas se divisaba la fuente de alabastro y el elegante adorno del palacio árabe. En aquel momento habia Serafina subido los escalones del estrado y sentándose en el divan esmaltado de estrellas de oro, que dominaba como un trono toda la estension de los salones. Paseando en torno suyo una mirada sombría y animada, se asemejaba á una de las horribles hechiceras que reinan sobre el loco enjambre de los espíritus malignos.

M. de Altefaye la habia ido siguiendo, y sentado al lado suyo, jugaba con el abanico que servia de cetro á aquella triste soberana, á la que parecia prodigar los mas rendidos homenajes. Un mismo pen-

samiento asaltó á Felicia, al conde Luciano y á M. de Albys, que estaban parados bajo el pórtico del salon de verano.

—Dios miol se dijo á sí misma la jóven, ¿tratará acaso de casarse con Serafina?

Luciano miró á su tio, el cual, habiéndole comprendido, le dijo al oido:

—¿Capaz es de semejante bajeza!

Sin embargo, la señorita de Clavieres, admirada en un principio de las atenciones de aquel solícito caballero, principiaba á columbrar su intencion. Jamás le habia sucedido una cosa semejante, y debemos decir en elejio suyo que concibió por ello una secreta indignacion. Su mirada, penetrante y sagaz, sondeó aquella alma vil, y su pri-

mer movimiento fué el de un desdenoso desprecio: despues le pareció mejor divertirse á costa de M. de Altefaye dejando que le hiciese la corte, y burlarse de sus designios y esperanzas. Sintióse con vena de hacerse la coqueta, y creyó muy oportuno dar una leccion a aquel amante interesado. A pesar de su sagacidad, no conoció Gaston el lazo que le tendian, y predominando su fatuidad sobre su desconfianza, empezó á desempeñar de lleno su papel.

—Ah, señorita! dijo, recorriendo los salones con la vista, mi corazon conservará por largo tiempo el recuerdo de esta fiesta. Puedo asegurar que no me he hallado en otra tan elegante y tan magnífica. La imaginacion de una mujer como vos puede únicamen-

te crear y ordenar semejantes maravillas: estas son la inspiracion y el jenio de un arte encantador, y en el dia bastante raro, el arte de vivir con esplendidez.

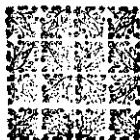
—Es un don natural, repuso con indiferencia Serafina. Me gusta el lujo, y soy rica: ahí teneis la inspiracion, el jenio... Muchas personas hay que no estan dotadas de ese jenio; pero es preciso convenir tambien en que no es por culpa suya. Vamos, añadió, levantándose y dirijiendo una ojeada hácia el jardin: esta noche celebraremos el festin á la luz de las antorchas, bajo un cenador de naranjos, mirtos y laureles, pues he tenido el capricho de hacer creer á los convidados que se hallan transportados á los jardines de la Grecia ó de Italia.

M. de Altesfaye se habia levantado tambien, esperando que la señorita de Clavieres designase entre la multitud á la persona que la habia de conducir al salon campestre del festin, y como mirase aquella al rededor suyo con aire indeciso, le dijo en voz baja:

—Entre tantos caballeros, ¿quién será el dichoso que tenga el honor de dar la mano á la reina de la fiesta?

Volvióse hácia él Serafina, y le contestó con una sonrisa:

—Vos.





IV.

Las consecuencias de un baile de máscaras.

El baile dado en la casa de la señorita de Clavieres fué por ocho dias el objeto de las conversaciones en la sociedad; pero no era el esquisito gusto de los adornos, ni la suntuosidad del conjunto, ni la magnificencia sorprendente de aquella fiesta lo que mas ocupaba los ánimos: no se acordaba ya nadie ape-

nas del opíparo banquete, ni de los caprichosos trajes, ni de la elegancia de las damas, ni de la sin par belleza de la dama veneciana, ni de la noble postura del caballero veneciano, ni de la peluca hereditaria del viejo conde de Albys; lo que mas llamaba la atencion era el carácter de las atenciones que Gaston de Altesfaye tuvo con Serafina, y la complacencia con que esta habia recibido sus obsequios durante y despues de aquel suntuoso festin, en el que estuvo sentado al lado suyo.

La sorpresa, por no decir el escándalo, llegó á su colmo cuando dos dias despues los vieron en un mismo palco en la ópera.

Pasada una semana, encontrando un calavera al baron de Altesfaye, le dijo, apretándole la mano:

—Gaston, ya sabes que soy amigo tuyo, y á se mia que vas á ser causa de que tenga uno de estos dias un disgusto, porque se atreven á decir delante de mí cosas ridiculas respecto de tu persona.

—Que me caso, ¿no es verdad?

—Ni mas ni menos; pero eso al fin no te deshonoraria, sinó añadiesen que te casas con la señorita de Clavieres.

—Bah! deja que digan cuanto quieran. Verdad es que le hago la corte; pero es solo para alucinar á mis acreedores.

La señorita de Clavieres recibia mucha jente: casi todos los dias atraia á la multitud á su casa por medio de conciertos y saraos; todo lo mas florido que habia en París se citaba en sus salones, y de esto mo-

do llegó á formarse una corte brillantísima. M. de Altesfaye concurría no solo todas las noches, sinó frecuentemente por el dia, y era una especie de sijisbeo, que Serafina tenía siempre á sus órdenes. Esta intimidad alejó muy pronto de la casa al conde de Albys y al de Froidesaignes, los cuales no se presentaban sinó de vez en cuando, como para dejar el campo libre á Gaston. Sin embargo, un dia el viejo hizo pedir una conferencia particular á la señorita de Clavieres; Dorotea le condujo al cuarto de su ama, y se retiró, cerrando todas las puertas.

—Señorita, dijo el conde de Albys en tono solemne cuando se halló á solas con la dama, vengo á hablaros de un asunto para mí bastante desagradable; pero la amistad

que ha existido siempre entre nosotros me impone el deber de advertiros francamente lo que arriesgais en recibir todo los dias á mi sobrino Gaston de Altesfaye.

—Y no es mas que eso? preguntó Serafina, riéndose. Vuestro cesordio me habia asustado, y me esperaba á la verdad una mala noticia.....

—Pero, señorita, replicó M. de Albys, Gaston es un mala cabeza, un hombre sin pundonor, que está especulando con vuestras imprudencias.

—¿Y puedo acaso quedar comprometida? repuso ella con un movimiento de hombros y acento de amargura y convicción.

—Oh! seguramente que nadie creerá que podais tener un amante, añadió el conde con aturdimiento; mas

si tuvieseis la desgracia de elegir un marido, y un marido como Gaston..... El infame quiere casarse con vos, y se lisonjea de poder decidiros á que le concedais la mano.....

—No soy tan loca, murmuró Serafina.

—Gaston es buen mozo, tiene finos modales, y acabará por seduciros, prosiguió el conde con vehemencia. Si no temiese alguna debilidad de parte vuestra, me alegraría infinito de que se ilusionara con semejante esperanza; ¿pero tendreis valor para resistir á esa voz aduladora y pérfida, que regala continuamente vuestros oídos con palabras de amor? Todas las mujeres sucumben en semejante situacion, á no ser que se hallen resguardadas por una pasión anterior, oculta en lo íntimo de su corazón.

—Tranquilizaos, señor conde, que no sucumbiré: nada tengo que temer de las seducciones del baron de Altesfaye, respondió la señorita de Clavieres con un suspiro y una terrible sonrisa de orgullo y de jactancia.

—Tanto mejor si así es! exclamó el buen anciano, medio tranquilizado.

Felicia se habia alarmado mucho en un principio con las pretensiones que manifestaba abiertamente el baron de Altesfaye: temia que Serafina se dejase arrastrar por alguna fatal simpatía, y ruborizándola el recuerdo de sus propios errores, temblaba á la sola idea de que aquel hombre lograra sus viles miras, llegando por fin á obtener la mano de la señorita de Clavieres; pero la especie de cuidado en que

se hallaba cesó muy pronto, y una casualidad muy sencilla, una circunstancia pueril, le hizo conocer claramente las verdaderas intenciones de su cuñada.

Habia ya advertido que la señorita de Clavieres para escitar la pasión de Gaston de Altefaye se valia de un artificio que demostraba lo bien que conocia aquella alma venal: en vez del esmero en el adorno y del continuo cuidado en hacer brillar sus prendas, por cuyo medio aun las mujeres menos coquetas se descubren cuando aman ó pretenden agradar, Serafina ofrecia á las miradas de M. de Altefaye todo cuanto podia tentar su codicia. Casi todos los días, á pretesto de comprobar cuentas ó de pedirle consejo sobre algun negocio, le presentaba los documentos que justifica-

ban su inmenso caudal: así encendia con singular habilidad los instintos de ambicion y avaricia de aquel hombre, y tenia un cruel placer en escitar en su alma la pasión mas violenta y acaso la única de que era capaz; es decir, el amor al dinero. Jeneralmente solia Felicia evitar semejantes conversaciones y el suplicio de hallarse en presencia de M. de Altesfaye, y cuando mejor sufría su presencia era los dias de reunion, en los cuales la multitud les separaba en cierto modo en los salones.

No obstante, una mañana en que entraba temprano en el cuarto de su cuñada, oyó hablar en una pequeña habitacion contigua á la en que se hallaba. Un sentimiento de delicadeza y de discrecion le hizo retirarse al otro extremo de la

pieza, á fin de ponerse á distancia en que no pudiese oír la conversacion; pero al levantar los ojos hacia el espejo de la chimenea, vió por una combinacion singular de óptica en aquellas grandes lunas, que reflejaban de unas en otras las imágenes, el grupo que formaban en el fondo del gabinete las dos personas á quienes habia oído. Serafina, reclinada sobre la mesa que le servia de caja, ponía en montones distraídamente una porcion de monedas de oro, y consultaba de vez en cuando un libro, como para comprobar la contabilidad. M. de Altesfaye, en pie al lado suyo, seguía con la vista aquella operacion. Cuando la señorita de Clavieres hubo guardado el último monton y cerrado el cajon dentro del cual habria probablemente colocado ya sus

billetes de banco, Gaston, que habia cojido su sombrero, le tomó la mano, se la besó con ardor antes de salir, y se retiró haciéndole un último saludo, como para decirle: hasta la noche. Serafina le contestó con una sonrisa; pero luego que volvió las espaldas, le fué siguiendo con una mirada irónica y burlona y con un jesto de desden y desprecio.

—Dios mio! se dijo la jóven, atónita, ¿se está mofando de él!

Desde entonces quedó enteramente tranquilizada; pero en vano trataba de esplicarse el motivo que impelia á su hermana política á entregarse á un juego tan peligroso, y el objeto que se proponia al excitar de aquella manera las malas pasiones de M. de Altesfaye. Triste é inquieta, pensaba ya en vol-

ver á Flambiers, pareciéndole que había vivido bastante en el bullicio del mundo y que le era preciso ir á sepultar en la soledad sus pesares, sus recuerdos y sus esperanzas defraudadas. Disgustada de la sociedad y cayendo en una triste languidez, se retiraba sola con la muda á su habitación, y pasaba días enteros sentada detrás de las persianas del gabinete. Jamás se veía á nadie en el jardín de la casa del conde de Albys; solo de vez en cuando se oía una voz dulce y tierna, que murmuraba suaves melodías detrás de la dama del antifaz de terciopelo; pero estos agradables acentos eran cada vez menos frecuentes. El conde Luciano parecía hallarse ausente; su piano permanecía cerrado, y un silencio absoluto reinaba en el salón de estudio y de música.

Dos semanas despues del baile tuvo lugar un acontecimiento que puso en movimiento la cocina y la antecámara de la casa de Serafina: Dorotea Carbonnet se unió en legitimo matrimonio con Esteban Bardonot, ayuda de cámara cesante del conde Luciano, y que habia entrado últimamente al servicio del baron de Aldefaye. El mismo dia en que se verificó la ceremonia fué el ama de llaves con aire de triunfo á dar parte de su felicidad á la jóven viuda, la cual, recibiendo con triste sorpresa la noticia, le dijo como con lástima:

—¡Quiera Dios que seais dichosa, Dorotea!

—¿Y qué puede faltar á mi felicidad? preguntó la recién casada. Tengo un esposo jóven, buen mozo y que me adora... No deseo para

vos otra suerte... La dificultad está en saber elegir; pero se necesitan para eso las ventajas de una mediana posición... Tengo algunos bienes, y me atrevo á decir que no me han faltado partidos; mas he tenido la idea de contraer un matrimonio de inclinación, y lo he hecho.

La Buena Felicia le hizo su regalo de boda, y dijo, siguiéndola con la vista mientras que se retiraba con pie ágil y listo:

—Pobre mujer!

Dos días despues se presentó el ama de gobierno delante de madama de Clavieres con aire triste y dolorido y lleno el rostro de manchas moradas.

—Oh, Dios mío! ¿qué teneis? ¿que os ha sucedido? le preguntó la joven,

—El gran tuno me ha apalcado!
respondió la novia.

—Ah! ¡pobre madama Bado-
not!

—No me llamo madama Badonot;
solo respondo por madama Carbon-
net, repuso el ama de gobierno.
Ah! ¡si supiescis como me ha tra-
tado el mónstruo!... Quería cojermo
el dinero.

Entretanto el tiempo iba trans-
curriendo, y la vida que se pasa-
ba en la casa de Serafina era ale-
gre y animada en apariencia; ¡pe-
ro qué triste y desolada habria
parecido al que hubiese tratado de
penetrar los secretos de aquella fa-
milia! La señorita de Clavieres pa-
recia atacada de una especie de
vértigo, y se podia creer que una
energía, que no se hallaba en equi-
librio con sus facultades físicas, la

impulsaba á vivir de un modo superior á sus fuerzas. No reposaba jamás: por la mañana montaba á caballo, y por la noche se la veía en el teatro ó en los salones abiertos á todos los ociosos de la buena sociedad. M. de Altefaye se prestaba con entera complacencia á aquella desenfrenada necesidad de movimiento, y todos los días se le encontraba en los paseos del bosque de Bolonia en compañía de la infatigable dama: en el teatro era su caballero, y las noches de reunion salía siempre el último de la casa.

La jóven viuda sufría con un dolor mezclado de vergüenza la presencia continua de aquel hombre, y no se habria resignado por mucho tiempo á tal suplicio si no se hubiese visto retenida por tristes presentimientos: para ella, que vió decaer y mo

rír á M. de Clavieres, habia en la situacion moral y física de Serafina algo de alarmante.

Una noche, en que las dos cuñadas habian estado en la ópera, no quiso Felicia acostarse al retirarse, sinó que despues de haberse hecho desnudar, despidió á la muda y se quedó velando por largo tiempo, ocupada en leer. Como eran los dias de canícula, aun en aquella hora avanzada un pesado calor reinaba en la atmósfera, y el dormitorio estaba impregnado de los perfumes dulces y fuertes de las flores con que se habia adornado la jóven. Eran muy cerca de las dos de la madrugada. La viuda entreabrió el balcon y asomó la cabeza para respirar las frescas emanaciones que despedía el jardin, y vió que habia luz en el cuarto de Serafina, distinguiendo un

momento despues como una sombra que se agitaba con violencia detrás de las cortinas corridas. Entonces recordó lo que su cuñada le había dicho acerca de los horribles insomnios que la tenían desvelada hasta el amanecer y de los tormentos que pasaba. Evidentemente Serafina se hallaba en aquel momento en uno de los tales parasismos.

La jóven tomó una bujía, abrió las puertas, y atravesando sin ruido la galería que separaba su cuarto del de la señorita de Clavieres, penetró hasta el salon que precedia al dormitorio de esta; pero allí se detuvo atemorizada, pues se oían sollozos y gritos ahogados detrás de la cortina de terciopelo que separaba las dos habitaciones.

Felicia colocó la bujía en lo último del aposento, y acercándose

con paso tímido, miró por la abertura que formaban los dos paños entreabiertos. Al ver lo que pasaba en el interior de aquella alcoba, semejante á la de una reina, la viuda se quedó inmóvil de terror y de espanto. La señorita de Clavieres estaba sola: sin duda acababa de abandonar aquel lecho cubierto de encajes y seda, que le debía parecer una cama tan dura como la del mas austero trapense. Su peinador, desatado, flotaba sobre sus brazos largos y enjutos; habiase quitado la papalina, y su áspera cabellera caía á manera de crines sobre los músculos salientes de su cuello. Cuando Felicia, oculta detrás de las cortinas, se atrevió á observarla, se paseaba apresuradamente por la pieza, profiriendo palabras sin sentido y derramando lágrimas de deses-

peracion ó de furor. El alma mas impasible y el corazon mas empedernido no habrian podido oir sin enternecerse los jemidos y las quejas lastimeras que despedian aquellos labios lividos. La desgraciada jóven anduvo largo tiempo por el aposento, golpeando con sus manos secas los muebles y profiriendo sordas imprecaciones; despues, apaciguándose repentinamente, bajó la cabeza y dejó caer sus brazos inertes á lo largo del cuerpo. De pie, inmóvil y con la mirada fija, parecia absorta en un dolor que no tenia fuerzas para manifestar. En medio de aquella sombría agitacion, levantó maquinalmente los ojos, y se vió retratada en un espejo colocado delante de ella. Sus facciones se contrajeron, y adelantándose amonazador a hácia su imagen, exclamó con acen-

to inesplicable de rabia y de furor:

—Cuánto te aborrezco!

Su brazo levantado amenazaba romper el cristal; pero se detuvo repentinamente y se dejó caer en un sillón. Una tos seca y convulsiva parecía desgarrarle el pecho, y llevándose con un movimiento rápido el pañuelo á la boca, lo retiró al punto manchado de una sangre espumosa.

—Oh! barbotó con voz ronca, contemplando el lienzo sembrado de rojas manchas, ¿estaré próxima á morir?

Felicia, trémula y consternada, no se atrevió á presentarse entonces: retiróse sin hacer ruido; pero en vez de ir á su cuarto, subió al de Dorothea.

—Dios mío! ¿qué sucede? esclama-

mó el ama de gobierno, despertándose sobresaltada. ¡Qué turbada estais, señora!... ¿Se ha prendido fuego á la casa?

—Levantáos, dijo la jóven: temo que mi hermana se encuentre mala... Hace poco que me ha parecido oír jemidos, y el ruido venia de su cuarto.

—Bah! eso es que tiene alguna pesadilla! repuso levantándose la sirvienta.

—Temo que la hemos de hallar peor de lo que pensais, replicó Felicia con lágrimas en los ojos: ya he notado en ella síntomas funestos.....

—Y yo tambien, añadió con frialdad Dorotea, pero todavía puede durar mucho tiempo, segun afirman los médicos.

—¿Los ha consultado mi herma-

na? preguntó la jóven, sorprendida.

—No, señora; mas con la idea de tranquilizarme me ocurrió á mi el hacerlo. La señorita no tiene mas que veinticinco años, y segun todas las apariencias, vivirá tanto tiempo como mi pobre amo; pero á no dudarlo morirá de la misma enfermedad.

—Pobre Serafina! exclamó suspirando la viuda.

—Pero vamos á ver de todos modos como se encuentra, continuó diciendo el ama de llaves; y á fin de que no se sorprenda de mi presencia, afirmaré que he creído oír la campanilla. Podeis retiraros sin cuidado, que ya estoy lista.

—No me atrevo á acompañaros al cuarto de mi hermana; pero os ruego, buena Dorotea, que así que

la dejéis, vayais á decirme como se halla.

—No tendréis que esperar mucho tiempo, respondió la criada, dirijiéndose al cuarto de su ama.

Madama de Clavieres se retiró al suyo, y no haria dos minutos que habia llegado á él, cuando oyó sonar con fuerza la campanilla de la habitacion de su cuñada.

Atravesó corriendo la galería y los salones, y se detuvo con uu grito de espanto en el umbral de la puerta del dormitorio. Serafina estaba recostada en los brazos del ama de gobierno, su cabeza, inerte, caia hácia atrás; sus facciones estaban lívidas, y sus párpados, medio abiertos, dejaban ver apenas sus pupilas apagadas.

—Ha muerto! !ha muerto! exclamó Dorotea con acento de deses-

peracion, tan profundo y verdadero, que penetró el corazon de Felicia. La noble jóven no se llegó á figurar que aquel dolor tuviese secretos motivos, y ayudando á la sirvienta á transportar á la cama el cuerpo inanimado de la señorita de Clavieres, le dijo:

—No os desesperéis, buena Dorothea, que no se muere así tan repentinamente... esto no es mas que un desmayo.

—Señor! ¡Dios mio! ¡es posible que me suceda dos veces una misma desgracia? barbotó el ama de gobierno, sin prestar atencion á aquellos consuelos: ¡los médicos me han engañado!... ¡me han robado el dinero de la consulta!.....

En un momento todos los criados de la casa se pusieron en pie. Corrióse á buscar un facultativo.

Felicia, arrodillada junto al lecho, sostenia la cabeza de su cuñada y rociaba con agua fresca su pálido semblante, mientras que Dorotea le hacia respirar sales. Estos cuidados fueron en un principio inútiles, pues aquel prolongado desmayo se asemejaba á la muerte; pero al fin Serafina arrojó un débil suspiro, movió los labios y cerró los párpados.

—Ha hecho un movimiento! ¡vive! ¡se ha salvado! exclamó la viuda.

—Sí; por ahora al menos, murmuró el ama de gobierno. Pero vamos á lo mas urgente.

Hizo seña á una de las criadas para que ocupase su puesto á la cabecera de la cama, y llevándose á la jóven viuda al otro extremo de la habitacion, le dijo en voz baja y con tono resuelto:

—¿Queréis escucharme un momento, señora? Se trata de vuestros intereses como de los míos.

—De qué? preguntó la joven, que empezaba á comprenderla.

—Voy á decíroslo en dos palabras, contestó Dorotea con acento cortado... Es claro que la señorita está muy mala... esto es un rayo..... Su señor padre murió del mismo modo... bien es verdad que tenía más edad... la juventud de la señorita era lo que me tranquilizaba... pero veo que sigue los mismos pasos..... y quizá dentro de algunas horas esté muerta... Pues bien, estais arruinada si no os aprovechais del momento en que vuelva en sí para inducirla á que haga sus últimas disposiciones. No me creéis... ¿Os tranquiliza el que seais su única y legítima heredera?... Así sería si no

hubiese de por medio un testamento, un testamento en que no se hace mencion siquiera de vos, ni de mí tampoco.

—Y cómo sabéis eso?

—Un dia, hace ya mucho tiempo, me lo declaró ella misma. Entonces estaba buena, y así no me inquieté, pues todo se puede conseguir cuando se tiene tiempo..... pero ahora tal vez no nos queden ni siquiera veinte y cuatro horas..... Qué pensais hacer, señora?

—Ya lo veréis! respondió con frialdad madama de Clavieres.





V.

El casamiento por razón de estado.

El rico que lucha contra la enfermedad y muere sobre su lecho de plumas, exactamente lo mismo que el pobre sobre su jergon, suele verse rodeado, ya que no de pruebas de simpatía y de verdadero cariño, de muestras de un afecto interesado. Las criadas de la señorita de Clavieres se habían situado llenas de

DOS CUÑADAS. TOMO IV. 8

consternacion á la puerta de la alcoba, desde donde comunicaban á cada momento noticias de su estado á las demás personas de la casa, que reunidas en la sala, esperaban una especie de parodia de las célebres palabras con que se anuncia el fallecimiento de las princesas de Francia:

—La señora se muere!... ¡La señora ha muerto! Verdad es que esta escena era mas ó menos lúgubre, segun la distancia de la alcoba á que se hallaba el espectador: en la sala todos estaban aflijidos; en la antesala, tristes; al pie de la escalera se hablaba con naturalidad, y en el patio se oían risotadas.

La señorita de Clavieres continuó el resto de la noche completamente privada del uso de sus potencias. Sus labios lívidos se bañaban á ca-

da instante con oleadas de sangre. Vagando su alma en los límites que separan la vida y la muerte en la organizacion humana, estaba como pendiente del débil soplo que todavía eshalaba su pecho. La viuda, inclinada sobre la enferma, observaba con ansiedad aquel rostro, que parecia estar tocado por el trémulo y helado dedo de la muerte. Al otro lado del lecho esperaba el médico, atento é impassible, el efecto de sus recetas.

Por último, Serafina suspiró, abrió los párpados y miró á su alrededor con ojos torvos y asombrados. Al ver al facultativo de pie á un lado de la cama, y al otro á Felicia, pálida y consternada, dijo con voz casi ininteligible:

—Qué! ¿tan mala estoy?

—No, hermana, respondió nada-

ma de Clavieres, no, gracias al cielo; pero has sufrido una crisis, y debes sentirte muy débil.

—No tengo dolores, murmuró Serafina, haciendo por levantarse; mas volvió á caer sin fuerzas sobre la almohada.

Entonces tomó el médico la mano inerte y fría que estaba tendida sobre la colcha guarnecida de encajes, y acercó el oído á la enferma para escuchar la especie de estertor que hinchaba su pecho. Hubo un cuarto de hora de lúgubre silencio, al cabo del cual colocó el médico la mano de la señorita de Clavieres sobre la cama, y se alejó para recetar. La joven viuda le siguió al gabinete contiguo á la alcoba.

—Qué hay, señor doctor? le preguntó, hecha un mar de lágrimas.

—No queda esperanza de salvarla, contestó el médico: está atacada de una enfermedad orgánica del corazón, que se ha complicado súbitamente con una aguda afección de pecho. La ciencia no tiene secretos para combatir semejantes causas de destrucción; todo lo que le es dado hacer es oponerse á sus progresos... La enferma puede vivir aun algunos días.

Poseída la jóven de horror y de compasión al oír esta terrible sentencia, sintió que desmayaba su valor: el pensamiento de que iba á asistir sola á aquella larga agonía, aterraba su alma. En tan cruel situación se acordó del amigo que le había dado ya tantas pruebas de afecto, y tomando la pluma, escribió á M. de Ramsay lo siguiente:

«Mi buen doctor: Serafina está

muý mala... Venid... Ay! acaso podrán salvarla vuestros cuidados... solo espero en vuestra ciencia... que ya ha hecho milagros... sois mi mejor amigo, y os aguardo animada con el último rayo de esperanza.»

Luego que mandó echar al correo esta carta, se tranquilizó algo, pues era posible que M. de Ramsay llegase en el término de ocho dias. Regresó junto á la enferma, que no habia notado su ausencia, y cuyos vidriosos ojos empezaban á animarse con la influencia de un delirio interior.

—Ya vuelve, dijo Dorotea al oído á Felicia. Mirad: ya no tiene tan mal color... Si recobrase el conocimiento, seria malo hablarle de sus asuntos.....

—Basta, señora, repuso inter-

rumpiéndola y severamente madama de Clavieres: suceda lo que suceda, no permitiré que se atormenté á mi hermana en sus últimos momentos con sugestiones interesadas.

— ¡Pero, señora, estais desheredada! exclamó el ama de llaves, irritada hasta la desesperacion y perdiendo completamente los estribos. Parece que os complacéis en cosumar vuestra ruina una vez tras otra. ¡Mirad que se trata de doscientas mil libras de renta! Y si perdeis este caudal, Dios sabe en qué manos caerá!... Dios sabe quién será el heredero universal de la señorita... Yo por mí, os declaro que lo ignoro... pero lo cierto es que no lo somos ni vos, ni yo... En ese maldito testamento, escrito por la misma señorita, se designa á una

sola persona: ella me lo ha afirmado... Digo la verdad... Ya veis el caso en que nos hallamos.... Conque, ¿me dejais que lo gobierne?

—No! contestó Felicia, volviendo á la cabecera de la enferma.

—Ya veremos! barbotó Dorotea, rechinando los dientes y apartándose á un lado, para observar si tenia Serafina algun intervalo lúcido.

—Hacia el medio dia salió la enferma de la especie de somnolencia en que estaba sumerjida: sus ojos chispeaban, y de cuando en cuando se coloraban sus mejillas con fugitivos matices, como bocanadas de una llama interior que la devoraba.

Se incorporó, ajitó las manos cual para asir á una vision que pasáse ante sus ojos, y murmuró con voz ronca y entrecortada;

—M. de Ramsay!... ¿Con qué le han dicho que yo quería verle?..... Pues qué ha vuelto con Felicia?..... Yo no lo sabia.... me lo habian ocultado.....

—Empieza á delirar, dijo para sí el ama de gobierno. ¡Dios del cielo! ¿quién sabe lo que vá á charlar ahora?

—Hermana, dijo dulcemente Felicia, acercándose á la enferma, ¿quieres volver á ver á nuestro amigo? Yo me he anticipado á tu deseo, y he escrito á M. de Ramsay: no tardará en llegar.

Serafina no la comprendió, ni paró la atención mas que en el nombre de M. de Ramsay,

—¡Mucho tiempo hace que no le he visto!... repuso con dolorosa voz... Nunca me escribe!... ¡Ni siquiera se acuerda de que existo!... Sin em-

bargo, debe haber hablado de mi en Flambiers.

—M. de Ramsay es su idea fija en este momento, se dijo la viuda con tristeza. ¡Qué desordenado está su espíritu! Mientras conservó la razón, no habló nunca de nuestro amigo, ni pensó en él.

De repente cambió de objeto el delirio de la enferma: las alucinaciones de la fiebre presentaron á sus ojos repugnantes visiones, y esclamó con horrorosa vehemencia:

—Oh! ¡oh! ¡mónstruo en traje de baile! ¿Por qué no han abogado en la cuna á todas esas mujeres?... Su rostro es un objeto de terror y de irrisión... al verlas se vuelve la cara... da miedo... Ja! ¡ja! ¡todas las calaveras se parecen!

Representándola despues su imaginacion los bailes por entre cuyas

alegres parejas discurría en otro tiempo, añadió:

—Hay mujeres bellas... inspiran admiración, amor... su presencia deleita todas las miradas... ¡Cómo las aborrezco!

—Ha perdido enteramente la cabeza, barbotó Dorotea, pues dice en voz alta lo que piensa.

Una hora después de este sombrío delirio se verificó la reacción, y Serafina cayó en una profunda languidez. Convocados á toda prisa los médicos más célebres de París, confirmaron en su consulta el siniestro pronóstico del de cabecera.

Mientras esto pasaba, se presentó M. de Altefaye en la sala, calzadas las espuelas y con el látigo en la mano, pues el día anterior habían decidido él y Serafina ir á dar un paseo á eso de las cuatro por

el bosque de Bolonia. Aunque no daba entero crédito á las terribles narraciones que á porfía le habian hecho los criados, estaba hasta cierto punto inquieto, é iba á tomar informes personalmente á la puerta de la alcoba de la enferma.

Dorotea, que le detestaba porque el hombre con quien se habia casado estaba á su servicio, salió á su encuentro con aire afligido.

—Ya sabeis la fatal noticia, le dijo en voz baja: la señorita está á la muerte.

—Es posible! exclamó Gaston de Altesfaye, con una consternacion no del todo fingida. Quiero verla.

—Bien conoceréis que no puedo aceptar la responsabilidad de hacerlos pasar adelante, respondió la sirvienta, interponiéndose.

—Id á tomar órdenes de vuestra

ama, repuso M. de Altesfaye con altivez. Os espero.....

—La señorita no se halla en estado de oirme.

—Aun no ha muerto, aun manda aquí... Yo cargo con la responsabilidad, replicó el joven, pasando orgullosamente por delante de la criada.

Entró en la alcoba.

—¿No sabeis lo que ocurre, caballero? le preguntó Felicia, saliendo á su encuentro con ademán suplicante ó indignado á la vez. ¿Qué venis á hacer aquí?

—Señora, respondió Gaston con osadía, el afecto que tengo á la señorita de Clavieres y los sentimientos que para conmigo la animan, me dan derecho á estar á su lado en tan dolorosa circunstancia, y por lo tanto no me separaré de ella.

A estas palabras se acercó á la cama, y le dijo á Serafina, inclinándose:

—Podeis oirme, alma mia?

—Caballero, añadió Felicia á sus espaldas, ¿qué comedia estais representando en presencia de la muerte? ¿qué esperais? ¿qué deseais? ¿Un matrimonio en tal estremidad?

Alfayate se sentó sin responder al lado del lecho, bajando la cabeza con aire de profunda consternacion; y en efecto su dolor era sincero, porque veia euan prócsima estaba á escapársele la presa mas rica que en su vida habia codiciado. Acaso estaba meditando todavia en aquel momento algun designio infame; acaso le habia ocurrido la idea de un matrimonio *in extremis*, y creia tal vez que aun tendria tiempo para arran-

car á la señorita de Clavieres aquella última prueba de la pasión que pensaba haberle inspirado.

Reinaba en el aposento un lúgubre silencio. Serafina, con la cabeza algo levantada, con los ojos cerrados y con las manos tendidas sobre las sábanas, parecía un cuerpo privado ya de vida, pues era completa su inmovilidad; pero de repente abrió los ojos y paseó en su derredor una mirada animada todavía. Al ver á M. de Altefaye, que habia hecho un movimiento como para postrase de rodillas al pie de la cama, se volvió hácia la viuda, que estaba á su lado, y le dijo en voz baja:

—Me cansa el verle... que se vaya.....

Felicia, llena de estupor, hizo una seña á Gaston, invitándole á seguir-

Ja, y salió con él por un instante para despedirle. Entonces Dorotea, que estaba acechando desde un rincón, se acercó intrépidamente á su ama, y le dijo á media voz; pero con claridad.

—Señorita, ya no es hora de ocultaros la verdad..... mi conciencia me obliga á haceros conocer vuestro estado... Habeis vivido como debiais; tratad de morir lo mismo... pensad en Dios y en los que os han servido bien, mi querida ama.

Serafina fijó en quien así le hablaba una mirada impregnada de asombro y de terror: habia sentido la procsimidad de la muerte sin comprenderla. A pesar de su insensibilidad y de su audacia, el ama de llaves se estremeció con aquella mirada; se levantó temblando y vol-

vió á ocupar su sitio. La jóven viuda entró en este instante.

La enferma volvió entonces hácia ella sus turbios y apagados ojos. Un solo pensamiento absorbía su atención, un solo resentimiento vivía aun en su alma: el recuerdo de M. de Ramsay y la tortura de unos feroces celos. Trataba de separar para siempre á aquellos dos seres, entre los cuales no habia quizá otro obstáculo que la sorda influencia que sobre uno de ellos habia ejercido. Todavía pudo calcular los medios de arrebatár para siempre á Felicia al amor, á las esperanzas de M. de Ramsay, y adoptando de repente una resolución suprema, dijo á la jóven viuda:

—Hermana, quiero que nos quedemos solas.

Estas palabras comunicaron una sensación eléctrica á todos los circos.

constantes: ninguno dejó de conocer que era llegada la hora de las últimas disposiciones; y Dorotea, segura de la munificencia de su ama, dijo para sí, haciendo que se enjugaba los ojos:

—Por fío!

Luego que quedaron solas las dos cuñadas, se incorporó Serafina, y reuniendo todas sus fuerzas, dijo con voz solemne:

—Hermana, estoy muy mala... conozco que voy á morir... Hace tiempo que tengo un proyecto... dame el gusto de que le vea cumplido en mis últimos momentos... He escojido un marido para tí, querida Felicia.

—Qué esijes de mí, hermana? exclamó fuera de sí la jóven.

—Que des la mano á un hombre digno de tal alianza, que os

prometais solemnemente en mi presencia vivir el uno para el otro.

—¿Pero puede ese hombre aceptar mi mano? preguntó la viuda, llena de asombro. ¿Podré contar con su corazón? ¿formará esa unión su felicidad y la mía?

—Sí, respondió con energía la señorita de Clavieres, sí, porque estoy segura de que el conde Luciano de Froidesaigues te ama.

—El conde Luciano! exclamó Felicia, ocultando en la almohada su rostro, bañado de lágrimas de admiración y de alegría. ¿Con qué es él?... Pues bien, hermana, dispon de mí... pero que no sea con la idea de una desgracia que no sucederá... Vivirás.....

—Me has dado tu palabra, añadió Serafina con voz débil: está bien.... Haz que llamen al conde de Albys

y á su sobrino... Pero antes, hermana, abre ese armario que está al pie de mi cama, y saca unos papeles que hay en el primer cajon: la llave está oculta en mi devocionario.

Madama de Clavieres cojió una llavecita de plata, y entregó á su cuñada un papel plegado en cuatro dobleces.

—Es mi testamento, dijo la enferma.

Y con sus trémulas manos le rasgó en mil pedazos, añadiendo con apagado acento:

—Ahora todo mi caudal es tuyo, pues eres mi única heredera legal.

—Oh, hermana! ¡Dios te salvará!... ¡vivirás! exclamó Felicia, elevando al cielo ambas manos.

—Pierdo las fuerzas, prosiguió diciendo Serafina. Mis ideas se con-

funden... Avisa al conde Luciano que venga... No vaciles, hermana... Créeme: puede hallarse la felicidad en un matrimonio por razon de estado.

—Dispon de mí, barbotó la viuda, estrechando contra su corazon la mano que le tendia su cuñada.

Un cuarto de hora despues pasaba en el aposento mortuorio una tierna y lúgubre escena.

Serafina estaba sentada mas bien que acostada sobre el lecho, asiendo con su yerta mano la de su hermana politica; el conde de Albys, sentado á la cabecera, lloraba como un niño, y M. de Froidesaigues, de pie enfrente de la jóven, la contemplaba con una mirada dichosa y melancólica.

—Hermana, dijo la señorita de Clavieres, haciendo un esfuerzo, el se-

ñor conde de Albys nos habia hecho ya el honor de pensar en este casamiento: me le habia propuesto..... pero entonces creí que no debia acceder á él... ahora mi postrer deseo es que se lleve á cabo. ¿Consientes?

Felicia respondió solo con un movimiento afirmativo de cabeza, pues las lágrimas ahogaban su voz.

—Señor conde de Froidesaigues, dadme vuestra mano, continuó diciendo la enferma.

Unió sobre su lecho fúnebre aquellas dos trémulas manos, y luego murmuró con los ojos fijos y como si siguiese con el pensamiento alguna invisible imájen.

—Jamás! ¡jamás!

Los futuros esposos no se hablaron, y M. de Albys y su sobrino se retiraron muy pronto. Sera-

finá estaba rendida; pero conservaba en entera plenitud sus facultades morales.

—Hermana, dijo, que no entre nadie aquí, que no hagan ruido..... siento un bienestar inesplicable..... me parece que voy á dormirme.....

Madama de Clavieres prohibió que se pasase del umbral de la puerta de la alcoba sin órden suya, y volvió á sentarse á la cabecera de la cama.

Serian entonces las nueve de la noche. Los concurrentes habituales de la casa iban llegando sucesivamente, y eran despedidos con la triste noticia. De media en media hora enviaba el conde de Albys á saber del estado de la enferma.

Dorotea, sentada á la puerta del dormitorio, espiaba mas bien que aguardaba las órdenes de Felicia. No

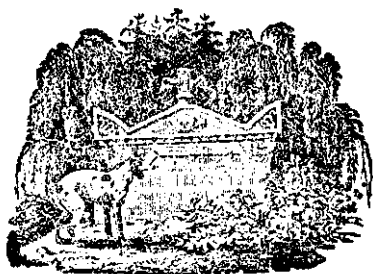
comprendía la razón de lo que había pasado, ni el motivo porque se había enviado á llamar al anciano y á M. de Froidesaigues en lugar del escribano. Aturdida, furiosa con este misterio, barbotaba, levantando al cielo los ojos con ademán desesperado.

—Esto es hecho! ¡se morirá sin reformar el testamento! ¡saldré de esta casa con las manos vacías!..... ¡Qué indignidad! ¡qué ingratitud! ¡qué horror!

Nadie se acostó en la casa. No había aflicción, porque los criados no querían á Serafina; pero todos estaban en expectativa para saber el desenlace de aquellos graves acontecimientos. El médico y Felicia veían junto al lecho de la moribunda; estaba esta muy débil, mas tranquila, y su cuñada tuvo un mo-

mento de esperanza. Sin embargo, no tardó el principio de destrucción en triunfar de la juventud y de la vida: empezó la agonía, ¡lucha horrible, en que el alma y el cuerpo se niegan á separarse!... Así pasó toda la noche.

Al amanecer murió la señorita de Clavieres.





VI.

El Albacca.

Luego que Serafina de Clavieres exhaló el último suspiro, se arrodilló Felicia junto á la cama, besó piadosamente la mano de la difunta, y se alejó llorando.

Al momento invadieron la alcoba Dorotea y las demás criadas, para contemplar los tristes restos de su ama: la naciente luz del dia esparcía con sonrosado matiz sobre

el lecho fúnebre los primeros rayos del alba, que penetrando por entre las cortinas, inundaban con un puro resplandor aquellos ojos, que no debían volver á abrirse á la serena claridad del cielo. La muerte había dado al rostro de la señorita de Clavieres una espresion tranquila, que hacia menos horribles sus facciones. Sorprendida una criada con este cambio, exclamó:

—Es particular! ¡ya no está tan fea!

Las mismas personas que el día anterior temblaban á una mirada de Serafina, hablaban ahora en voz alta, abrian los muebles y arreglaban el aposento sin cuidarse de ella. Nadie la temia, nadie sentia su muerte; solo su perrito Cupido la miraba con tristeza, tendido al pie de la cama, y de cuando en cuando

lanzaba un lastimero abullido.

—¡Pues no está llorando el animal á la señorita! exclamó Dorotea, dándole una patada.

Hallábase irritada en extremo, y el haberse frustrado sus proyectos la inspiraba un resentimiento implacable contra Felicia.

—Ya se lo anuncié, decía para sí; ya la previne que había un testamento que nos arruinaba á todas. No tengo yo la culpa si nos dejan en la calle... Solo una cosa me consuela, y es que ella tambien queda desheredada... Mañana sabremos quién es el albacea, y este la echará de casa... ¡Ja! ¡ja! ¡nos iremos juntas!

Al quitar las sábanas para colocar bien el cadáver en el lecho, una de las criadas removi6 varios pedazos de papel, que se esparcieron sobre la alfombra. Al verlos,

se puso pálida el ama de llaves, y exclamó, animada de una idea repentina:

—Cielos! ¿papeles en la cama de la señorita?... Gran Dios!... ¿si habrá rasgado su testamento?

Diciendo así, se arrodilló sobre la alfombra y recojió con ansia todos los fragmentos; pero desgraciadamente para ella faltaban algunos. Después, sin hacer caso de los funebres preparativos que se estaban haciendo á su lado, se sentó junto á una mesa y se puso á combinar los diferentes pedazos de papel. Conforme iba formando esta especie de mosaico, se pintaban en su rostro el despecho, la inquietud y el furor, y caían de su frente gruesas gotas de sudor. Hubo un momento en que, fijando una mirada frenética sobre la parte que había podido reunir, exclamó:

—Hablabá de mí!

Prosiguiendo despues con una paciencia convulsiva aquel minucioso trabajo, logró hacer lejible toda la frase: entonces dejó caer sus brazos, llena de asombro y estupor, se recostó sobre el respaldo de la silla, como si fuera á desmayarse, y exclamó con desesperacion:

—¡Un billete de mil francos por cada año de servicio!... ¡32,000 francos!.....

Y dirijiéndose hácia el cadáver que habian acabado de amortajar, añadió:

—Mentiste, perversa mujer! ¡me engañaste para que no deseara tu muerte!...

Madama de Clavieres se habia encerrado en su cuarto, y no recibia á nadie. Se hallaba en una de esas situaciones en que es insoportable la presencia de seres indiferentes;

mas en las que se siente profundamente la ausencia de los amigos. Llena todavía de asombro y de dolor, sobresaltada su imaginación, aunque animada con tiernas esperanzas, escribió á madama Dalange el fatal acontecimiento, y la notificó la promesa que le habia arrancado la señorita de Clavieres en su lecho de muerte. Terminaba la carta suplicando á su abuela que saliese por algunos días de su soledad de Flam-biers y fuese á reunirse con ella en París. Aunque ya esperaba á M. de Ramsay, le escribió tambien; pero con reticencias y anunciándole tan solo la imprevista y prematura muerte de Serafina.

Dos dias despues pasaba un magnífico entierro por la calle del arrabal de San Honorato y atravesaba el *boulevard* con direccion al ce-

menterio del padre Lachaisse. Cincuenta doncellas vestidas de blanco rodeaban el carro fúnebre, cubierto de tela de plata y adornado con el escudo de armas de la casa de Clavieres; encima del atahud, que estaba forrado de terciopelo blanco, se veían un ramillete y una corona de azahar al lado de un negro crespon. Iban detrás cien coches, la mayor parte desocupados, y solo dos personas seguían al féretro á pie y con la cabeza descubierta: eran el conde de Albys y Luciano de Froi-desaignes. Los transeantes se paraban para ver desfilar aquella suntuosa comitiva, y murmuraban al ver el azahar y el crespon negro:

—Era una doncella, que acaso estaría para casarse..... Pobre niña! ¡pronto la ha sacado Dios de este mundo!

—Aquella fué la primera vez que Serafina obtuvo muestras de simpatía y de interés: ¡para ello había necesitado la infeliz bajar al atahud! Al desfilar el entierro por los baluartes, estaba Gaston de Altesfaye, que á pesar de su audacia no había concurrido á la ceremonia, paseándose en la galería de la Ópera con un cigarro en la mano. En el momento de pasar el carruaje fúnebre, se paró y se puso á mirarlo.

—Ola! ¿aquí estás? le dijo una persona á sus espaldas, dándole un golpe en el hombro. ¿Miras pasar el cadáver de tu novia?

El que así hablaba era el mismo personaje que anteriormente había participado á Gaston lo que de él se murmuraba.

—Buenos días, Rodolfo, repuso M. de Altesfaye con indiferencia. Tienes

razon, estaba disfrutando del punto de vista que ofrece la comitiva. Bien se puede afirmar que la funcion les va á costar 2500 francos... algo mas que el baile que nos dió últimamente esa amable jóven.

—Y como ahora no es tan alegre la fiesta, han faltado algunos convidados, añadió Rodolfo. Pero mira: allá van el señor veneciano y el respetable fusilero del tiempo de Luis XIV.

—¡El bueno de mi tio y mi virtuoso primo! exclamó Gaston, abriendo extraordinariamente los ojos. ¿Qué significa esto?... No esperaba yo verlos aquí.

—Amigo, replicó el otro con tono de zumba, me parece que el hecho es significativo. Está escrito que tu primo Luciano ha de ocupar en todas partes tu lugar; cargó con el

caudal de tu tío, y se casará con la adorable viuda que, según se asegura, hereda á la señorita de Clavieres.

—¡No será así, voto al cielo y al infierno! exclamó M. de Altesfaye, sorprendido con esta noticia, de cuya certeza no dudó ni un instante. Ya me conoces, Rodolfo: pues bien, te juro que viviendo yo no se casará madama de Clavieres con Luciano de Froidesaigues.

—¿Y cómo se lo impedirás, si le acomoda hacerlo? Inútiles serán tu galantería y tu pasión. Has de saber, querido, que en el mismo baile en que tan de repente se declaró tu amor á la señorita de Clavieres, el conde Luciano esplicaba con la mayor discrecion su cariño á la linda viuda. La llevó insensiblemente al jardín, y yo los sor-

prendí en medio de un interesante diálogo, que me guardé de interrumpir... Con que ya ves que nada puedes esperar.

—Verémos, murmuró M. de Alfayé.

—Qué presuncion! exclamó Rodolfo, encojiéndose de hombros. Créeme: retírate con tus honores, que estás de desgracia... Ni siquiera has podido conquistar á la mujer mas fea de París: la has dejado morirse sin recibir de ella otra cosa que esperanzas.

—Oh! si hubiera vivido 15 dias mas, replicó Gaston con rabia, yo la hubiera obligado á realizarlas.

Rodolfo le miró con asombro, y él continuó:

—Ya empezaba á notar que se estaba burlando de mí... Despues de seis semanas de hacerla la corte me

permitió que la besase la mano..... Ciertó que era un gran favor; pero estaba resuelto á conseguir mas, de grado ó por fuerza.

—Amigo, contestó Rodolfo con aire de convicción, bien dicen tus enemigos que eres capaz de todo.

Aquella misma noche se presentó M. de Albys en casa de Felicia. A pesar de su orijinalidad y de las raras ideas que á veces tenia, poseia el buen anciano sentimientos nobles y una dignidad de carácter que nunca le faltaba en las ocasiones importantes. El descendiente de la ilustre familia de los Albys, no habia dejenorado en delicadeza, ni en jenerosidad, é iba á dar un paso con la jóven viuda que probaba su prudencia y su honradez.

Felicia le recibió vestida de luto en la misma sala donde el anciano

conde le hacia antiguamente la corte sin que ella lo sospechara siquiera. Madama de Clavieres tenia el aspecto triste y radiante á la par; parecia una flor combatida largo tiempo por el huracan, que levanta su abatido tallo y abre su caliz á las ardientes caricias del sol.

M. de Albys llevó á sus labios la mano de la jóven, y despues de sentarse le dijo:

—Habria sido una felicidad para mi sobrino el poder acompañarme en esta visita; pero, señora, antes de que venga á ponerse á vuestros pies desco tranquilizaros en su nombre y en el mio acerca de un punto que os parecerá de difícil y acaso dolorosa resolucion. Habeis hecho una solemne promesa en manos de una moribunda, y quizás han forzado vuestro desco las instancias de la señorita de Cla-

vieres... pero Luciano no pretende que seais suya contra vuestra voluntad, y aunque funda en esta union todas sus esperanzas de dicha, renunciará á ella si vuestro corazon la resiste. Explicaos sin temor, no vacileis... Soy tio de Luciano; ¿pero no soy tambien vuestro antiguo amigo?

La jóven viuda escuchó estas palabras con una sonrisa, y bajando los ojos luego que acabó M. de Albys, le miró con agrado y respondió sencillamente:

—Señor conde, me complaceré en obodecer la última voluntad de mi hermana.

—Querida sobrina!... ¡querida hija! exclamó el anciano, enternecido. Dadme otra vez esa linda mano en señal de promesa y de alianza..... ¡Si supieseis cuán angustiado está

mi pobre Luciano!... Voy á buscarle, señora. ¿No permitiréis que venga esta misma noche á ofreceros sus respetos?

—Vamos á entristecernos, respondió la jóven, dirijiendo una mirada á su traje de luto.

—Eso no obsta para ser felices, replicó el conde.

En efecto, aquella noche trascurrió para los futuros esposos en medio de una felicidad melancólica y silenciosa... No se habló ni del presente ni del porvenir, no se atendió á lo pasado; ¡pero qué de promesas y de esperanzas habia en el mismo silencio de aquellos dos corazones, que se comprendían tácitamente. Felicia habló á Luciano de su abuela, y le manifestó las preocupaciones democráticas de la anciana señora.

—Creo que me perdonará mi título de conde, respondió el joven, sonriéndose, pues entiendo algo de agricultura, y esto siempre es una compensacion.

Presentábase á Felicia un porvenir de felicidad tan grande y tan completa, que estaba como asustada, porque sabía que todas las cosas del mundo estan equilibradas, y su destino le parecia tan bello, tan dichoso, que temia vagamente cayese el rayo, que descarga con preferencia sobre los puntos mas altos y mas próximos al cielo. Y no la engañaban sus presentimientos: no debia sustraerse á la ley fatal que reviste á todas nuestras prosperidades de un matiz sombrío y que mezcla siempre una gota de hiel en los goces del corazon.

Una mañana entregó Dorotea á

la jóven una carta, que contenía estas solas palabras:

«He deseado y pedido la paz; pero el curso de los acontecimientos me obligará tal vez á declarar la guerra. Madama de Clavieres debe conocer que si se rompen las hostilidades, es fácil la comprometan los rehenes que tengo en mi poder. Espero que me permita enterarla de las condiciones bajo las cuales los respetaré, y esta noche tendré el honor de presentarme en su casa.»

Alternativamente se sonrojó la jóven de vergüenza y se puso pálida de terror al leer esta enigmática carta. Llamó á Dorotea, y le preguntó con alterada voz:

—¿Quién os ha entregado esta es-
quela?

—Ese bribon... ese infame de

mi marido, respondió la sirvienta, irritada y sin hacer alto en la turbacion de Felicia.

—Esperan contestacion? añadió esta.

—No, señora: gracias al cielo ya se fué eso miserable.

—Qué haré? ¡Dios mio! ¿qué haré? se dijo á sí misma la viuda, entrando casi sin aliento en su cuarto. ¿Porqué me amenaza ese hombre?... Qué me quiere?

Tranquilizóse por fin, y esperó con algun valor la visita de M. de Altefaye, pues á fuerza de reflexionar sobre el contenido de la carta, llegó á figurarse que se trataba de alguna trampa vergonzosa, de alguna cuestion de intereses, que tuviese ella que resolver como heredera de su cuñada. En este supuesto envió aviso al conde de Albys de que

teniendo que tratar de un negocio relativo á la herencia, no podria recibirle aquella noche; pero que estaria en casa á la mañana siguiente.

Á las nueve bajó á la sala madama de Clavieres, y casi en el mismo instante anunció un criado al baron de Altesfaye. Recibióle la jóven con frialdad y con una mirada triste y altiva; le invitó á sentarse solo por una seña, y en seguida tomó ella tambien asiento á alguna distancia de él. Hubo un momento de silencio, durante el cual se atusó el calavera los bigotes y paseó una mirada por el aposento. Despues dijo con serenidad:

—Estamos solos, señora?

Felicia hizo un signo afirmativo, y él continuó con el mismo tono frio y audaz:

—Bien conoceréis, señora, que no os hago esta pregunta porque á mi me interese, pues yo puedo hablar en voz alta de todo lo que me concierne... Digo esto porque la muerte de la señorita de Clavieres me ha escusado de la necesidad de guardar mis secretos: ahora ya puedo ser abiertamente un mal sujeto, un seductor, un infame, todo lo que queirais... no tengo que guardar consideraciones, puesto que he renunciado al matrimonio... Pero á vos os pudiera resultar algun compromiso si nos oyeran.

—No os comprendo, caballero, dijo madama de Clavieres con la mayor frialdad.

—Perdonadme una y mil veces, respondió Gaston: trataré de ser mas claro y esplicito.

Se incorporó en el asiento, la miró de

hito en el hito, y continuó lentamente:

—En una palabra, señora, no vengo á intimaros que cumplais una promesa, sino á prohibiros que trasmitiais á otro los derechos que me habeis dado.

—Yo! esclamó Felicia con un movimiento de horror y estendiendo la mano como para protestar contra esta suposicion.

—Creis estar libre, añadió M. de Atefaye, y pensándolo así, habeis dado vuestro corazon y prometido fidelidad al conde Luciano de Froidesaigues..... Señora, ese matrimonio no se verificará... No por cierto, no seréis esposa de Luciano cuando yo puedo impedirlo. No me preguntéis cómo; ya sabeis de qué modo renunció á la mano de lady Diana... Señora, vos me habeis dado prendas de una lisonjera preferencia: una

promesa por escrito... una cita firmada... Una vez conté á M. de Froidesaigues una anécdota escandalosa: ahora puedo enseñarle autógrafos preciosos.....

—Diré la verdad, repuso Felicia con un inesplicable acento de dolor, de indignacion y de orgullo; diré que fuí crédula, imprudente... que atribuí á un hombre vil sentimientos elevados, un carácter noble... pero que este error no me ha hecho cometer ninguna debilidad culpable.

—Enseñaré autógrafos preciosos, repitió M. de Altesaye; tanto mas preciosos, cuanto que se prestan á ingeniosos comentarios... y si no se dá crédito á mis palabras, me batiré ¡voto á tal! con el que me desmienta.

Contemplando á la jóven con cruel alegría, añadió:

—Parece que os poneis pálida, señora. ¿Con qué amais al conde Luciano?

—Sí, le amo, contestó Felicia.

—Entonces debeis renunciar á él, dijo Gaston con un acento atroz; porque haceos cargo de que si persistis en esa boda, os le mato.

—No creia que hubiese en el mundo una alma tan vil, un corazón tan despiadado, murmuró madama de Clavieres, llena de terror.

—Os quejais! exclamó el jóven, y sin embargo yo creo que soy jeneroso, señora, porque con separaros del conde Luciano uso á medias de mi derecho, puesto que puedo obligaros á que os caseis conmigo.....

—Oh, nunca! replicó enérgicamente la viuda.

—Habeis rechazado mi amor, y me vengo, añadió friamente Mr. de Altefaye; Luciano me quitó la herencia de mi tio, y yo le quito el objeto de su amor: estamos en paz. Ya veis, señora, que en todo esto procedo con la mas perfecta equidad.....

Diciendo así, se levantó y añadió:

—Os dejo en libertad de reflexionar sobre esta declaracion de guerra; pero persuadios bien de que de vos depende el que hagamos las paces. Dentro de algunos dias volveré á saber la respuesta.

Á estas palabras salió del aposento, quedándose Felicia anonadada con aquel golpe. La viuda no tenia mas consuelo ni mas esperanza en medio de su infortunio que la llegada de M. de Ramsay; solo este pru-

dente amigo podia ausiliarla en tal circunstancia: así es que resolvió ponerse enteramente en sus manos y obedecer ciegamente sus consejos, y le esperó disimulando su dolor y sus mortales temores.

El doctor llegó dos dias despues, y al ver que la jóven salió á su encuentro en traje de luto y llorosa, exclamó aflijido:

—Ay, querida hija! ¿estais todavía mas triste y mas abatida que en Flambiers!

—Oh! ¡soy muy desgraciada, amigo mio! contestó llorando Felicia. Ay de mí! no tengo otra esperanza que en vuestra prudencia, en vuestros consejos.

En seguida le condujo á su habitacion, y quedándose sola con él, le contó sin disimulo, sin reticencias, todas las circunstancias de su

vida, todo lo que habia pensado, todo lo que habia sentido, todo lo que habia pasado alrededor de ella y en su interior durante los últimos diez y ocho meses. Despues de esta larga narracion, le dijo M. de Ramsay con voz conmovida, aunque firme:

—Amais al conde Luciano, y es digno de vos..... Seréis su esposa, bija mia..... fiad en mí. Por lo que hace à M. de Altesfaye..... no en vano me habeis pedido ausilios y consejos..... Os libraré de él..... Se cumplirá la última voluntad de la señorita de Clavieres..... Seré su albacea.....



VII.

Abnegacion.

À las nueve de la mañana siguiente se presentó M. de Ramsay en casa de Gaston de Altesfaye. Abruñado de deudas y careciendo de crédito, vivia el calavera en una casa de huéspedes cerca del *boulevard* de los Italianos. M. de Ramsay tuvo que subir hasta el quinto piso para dar con su persona, y le fué necesario esperar largo rato antes de que

saliesen á abrir la pequeña puerta á que llamó, y que estaba situada en un oscuro corredor. Al fin se presentó Esteban refunfuñando y acabando de ponerse la chaqueta: el amo y el criado dormían en el mismo aposento.

—Quién anda ahí? preguntó el sirviente, sacando la cabeza y sin abrir enteramente la puerta, como si temiera que invadiesen á la fuerza la habitación.

—Decid á vuestro amo que M. de Ramsay desea hablarle ahora mismo de un negocio importante, contestó el médico.

Esteban cerró y fué á llamar á M. de Altefaye, que estaba durmiendo todavía.

—M. de Ramsay! exclamó el tronera, restregándose los ojos. No creo que sea acreedor mio: que entre.

Diciendo así, se levantó á toda prisa, se puso una bata de damasco lleza de girones, se atusó los cabellos, hizo un nudo al cinturon de oro y seda, cuyas ajadas borlas le caian hasta las babuchas, torcidas por los talones, y añadió, dirijiéndose al criado, el cual estaba esperando que acabase de vestirse:

—Que pase adelante, y á ver si me buscas botas para salir.

Estraño era el golpe de vista que se ofreció á M. de Ramsay al entrar en la habitacion. Encima de algunas sillas rotas estaban tendidas varias prendas elegantes de vestir; en una mesa se veian frascos de agua de olor, jabon y mil variados objetos de tocador, mezclados con los restos de la poca apetitosa cena con que la víspera se habia regalado Esteban, aguar-

dando á su señor; divisábase en el entreabierto cajon de la cómoda un paquete de guantes amarillos, cuellos postizos, corbatas de capricho, y una camisa no mas; sobre la ebimenea, cuyo reló hacia muchos años que no marcaba la hora, lucíase un par de botas charoladas, que vistas de abajo arriba presentaban por los lados notables soluciones de continuidad, abundaban en fin por el suelo las puntas de cigarro, y de las paredes pendia una completa coleccion de pipas. Tan triste era el aspecto de aquel aposento, que Gaston creyó de su deber escusarse.

—Caballero, dijo, perdonad que os reciba en medio de este desorden: ya sabeis lo que es un cuarto de soltero. Mejor acomodado anduve en otros dias; ¡pero estan los

tiempos tan malos!... Hacedme el gusto de sentaros y manifestarme la causa que me proporciona el honor de vuestra visita.

—Venía á proponeros un negocio, contestó el médico sin andarse en preámbulos. Poseeis dos cartas de madama de Clavieres, las cuales trato de comprar si vos consentis en vendérmelas.

—Venis de su parte? preguntó Altefaye.

—De su parte y de la mia. Soy amigo antiguo de su familia. Veamos: ¿qué precio pedis por esas cartas? Desde luego podeis dar por aceptadas vuestras proposiciones, sean las que fueren.

Meneó Gaston la cabeza desdenosamente, y contestó con frialdad:

—Ola! ¿queréis comprarme mi

venganza? Ingeniosa es la idea por vida mia! En la situación á que me hallo reducido, ¿cómo habeis podido concebir la esperanza de que accediera á tal trato?... Veinte! ¡treinta! cien mil francos!..... ¡bonita suma para un hombre que no posee uno siquiera! ¿Pero no veis que ese negocio solo á mis acreedores seria provechoso? Mi insolvencia notoria es lo único que detiene á esos perros, y si hoy tengo dinero, es seguro que mañana me encierran.

—Serán pagadas todas vuestras deudas, cueste lo que cueste, replicó el médico, y se os asegurará una pensión suficiente para que vivais lejos de París.

—Eso es! exclamó irónicamente el calavera, ¡daré á mis acreedores el gusto de pagarles por completo, y luego que mi corazón haya gozado

de tan dulce satisfaccion, me iré á vejetar á cualquier rincon, como el perro á quien echan del festin, dándole un hueso que roer! No! ;no! Seria una necedad. Á pesar de mis apuros, no sucumbiré.

—¿Pero cuáles son vuestros deseos? preguntó el médico. Decidlos, y verémos si me acomodan.

—Tengo dos cartas, respondió Altesfaye, dos cartas de venta: por la una pido la mano de madama de Clavieres, y por la otra su hacienda. Veis por tanto que no es fácil que concluyamos el trato.

—Con efecto, dijo el médico tranquilamente, no llegan á tanto mis poderes. Pero reflexionad antes de que.....

—Lo he reflexionado ya bien, repuso el jóven con impaciencia, y por nada en el mundo renunciaré

á mi venganza. Luciano de Froi-
desaigues no triunfará siempre inso-
lentemente. No es esta la primera
vez que nos disputamos un caudal
y una mujer: hasta ahora, siempre
habia quedado victorioso; pero nos
volverémos á encontrar en el mismo
camino, y ésta vez yo seré el ven-
cedor: no se casará con madama de
Clavieres, no gozará de la heren-
cia de la descarada y horrible co-
queta que se ha burlado de mí.
Estoy arruinado, sin recurso al-
guno, es verdad; ¡pero al fin me
vengo!

Se levantó al pronunciar estas
palabras, como para dar á entender
á M. de Ramsay que era inú-
til hablar mas sobre el particular
y que nada podría cambiar su re-
solucion.

—Siento caballero, que rehuséis

mis proposiciones, añadió el médico, fijando en él los ojos, y puede ser que mas tarde os arrepintais.....

—Nunca, replicó, interrumpiéndole, el jóven: estoy resuelto, y es asunto concluido.

—Sí, es asunto concluido, repitió el doctor.

Y saludando á Altefaye con altanería, se retiró pausadamente.

En vez de entrar en su casa, dió órden el médico á su cochero de que se detuviese á cincuenta pasos de la de Gaston, y allí esperó cerca de dos horas. Hacia el medio dia salió el calavera en traje de montar, con el látigo en la mano y una rosa en el pecho, dirigiéndose hácia el *boulevard*. Entonces M. de Ramsay dió órden al cochero de seguir al *dandy*, y de parar

donde él se detuviera. Altefaye penetró en uno de los magníficos cafés del *boulevard* de los Italianos, y poco despues el médico bajó del carruaje y entró en su seguimiento. Gaston, sentado á una mesa, habia pedido ya de almorzar, y leia los periódicos en tanto que se lo servian. Sin saludarle, ni mirarle siquiera, el doctor se sentó en la mesa inmediata, y pidió al mozo una copa de vino jeneroso; despues, volviéndose hácia M. de Altefaye, le dijo á media voz:

—Salid de aquí, caballero, pues cuando yo entro en un sitio público, tengo por costumbre echar de él á todo el que no me agrada.

Gaston le miró con estupefaccion, pues aquellas palabras y el tono amenazador con que fueron pronunciadas, contrastaban de tal modo

con la sangre fría y la moderación que había mostrado el doctor en su última entrevista, que dudaba que fuese el mismo hombre el que le estaba hablando. En lugar de responderle, volvió la cabeza á otro lado, y continuó su lectura.

—Caballero, volvió á decir el médico, siempre á media voz; pero con acento terrible, os mando que salgais de aquí.

—¿Qué diablos me quiere ese cojo! exclamó Gaston con un movimiento de cólera y dando un puñetazo sobre la mesa.

Pero apenas había concluido de pronunciar estas palabras, cuando M. de Ramsay levantó la mano, y de un bofetón echó por tierra al *dandy*.

—Me has pegado! gritó Altefaye, levantándose con el rostro pá-

lido de cólera y marcado con la señal del golpe; mas con ademán amenazador. Espera un poco, horrible vulcano, infame cojo, espera.....

Interpusiéronse los concurrentes, y una infinidad de curiosos se reunió en la parte de afuera. Los mozos, aturcidos, corrieron á cerrar las puertas, pues como Gaston tomaba muchas veces almuerzos que no acostumbraba pagar, y pasaba por un calavera que vivia de recursos inciertos, todo el establecimiento tomó partido contra él.

—Ha insultado á este caballero, que le hablaba con la debida moderacion, dijeron los mozos: todos lo hemos oido, todos.....

—Ab, canalla! ¡miserable! esclamó el elegante:

—Salgamos de aquí caballero, y

en otra parte nos explicaremos con mas tranquilidad, dijo M. de Ramsay, arrojando una pieza de 20 francos en cada una de las dos mesas.

—Esta es la primera vez, dijo uno de los mozos, recojiendo la moneda que estaba en la de Gaston, que este señor paga al contado.

—Caballero, añadió el doctor, llevando al calavera á su coche, os he hecho una afrenta en público, y no dudo que me pediréis satisfaccion.

M. de Altesfaye, cárdeno de furor, distinguió á algunos de sus íntimos amigos, que salian de la galería de la ópera, dirijiéndose hácia él.

—Aquí tenemos testigos, dijo: vamos ahora mismo á batirnos.

—Estoy á vuestras órdenes, respondió el médico con frialdad. ¿Qué armas?

—Pistola.

—Sitio?

—El bosque de Vincennes.

—Hora?

—En este mismo momento.

Habiánse aprocsimado durante este rápido diálogo los amigos de Gaston, y acercándose este á uno de ellos, le dijo al oído:

—He sido insultado.

—Bien se conoce, contestó tranquilamente Rodolfo, que era á quien se había dirijido, fijando la vista en la señal producida por el bofetón.

—Caballero, dijo el médico, subiéndole á su carruaje, irémos al bosque de Vincennes cada uno por su lado. ¿Hay alguno de vosotros,

señores, que quiera servirme de padrino?

—Yo lo seré, respondió Rodolfo.

Altefaye tenia un valor brutal, el valor de temperamento, y no era este el primer lance en que se hallaba. Pero en aquel momento le faltaba sangre fria: estaba mas bien furioso que resuelto, y hablaba con insolencia de los desafíos en que habia quedado vencedor. M. de Ramsay, por el contrario, tenia la tranquilidad de un hombre que cumple una accion premeditada.

Los dos adversarios llegaron casi á un mismo tiempo al bosque de Vincennes, y se dirijieron á una de las calles de árboles próximas al camino de Saint-Mandé.

—Aquí, dijo Gaston, deteniéndose.

Despues añadió, soltando una carcajada:

—En este mismo sitio hice mi primer ensayo á costa del pobre Fonsbelle.

—Calla, repuso Rodolfo; no hables de él, pues eso seria de mal agüero.

—Cálmate! ¡estás temblando! le dijo uno de sus padrinos.

—De furor! respondió Altefaye. ¡Ese hombre me ha puesto la mano en el rostro sin motivo, sin que yo le provocase!... ¡Es necesario que muera á mis manos!

Comenzaron los siniestros preparativos: sacóse por suerte la eleccion de terreno y el que habia de disparar primero, y las dos veces quedó favorecido Gaston.

—Vaya! exclamó este con aire de triunfo, Dios está de mi parte

ó, por mejor decir, el diablo, á quien he dado mi alma.

—No blasfemes! le gritó Rodolfo.

Altefaye elijó su puesto en un sitio descubierta, y M. de Ramsay se colocó en la misma línea, á quince pasos de distancia, delante de los troncos de un grupo de arbolillos. Dieron los testigos la terrible señal; Gaston levantó su arma lentamente, apuntó algunos instantes, disparó y en seguida dió un salto hácia adelante, exclamando con feroz alegría:

—Le he tocado!

—Atrás, caballero! gritó el médico, levantando su pistola: todavía no estoy fuera de combate.

Retrocedió Gaston instintivamente; y casi al mismo tiempo que sonó el tiro, cayó redondo.

—¡La bala le ha atravesado el co-

razon! exclamó Rodolfo: ¡es hombre muerto!

Los padrinos habian corrido á socorrer á Gaston, y M. de Ramsay dió tambien algunos pasos para seguirlos; pero se detuvo al punto, echándose mano al pecho.

—Caballero, estais herido, le dijo Rodolfo, acomodándole en tierra.

—Si, respondió el doctor con voz apagada y examinando él mismo su herida, yo tambien tengo una bala dentro del pecho.

—Os llevarémos á París, añadió Rodolfo, llamando á los otros testigos; vuestro carruaje está allí, y se os podrá curar pronto.

—Amigo mio, repuso el médico, cojiendo la mano del jóven, no me levantéis del suelo todavía, porque este movimiento podria matarme..... Tengo que escribir unas

palabras..... una despedida.

Los testigos, consternados, habían abandonado al muerto para ocuparse del moribundo. Pusieron en manos de M. de Ramsay un papel y un lápiz, y este escribió el siguiente billete:

«Estais libre y vengada... sed dichosa con Luciano... yo voy á espirar... Adios, Felicia... no me compadezcáis... Os amaba!»

Entregó el papel á Rodolfo, encargándole que lo pusiera en manos de madama de Clavieres, si es que él no llegaba vivo á París, y haciendo un esfuerzo, se levantó y dijo con valor:

—Vamos, caballeros.

Pero se desmayó entre los brazos de los testigos, que le llevaron á su coche. Rodolfo y los otros dos jóvenes se fueron con él, de-

jando abandonado el cadáver de Gaston á unos soldados que habian acudido.

Aquella tarde, á la hora en que esperaba á M. de Ramsay, vió la viuda llegar á Rodolfo, quien la entregó con mano trémula el fatal billete. Al ver el rostro consternado y la tristeza impresa en las miradas de aquel desconocido, se estremeció la jóven y preguntó, sin tener valor para abrir la esquila:

—¿Qué desgracia venis á anunciarme, caballero?

—Una muerte, señora, respondió con los ojos bañados en lágrimas Rodolfo, la muerte de un hombre que os ha consagrado su último pensamiento....., del que fué vuestro mejor amigo.....

—M. de Ramsay! gritó Felicia, estendiendo las manos, como pa-

ra sostenerse. Ha muerto!... ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!

Dejóse caer sin fuerza sobre un sillón, y abrió la esquila; pero en el momento de ir á leerla, esclamó, volviéndola á doblar y guardándosela en el pecho:

—No puedo!... ¡no puedo!

Luego, baciéndose superior á su dolor, añadió:

—Preciso es que sepa... ¿Cómo ha sucedido esta desgracia?

Entonces la refirió el jóven todas las circunstancias del fatal acontecimiento. Conforme iba hablando, nacía en el alma de Felicia una sombría desesperacion, una especie de remordimiento: elevó al cielo los ojos, anegados en lágrimas, y murmuró con desgarradora voz:

—Ha muerto por mí!



CONCLUSION.

Seis meses despues celebraron su matrimonio madama de Clavieres y el conde Luciano de Froidesaigues. Madama Dalange pasó á Paris á reunirse con su nieta, de quien no queria volver á separarse. La buena señora echaba de menos algunas veces su casa de Flambiers en medio del esplendor de la que habitaba en la capital del reino, y solia decir á Felicia con un suspiro:

—¿Te acuerdas, hija mia, de aquellos tiempos en que íbamos á recorrer nuestras viñas?

Dorotea no llegó á conseguir el único objeto de su ambicion: nunca poseyó los 2,400 francos de renta con que habia soñado toda su vida. La heredera de Serafina habia remunerado jenerosamente sus servicios; pero su marido supo despojarla de sus bienes, y todavía iba de vez en cuando á arreglar con ella lo que llamaba sus cuentas domésticas.

Felicia se habia unido á un hombre digno de ella, que siempre la profesó amor: por consiguiente fué dichosa; pero el recuerdo de M. de Ramsay era una gota de hiel, que amargó todas sus prosperidades y todos sus goces. Nunca se borró de su corazon la memoria del ser que la

había amado con tanta fidelidad y pureza. Raras veces hablaba de él; pero no pasó un solo día sin que pensase en Adriano de Ramsay, y enternecida á veces con aquel recuerdo, barbotaba, derramando lágrimas:

—Era mi mejor amigo!

FIN DE LAS DOS CUÑADAS.

INDICE.
DOS CUÑADAS.
TOMO I.



	Páginas.
I. <i>Un fallecimiento.</i> . . .	5.
II. <i>La jóven viuda.</i> . . .	51.
III. <i>Serafina de Clavieres.</i> . .	79.
IV. <i>La casa de Serafina.</i> . .	105.
V. <i>Los interlocutores invi-</i> <i>sibles.</i>	137.
VI. <i>Rosita.</i>	171.
VII. <i>Confianza incompleta.</i> . .	189.

TOMO. II.



I. <i>Un drama invisible.</i> . .	5.
II. <i>Una falta ignorada.</i> . .	33.
III. <i>Un descubrimiento.</i> . .	51.
IV. <i>Los vivos y los muertos.</i>	79.
V. <i>Los sueños de una no-</i> <i>che de verano.</i> . . .	109.
VI. <i>Un rayo.</i>	135.

	Pajinas.
VII. <i>Venganza secreta.</i> . . .	167.

TOMO III.



I. <i>El lobo y el cordero.</i>	5.
II. <i>Flambieres.</i>	35.
III. <i>Los dias tranquilos.</i> . .	63.
IV. <i>Una tarde de tempestad.</i>	87.
V. <i>La hora fatal.</i>	109.
VI. <i>Los dias turbios.</i>	137.
VII. <i>Un viaje.</i>	165.

TOMO IV.



I. <i>Una representacion d Roberto el Diablo.</i> . ^e	5.
II. <i>Un encuentro inesperado</i>	31.
III. <i>Al maestro, cuchillada.</i>	61.
IV. <i>Las consecuencias de un baile de máscaras.</i> . .	85.
V. <i>Un casamiento por ra- zon de estado.</i>	113.
VI. <i>El albacea.</i>	139.
VII. <i>Abnegacion.</i>	165.
<i>Conclusion.</i>	184.

Fin del índice.





VI



IA

